

La MORCO TRAGICA

FOR
O.C.TAVIN



O. C. TAVIN

LA MARCA TRAGICA



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armcur, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «Killer» a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.
- «El final de Rocco», núm. 76.
- «Alias "Lugger"», núm. 81.
- «Al borde del abismo», núm. 89.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (8).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varká. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Favorosa elección. (6).

58. La bestia encorriata. (3).
 59. Huellas de ultratumba. (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Billetes malditos. (3).
 62. Camino de perdición. (12).
 63. Camaradas enemigos. (3).
 64. A la deriva. (8).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada. (8).
 67. «Killer» a sueldo. (5).
 68. Muerte en el atardecer. (4).
 69. Loup-Garou. (3).
 70. Punto final. (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (8).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura. (13).
 74. El confidente. (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rosco. (5).
 77. El vengador negro. (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado. (6).
 80. Secreto de Estado. (4).
 81. Alias «Lugger». (5).
 82. Hora «D». (3).
 83. Carne de horca. (4).
 84. Tráfico mortal. (8).
 85. Jack, el invencible. (1).
 86. Rastros perdidos. (6).
 87. Contrato siniestro. (3).
 88. Traición sangrienta. (14).
 89. Al borde del abismo. (5).
 90. Crimen y justicia. (1).
 91. Hombres sin alma. (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).

En preparación:

MISSION SUICIDA

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Mans. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settes. |
| (2) Fred Bazier. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McPatr. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wans. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | son. |
| (5) O. C. Tadm. | (10) Jack Brooklyn. | (14) F. N. Graw. |

I



A puerta de acero fue corrida un poco para dar paso al penado que salía.

—Adiós, Mott —dijo el empleado, sonriendo amistosamente—. Que no volvamos a verle por aquí. Un hombre listo puede cometer un error, pero dejará de serlo si vuelve a tropezar en la misma piedra.

—Adiós —repuso Mott secamente, portando una pequeña maleta.

Y con paso rápido se alejó por la avenida, en busca del «bus» que le habría de llevar a Nueva York.

Cuando estuvo a mitad de camino, se volvió para mirar el siniestro edificio. Las altas murallas de cemento, grises, en cuyos ángulos estaban las garitas de los vigilantes. Aquello era Sing-Sing,

donde había permanecido durante cinco interminables años. Todo porque un día, un agente del

F. B. I.,

un tal Joe Hunter, le pescó con un paquete que contenía como una libra de cocaína, morfina y alguna droga más. Muy poco, y lo suficiente para ir a parar allí durante cinco años. Tenía, cuando entró, veintitrés años y ahora contaba, naturalmente, veintiocho.

¿Qué sería de aquel agente que le detuvo, de la manera más idiota, con el paquete en la mano, como si fuesen bombones (iban las drogas en una cajita de bombones, efectivamente, muy bien atada con una cinta azul, con su lazo, y por encima de todo la envoltura de celofán), y que se la arrebató sin vacilar en medio de la calle, sin preguntarle siquiera qué era lo que llevaba? ¿Cómo diablos se enteró aquel hombre de que él se dedicaba a repartir la droga y de que en aquel momento iba a efectuar dicho reparto?

Durante los cinco años de reclusión estuvo pensando en todo aquello sin conseguir dar con una solución al problema. No sabía si alguno de sus camaradas le denunció, o el mismo «boss», Sherman, considerándole demasiado listo y activo. Tan listo y astuto como Sherman, y esto a veces supone el que se despierten ciertos celos o temores de que el subordinado se levante un día decidido a suprimir a su jefe y se erija en «boss».

También admitió que el tal agente del

F. B. I.

pudo haber logrado por sus propios medios localizarle a él y cogerlo en el momento adecuado, con el paquete en la mano. Los

«G-Men»,

era bien sabido, sabían hacer las cosas muy bien. Joe Hunter fue implacable con él y le metió sin vacilar en un proceso, durante el cual el abogado defensor nada pudo hacer por librarlo de la terrible sentencia; terrible, porque suponía el encierro en

Sing-Sing

durante cinco años. Lo que allí pasó Mott... En fin, ahora estaba ya en la calle, contemplando el cielo azul, a los transeúntes, el tráfico, las casas y, en la lejanía, como una gran mancha polvorienta, que era la atmósfera viciada de la gran urbe, Nueva York.

Su rencor contra el agente especial Hunter había sido amasado, calibrado, haciéndole crecer día a día, durante los cinco años, y de

él hubo de nacer el propósito firme, irreductible, de vengarse de él. Porque Hunter solamente le detuvo a él. La banda, según supo después, siguió funcionando con Sherman a su frente. El, Jack Mott, no denunció a sus compañeros. Sus labios permanecieron sellados, como soldados el uno al otro. El interrogatorio que sufrió en Centre Street fue duro, muy duro. No le pegaron, pero durante más de setenta y dos horas, sin dejarle dormir, los agentes se relevaban para machacar sobre su cerebro con las mismas preguntas, unas veces en tono persuasivo: duramente, otras; a gritos, muchas más. Y no «cantó»...

Tomó el autobús que le había de llevar hasta el Harlem negro. Desde allí tomaría otro, y el «subway» hasta llegar a su casa, en el East Side, cerca del East River.

Desde que saliera de
Sing-Sing,

un par de hombres le fueron siguiendo cautamente, deteniéndose cuando él lo hizo para cambiar de mano la maleta y volver la vista atrás, contemplando la prisión-fortaleza con horror y odio. Subieron al «bus» cuando él subió y al llegar al Harlem negro, uno de sus seguidores se esfumó, continuando el otro la vigilancia sobre Mott.

Era mediodía, en el mes de abril, y encontró Mott delicioso el día, al aire libre, aun en medio de aquel horrible Harlem. Respiraba la libertad, el poder ir y venir donde quisiera, o estarse quieto, si tal cosa deseara. No veía a su alrededor los grises uniformes de sus compañeros de encierro, ni las cabezas rapadas, como la llevaba él. Ni aquellos rostros que al principio de su estancia en la prisión le aterraron, haciéndole tener pesadillas horrendas. Aquellas caras que parecían haberse ido formando poco a poco, reveladoras de todos los vicios, las peores pasiones, las conductas más abominables. Vió pasar ante él, en la cárcel, dos reclusos condenados a muerte, que marchaban hacia la cámara de ejecución... Tuvo por compañeros de celda a hombres que, además de ser criminales, eran aún más odiosos por sus tendencias repugnantes. Presenció las disputas y las peleas silenciosas entre los que se erigían en «jefes» de galería o, simplemente, de celda, queriendo imponer sus vicios y sus órdenes sobre los demás. Escuchó con prevención a los «soplones», que pretendían sonsacarle lo que el

F. B. I.

no pudo lograr de él. Estudió aquel caso de demente que llevaba ocho años madurando la fuga, hasta el punto de que los guardianes le preguntaban si necesitaba apoyo para lograrlo, entre risas jocosas.

Tomó el «subway» y ya no lo dejó hasta estar en East Side, la aglomeración de calles y edificios viejos, lindantes con el Bowery. Italianos, judíos, armenios, chinos... Nada había variado allí. Parecía que aquellos cinco años no hubieran pasado. Fue allí, en *Water Street*, a la salida del bar de Chicleen, donde Hunter se le puso delante, sonriendo, con su rostro alegre, de alegre camarada, y le cogió con presteza el paquete de «bombones» mientras con la mano derecha le trincaba por el cuello con fuerza inmensa. Una cosa idiota por su sencillez, que le dejó alelado.

¿Estaría Marion, la hermana, en casa? Esto era lo que le podía conmovér todavía, y únicamente, de cuánto en el mundo existía. Marion, su hermana.

Cherry Street, la calle donde vivía. Tan fea, tan antipática, con los chiquillos siempre jugando en ella, a gritos, empujando a los transeúntes, rompiendo lunas de escaparates, trepando por las escaleras de incendios y escupiendo o haciendo cosas peores sobre los que pasaban. Suciedad, malos olores, batallas entre chicos y grandes, con las madres desgredadas asomando a las ventanas, hablando a gritos o insultándose... Pero mejor, mucho mejor que Sing-Sing;

en la cárcel reinaba un orden férreo, una disciplina que hacía de los hombres autómatas rencorosos, sedientos de venganza y de satisfacer sus apetitos más ruines y criminales.

La escalera oscura, de gastados escalones, hasta el piso principal.

Marion no sabía que ya estaba en libertad. No se lo quiso decir cuando, hacía quince días, fue a verle. Ella sabía que de un día a otro saldría; pero no la fecha exacta. Quiso darle una sorpresa...

Llamó a la puerta, como él acostumbraba. Dos golpecitos suaves, como arañando un gato sobre las tablas sucias, amarillentas.

Abrió ella y lo miró con infinito asombro. Soltó Jack la maleta, reprimiendo un sollozo, y la abrazó con todas sus fuerzas, no pocas. Ella ocultaba su cabeza en el pecho de él y lloraba silenciosamente. Después se puso en puntillas para alcanzar a besar en la cara a su hermano, mirándole con ternura.

—Ya pasó todo, Jack —dijo ella, con voz trémula, y se limpió las lágrimas en el pecho de su hermano, sobre la americana, sonriendo después—. Ya pasó todo. Ahora, los dos otra vez, a luchar por la vida... honradamente tú.

Se separaron, y cogidos de las manos, entraron en el pequeño comedor, con muebles modestos, donde el sol entraba a través de una ventana abierta de par en par.

Jack contempló a su hermana. Tendría ahora veinticuatro años, y, desde luego, estaba más hermosa que hacía cinco. Era más mujer, físicamente. Espléndida, hubo de reconocer. No tan alta como él, tenía, sin embargo, una estatura superior a la mediana. Morena, como él, su pelo brillaba hasta el punto de parecer como azulado oscuro. Bien peinada, con melena, parecía más joven aún. Su rostro tenía casi las mismas facciones que él, con la nariz regular, los pómulos un poco salientes. Y los negros ojos, de familia, rasgados, grandes, expresivos.

—Aún no había empezado a comer —señaló Marion la mesa, donde había dos platos, el cubierto, un vaso y la jarra del agua—. Puedo compartirlo contigo sin necesidad de comprar nada más. Desde hacía días esperaba que salieses. ¿Por qué no me avisaste?

Jack sonrió tristemente. Se sentó, mientras miraba con curiosidad la habitación, los muebles, a su hermana. Nadie diría que habían pasado cinco años.

—Creo que todos los que salen de la cárcel están huraños, esquivos —dijo Marion, contemplándole con tristeza, sentada frente a él, al otro lado de la mesa—. Yo no quisiera que tú fueses así en adelante, Jack. Debes haberlo pasado muy mal, pobre...

—Trae la comida —repuso secamente él, dejando sobre el cenicero la colilla apagada, muy apurada, según hacía en la cárcel, del cigarrillo.

—Sí, Jack. Pero piensa que ya acabó todo lo malo. Ya verás cómo ahora...

—Sí. Pero calla, hermana —contestó él, con leve impaciencia—. Te aseguro que en todo este tiempo pasado he tenido muchas horas, muchas, para pensar en eso. Todo ha acabado... —terminó, con sarcasmo.

Marion fue a la cocina, haciendo un gesto de tristeza. Ya sabía ella que no había terminado todo, desgraciadamente. Quizá faltaba

lo peor, sobre todo para Jack. Pero había que animarlo, sacarlo del caos en que se hundió aquel día en que el agente especial Hunter le sumió, al apresarlos.

Puso sobre la mesa la comida, abriendo unas latas de conserva. Sacó del armario un tarro de confitura, una botella de vino italiano, una tarta de chocolate y nata.

—Lo compré esta mañana, por si venías —dijo, sonriendo, y se acercó a él, besándole en la frente—. Hemos de celebrar tu regreso. Ahora gano más, Jack, en el Banco Franklin. Cerca de los mil dólares al mes, ya ves...

—¡Hum! —rezongó Jack, mientras comía con cierta torpeza.

—Soy la secretaria del director. Hube de aprender el francés, la correspondencia; el alemán, el español... Todo eso suponía ganar más, claro. Por ello pude enviarte aquellas cosas cuando estabas allí.

—¡Hum! Buena hermanita, desde luego —murmuró Jack, arrugado el ceño—. Más de lo que me merezco.

—No digas eso, Jack. Sabes que lo que hiciste lo juzgué como un... error, una funesta desviación. El regresar de la guerra y encontrarte sin trabajo, medio desesperado, amargado... Muchos vinieron así, y después de darles una palmada en la espalda y hacerlos desfilar, quedaron como tú, con las manos en los bolsillos, con sus puestos ocupados. No hablemos de eso, ¿quieres? Sería prolongar la tristeza, la desilusión. Hay que volver a vivir, a luchar...

—Sí. Me alegra mucho verte en tan buena disposición. Eres una mujer animosa, como siempre. En Europa hay imbéciles que creen que la mujer americana no tiene personalidad; que todo es materialismo en ella, deseos de diversión, de lucirse, de no sé cuántas bobadas más. ¿Tienes novio, hermana?

—No —repuso ella, prontamente. Y llenó el vaso de Jack con el dorado vino Italiano—. No he tenido tiempo, ni tal vez ganas, de ello. Te lo dije así tantas veces como me lo preguntaste, cuando iba a verte allá.

—No me daba cuenta de lo que te preguntaba ni de lo que me decías —contestó Jack, mientras comía despacio, como si estuviese haciéndolo en casa extraña, muy de cumplido—. Y... ¿ha venido por aquí Sherman, mi «boss»?

—Una sola vez. No le quedaron ganas de volver —contestó Marion, arrugando el ceño.

—¿Quería... algo de ti? ¿A qué vino? —inquirió Jack, dejando el cubierto sobre la mesa y mirando fijamente a su hermana—. Dime la verdad, te lo aconsejo.

—Le Interesaba saber si al fin tú le habías denunciado. Fue cuando te incoaron el proceso. Me dijo que si yo necesitaba algo, se lo pidiera. Le contesté que era un perfecto bandolero y que si quería verse metido en un buen lío, que volviese aquí. Yo no tenía la absoluta seguridad de que él fuese tu «boss». De haberlo sabido a tiempo, te hubiese él acompañado en la reclusión. Quizá esto te hubiera ayudado a salir antes.

Jack volvió a comer despacio, baja la cabeza. Marion le miraba a hurtadillas, estudiándole detenidamente. No parecía aquel hombre, ahora como avejentado, hundido en la desgracia, el Jack alegre, casi alocado, efusivo y tierno, de cinco años atrás. Sin embargo, solamente tenía veintiocho años; la edad de la alegría, el buen humor, el optimismo. La guerra, antes, y la cárcel ahora, había operado aquella lamentable transformación.

—¿Vino por aquí ese hombre, el agente que me detuvo? —volvió a preguntar Jack, apartando de sí el plato vacío.

—No. Solamente me telefoneó una vez, estando yo en el Banco. Me dijo que si alguien me molestaba, de tu «gang», se lo dijese. Que si necesitaba algo de él, del

F. B. I.,

estaba a mi disposición. Entendí que lo que pretendía era que le contase si Sherman se entendía conmigo, o me veía, se lo dijese para redondear la redada. No le hice caso.

Jack bebió su vaso de vino y encendió un cigarrillo, recostado sobre la silla, pensativo. Marion contempló con disgusto la rapada cabeza de su hermano.

—Ahora ya estoy «marcado», chica —dijo él, en tono como si monologase, dando vueltas al mechero, sobre la mesa, distraídamente—. Fichado, retratado, tomadas mis huellas, analizada mi sangre, contados los poros de mi cuerpo, o poco menos... Es el comienzo de una vida durante la cual la Policía no me dejará en paz. Como alguien cometa un disparate y no lo encuentren enseguida, me llamarán o vendrán a interrogarme...

El timbre de la puerta sonó discretamente. Marion se levantó, pero se detuvo al ver la palidez del rostro de su hermano, que la miraba con evidente desasosiego.

—¡Por Dios, Jack, piensa que ya no hay nada que temer! ¡Que todo ha acabado, todo lo malo! —exclamó la joven, sonriendo precariamente. Y salió al pasillo rápidamente.

Jack oyó cómo ella abría la puerta. Después, un rumor de conversación. Era un hombre el que estaba con su hermana. Después, los pasos de ella, lentos, y los del hombre, que parecía detenerse a veces, para luego seguir, mientras hablaba en voz baja.

Apareció al fin en el umbral Marion, un poco pálida, con su delantal de cretona ocultando parte del vestido sastre. Detrás, un hombre, aún en la penumbra.

—Oye, Jack, es... es el señor Hunter, el agente. Quiere hablar contigo —dijo, con voz que trató de hacer natural inútilmente—. Pase, señor Hunter.

—Gracias. ¡Hola, señor Mott! —dijo el joven agente especial, adelantándose. Era un verdadero gigante, aún más alto que Jack, y vestía muy correctamente, con un grueso gabán color marrón—. Me he enterado de que ha salido ya y pensé que sería buena oportunidad para saludarle y darle la enhorabuena.

Jack no se había levantado. Recostado sobre el respaldo de la silla, su mano derecha jugueteaba ahora nerviosamente con el mechero, teniendo el cigarrillo en la boca. Ambos se miraron fijamente, Y Jack volvió a estar muy interesado en que el encendedor se mantuviese sobre un ángulo solamente.

—Siéntese, señor Hunter —dijo, apuradamente, Marion, señalándole una silla, ante la mesa—. Le agradecemos su amabilidad... Ha vuelto hace un rato. Una agradable sorpresa para mí, comprenda... No me quiso decir nada, y...

—Lo comprendo, señorita Mott —dijo el agente especial, sonriendo afablemente—. Lo es también para nosotros, el que vuelva a la vida normal, como Dios manda.

Jack sonrió imperceptiblemente, arrugando el ceño. Daba vueltas y más vueltas al mechero, cambiando de sitio en la boca el encendido cigarrillo.

—Oiga, señor Mott. —Hunter decía «señor» con naturalidad, y esto agradó a Marion. Era una delicadeza por parte del agente—.

Quiero decirle que me alegra sinceramente volverle a ver, ahora en otras condiciones. El

F. B. I.

está dispuesto ahora a olvidar que usted se puso frente a él. No hará solamente esto, se lo aseguro. Hemos estado recibiendo periódicamente de la Dirección de

Sing-Sing

informaciones respecto a su conducta allí, y siempre se nos ha dicho que usted era un recluso excepcionalmente disciplinado, respetuoso y trabajador.

Jack sonrió burlonamente, sin dejar de jugar con el mechero, la mirada puesta en lo que hacía, con aire indiferente. Hunter se movió en su asiento, un poco desconcertado por la conducta de aquel hombre, tan displicente, desdeñoso Marion contemplaba al agente especial con agradecimiento.

—Nos interesa, señor Mott —siguió diciendo Hunter, con voz persuasiva—, que usted no vuelva a constituir para nosotros un motivo de preocupación ni de vigilancia. Todo nuestro deseo ahora es que usted entre en una vida normal, de honrado ciudadano. Desde hace unos meses, previendo su salida, nos hemos preocupado de facilitarle los medios para que esto sea fácil para usted. Necesita usted ponerse a trabajar inmediatamente. Algo que vaya bien con su profesión de perito electricista y mecánico. Yo he buscado...

Jack levantó la mirada por primera vez para fijarla sobre Hunter, que le contemplaba serenamente, moviendo la cabeza conforme hablaba. Marion juntó las manos sobre el regazo, muy interesada en lo que decía el agente especial.

—Tengo una plaza de instalador y proyectista en la American Electric, de aquí, para que la ocupe desde mañana mismo, si lo desea. Lleva usted nuestro aval, señor Mott, y esto quiere decir que será considerado y tratado debidamente, sin que en momento alguno nadie le insinúe la menor cosa respecto a su conducta anterior. Eso ha quedado borrado al pagar su deuda. ¿Qué le parece?

Jack no contestó. Tenía de nuevo la cabeza como hundida en el pecho, fija la mirada en su mechero, que rodaba por encima de la mesa, incapaz de quedar colocado sobre un solo ángulo.

—Creo que es magnífico, Jack —dijo Marion, con contenido

entusiasmo, inclinándose hacia su impasible hermano—. Es una colocación que te irá bien, en tu oficio. Ha sido usted muy amable, señor Hunter. Mi hermano está ahora... comprenda, desconcertado, quizá muy temeroso de asomar la punta de la nariz —rió sin ganas, azorada— a la calle, porque cree que todo el mundo le va a despreciar. Ha sido todo tan duro... ¿Verdad, Jack, que aceptarás agradecido lo que el señor Hunter te ofrece?

Mott no movió ni un músculo de su rostro anguloso, parecido a una talla de granito. Su desesperante maniobrar con el mechero seguía imperturbable.

—Comprendo su estado de ánimo —dijo Hunter, con afabilidad, sonriendo a la bella muchacha—. Todos sufren ese complejo de inferioridad en tales casos. Todos los que en el fondo son honrados, aunque hayan sufrido un error en determinado momento que les ha colocado fuera de la ley. Por eso es por lo que yo quisiera que aceptase su hermano mi mano de amigo, sin rencor ni reservas.

—Descuide, señor Hunter. Jack irá mañana a ese sitio y se presentará de parte de usted. Discúlpele que ahora encuentre dificultad para aceptar este estado de cosas. Ha sido tan penoso para él...

Hunter sacó de su cartera una tarjeta y escribió algo en ella, tendiéndosela después a Marion.

—Me dijeron que, para empezar y hasta conocer bien su aptitud, tendría un jornal semanal de ciento veinticinco dólares —dijo el agente especial, levantándose de la silla—. Yo seguiré presionando —rió alegremente— para que su hermano suba lo más posible. El director es amigo mío. Bien —carraspeó, como queriendo llamar la atención de Jack, que no levantó la mirada de la tabla de la mesa, como si estuviese solo en la habitación—; pues... ya sabe, señor Mott. No forme un mal concepto de mí por aquello, por lo pasado. Hay cosas que no tienen más que un camino, amigo. La experiencia ha sido dura, pero estoy seguro que provechosa. No vacile en acudir al

F. B. I.

si alguien pretende molestarle; ya me entiende, ¿verdad? En modo alguno se ponga en contacto con ciertos tipos, ni se deje deslumbrar por promesas ni aun por realidades basadas en actos indignes. Buenos días, señor Mott.

Hunter salió del comedor sin que Jack levantase la cabeza para mirarle, embebido en su afán de poner el mechero sobre la mesa en una forma imposible. No contestó tampoco al saludó del agente especial.

Marion fue tras Hunter hasta llegar al pequeño «*hall*». Hunter se volvió y la tendió su mano, grande, que ella estrechó con vigor, afablemente. Se miraron, sonriendo, aunque el ceño de Hunter estaba un tanto fruncido.

—El pobre no sabe ni expresarse ahora, señor Hunter —dijo la joven, confusamente—. Yo misma le he encontrado tan extraño... Ha sido muy duro, muy duro para él. Perdone que se haya mostrado así de descortés. En el fondo...

—Que vaya a ver al director de la American Electric mañana mismo, señorita Mott —dijo Hunter en voz baja, con la mano de ella apretada en la suya—. Es preciso que se ocupe en algo; en algo decente, claro. Llevará una mala temporada, desde luego, hasta que se convenza de que el pasado no influye sobre el presente y el porvenir. Hay que rodearle de un clima de normalidad, de olvido hacia lo que ocurrió, de optimismo; que él mismo se decida a entrar en esta nueva vida... Usted sabrá impulsarlo, no lo dudo.

—Haré lo que pueda. Usted ha sido muy bueno con él... ahora. Perdone que yo también esté aún un poco extrañada de todo esto. No es fácil comprender que quien castiga tan duramente luego nos tienda su mano...

—Desde luego —replicó, sonriendo, Hunter, sin soltar la mano de ella, que tampoco hacía por retirarla—. Es, como si dijéramos, el espíritu de la Ley, de la Justicia. Nosotros no sentimos rencor por quien delinque. Nuestro oficio es reprimir, poner en manos de la Justicia a quien se sale de ella. Una vez pagada la cuenta, nosotros olvidamos lo ocurrido y deseamos sinceramente no tener que volvernos a ocupar del asunto. Ahora quisiera que usted me prometiese algo, señorita Mott.

—Si está en mi mano poderlo hacer... —repuso ella, mirándole con curiosidad.

Y suavemente retiró su mano de entre la de Hunter, sonriendo débilmente.

—Prométame que si su hermano —bajó más el tono de voz— hiciese lo contrario de lo que esperamos, me lo dirá. Quiero decir si

persiste en seguir el mal camino; volviendo a ver a sus antiguos conocidos fuera de la ley, ocupándose en extrañas actividades. No sé si aceptará la colocación que le he ofrecido. Debemos impedir que vuelva a las andadas, señorita Mott. No vacile en contar conmigo para impedirlo, sí eso sucede.

—No creo que haga eso —contestó, en tono asustado, la joven, mirando con angustia al agente especial—. Aquello fue una chiquillada, un deslumbramiento. Un muchacho de veintitrés años que vuelve de la guerra, que se encuentra desplazado, que le han quitado su puesto de trabajo. Que no encuentra otro... Jack fue siempre honrado, decente. Y esto ha sido muy duro para él. Escarmentará, no lo dudo. Pero si algo malo ocurre, yo se lo diré. Usted actuará como amigo, ¿verdad? Quiero decir que no seré yo quien denuncie a Jack, que lo meta de nuevo en la cárcel usted por mí...

—No, no. Yo haría por apartarlo del mal camino. No estará sujeto a vigilancia, pero debo saber si está en peligro de salirse de nuevo de la ley. Una reincidencia sería fatal para él, señorita Mott. Hay que evitarla a toda costa. Sería también un fracaso para nosotros, en nuestra labor de impedir que los delincuentes que pagaron su cuenta vuelvan a hacernos la guerra. Ahora, adiós, señorita Mott. Creo que nos veremos con alguna frecuencia, si usted consiente en ello.

—Me ha asustado un poco, señor Hunter —murmuró ella, pensativamente—. Será mejor lo que usted dice. No traicionaré a mi hermano con que nos veamos y hablemos de él. Adiós, señor Hunter.

Salló el agente especial y Marion volvió lentamente al comedor, arrugado el entrecejo, preocupada.

Jack estaba aún sentado, ahora con ambas manos sobre la mesa, encendiendo y apagando maquinalmente el mechero. Levantó la mirada al ver entrar a su hermana.

—Creo, Jack, que te has portado extrañamente con el señor Hunter —dijo ella, sentándose frente a él y mirándole fijamente, aunque sin enfado—. Ni una palabra has pronunciado... ¿Por qué? ¿No encuentras que lo que hace por ti ahora merece siquiera darle las gracias?

Jack, en un gesto imperioso, se llevó el dedo índice de su diestra

a los labios, mientras decía, con voz dura, seca, irritada:

—Procura meterte en tus propios asuntos y déjame en paz, hermanita. Eres una pobre inocente. No te has dado cuenta de lo que en realidad quiere ese condenado

«G-Men»,

¿verdad? Solamente has visto su amabilidad, su aire de hipócrita misionero, su ofrecimiento de colocarme...

—¡Y es cierto eso, Jack! —exclamó Marion, con asombro—. No tienes más que ir mañana a dónde dice esta tarjeta y estarás colocado.

—¡Lo que quiere es tenerme como confidente, tonta! —exclamó, a su vez, Jack, dando un puñetazo sobre la mesa—. Quiere liarme por medio del agradecimiento para que yo le saque las castañas del fuego, denunciando a mis antiguos amigos, dándole informaciones y exponiéndome a que un día me llenen el cuerpo de balas. ¡Eso es lo que quiere ese santito!

—Nada ha dicho de eso, Jack —observó, con calor, Marion—. Y me ha comunicado que no estarás vigilado en adelante. Que confían en ti, en tu honradez, en la experiencia que hayas sacado después de lo pasado. Jack, hermano, no puedo creer que hayas salido peor de cómo entraste en

Sing-Sing...

Jack rompió a reír ásperamente, mientras sacaba un cigarrillo del paquete.

—Eso es lo que suele ocurrir muchas veces, Marion —dijo, con dureza—. Que uno sufre una pena que no se merece, y en vez de escarmentar, como ellos quieren, se envenena. Ahora, ese idiota me ofrece una colocación... ¿Por qué no me dieron la mía cuando regresé de la guerra? ¿Por qué me rechazaron en todos los sitios a dónde pedí trabajo, pretextando que tenían que cumplir antes con sus compromisos? ¿Por qué me quedé en la calle, silbando, dispuesto a escuchar cualquier cosa, por mala que fuese? Me pusieron la zancadilla, y cuando me caí, ellos me pisotean encima, ...

—¡No es cierto! —exclamó Marion, llenos los ojos de lágrimas—. ¡Nunca un hombre honrado puede encontrar pretexto para dejar de serlo! Yo trabajaba entonces y te ayudaba. ¿Qué te faltó, di? ¿No comías todos los días? ¿No te compré un traje, zapatos y te di

dinero para que tus amigos, ¡tus «amigos»! —recalcó la palabra con desdén—, no dijeran que eras un muerto de hambre? Esos amigos son los que te lanzaron, Jack, a tu perdición y a la cárcel. Ahora puedes enmendar lo que hiciste, volver a ser un hombre digno, y parece que no te conviene, ¿verdad? Vas a rechazar esa plaza que te ofrecen, no lo niegues... Es decir, que has salido más... sinvergüenza de lo que eras antes.

Salió la joven, sollozando, del comedor, dando un portazo. Jack, acodado sobre la mesa, sonriendo siniestramente, siguió su tenaz tarea de querer poner el mechero en pie sobre un solo ángulo, con aquella constancia obsesiva que empleara, durante meses y meses, estando en la celda de

Sing-Sing,

para contar los barrotes de la puerta mientras pensaba cómo vengarse del agente especial Hunter, siempre con la ineludible condición de matarlo.



Niño:

**Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!**

II



OR la noche apenas si pudo dormir. Se encontraba excesivamente cómodo, en aquella cama con somier y colchón de lana; tan ancha, tan mullida, tan limpias las sábanas. Echó de menos los ronquidos de sus dos compañeros de celda.

Tom y Benny, que se movían constantemente en las literas, soñando cosas horribles, y cuando estaban despiertos, disputando o peleándose. Alguna vez se despertó sobresaltado, echando una mirada a su paquete de cigarrillos, sobre la mesilla, creyéndose aún en la celda, porque Tom y Benny acostumbraban a robarle el tabaco cuando dormía.

Por la mañana, desayunó con Marion, ya vestida para ir a la oficina. Ella le besó con ternura, como si hubiera olvidado la

tempestuosa escena del día anterior. Marion era maravillosamente buena con él. Quizá excesivamente buena, tolerante. Claro que él tuvo oculto durante bastante tiempo su «negocio» con aquellos rufianes, y ella, en su buena fe, solamente se asombró cuando su hermano dejó ver buenos fajos de billetes, obtenidos en «casuales negocios de compraventa» que no quiso explicar.

—¿Vas a ir a la American Electric, Jack? —le preguntó mientras desayunaban.

—No —repuso hoscamente él—; no quiero agradecer nada a ese tipo. Buscaré por mí mismo. Si fracaso, entonces...

Marion le contempló fijamente, con la tostada a medio camino hacia su boca. Siguió después comiendo, baja la cabeza. Jack hacia lo mismo, más lentamente, haciendo ruido con la boca. Era ésta una nueva costumbre, grosera, aprendida en la cárcel y que a Marion ya le ponía nerviosa.

Con el claro abrigo de entretiem po puesto, la joven fue hasta donde él estaba, fumando y apoyado de codos en la mesa, pensativo, y le besó. Jack la correspondió, mirándola con ternura.

—Jack —dijo conmovidamente ella, pasándole una mano sobre la rapada cabeza—, ve a esa colocación, no seas niño... El señor Hunter ha demostrado no tener nada contra ti. Me lo dijo cuándo se despedía. Era su deber hacer lo que hizo. Si lo rechazas, pensará, seguramente, muchas cosas, compréndelo, y ninguna buena, sobre ti. Tal vez crea que no has escarmentado, que vas a volver a las andadas...

—Que te metas en tus cosas, rica —dijo con voz contenida, Jack, haciendo un gesto de impaciencia—. No pienso volver a eso, si es lo que te inquieta. Pero quiero valerme por mí mismo, sin necesidad de caritativos misioneros, que luego querrán me convierta en confidente suyo. Anda, lárgate y déjame en paz. ¡Y no vuelvas a darme la lata con tus sermones!

Marion abrió la boca para hablar, pero se contuvo. Lanzó un leve suspiro de amargura y salió del piso.

Cuando se quedó solo Jack, se levantó pesadamente y fue hasta la ventana, contemplando distraídamente la calle, con su tráfico ruidoso, sus viandantes chillones, mal vestidos, hablando en varios idiomas, mezclado con el «slang» neoyorquino. Las vecinas, asomadas a las ventanas, charlaban continuamente, desgrena das,

con un albornoz raído y sucio sobre el cuerpo. Los chicos, en medio del arroyo, sentados en las aceras, se peleaban, gritando o insultándose soezmente. Era aquello el «slum» que, estando en la cárcel, echara de menos; como ejemplo de animación y vida. Ahora le mareaba.

Fue al teléfono y sacó de su cartera una vieja tarjeta, que miró. Después marcó en el aparato.

Pensó que tal vez ya ella no viviera allí. No había ido a verlo a Sing-Sing

ni una vez, ni le escribió. El sí lo hizo, pero no obtuvo contestación. Al fin y al cabo, lo que era de esperar...

—¿Quién? —Una voz de mujer, un poco ronca, le hizo estremecerse de pies a cabeza—. ¡Hable!...

—¿Fleur? ¿Eres Fleur? —dijo Jack, sonriendo mientras se apoyaba en la pared—. Soy... Jack, Fleur.

—¿Jack? ¡Oh, pero tú! ¿Jack Mott? ¿Es posible? —La voz de ella se hizo asombrada, alegre—. ¿Cuándo has salido? ¡Sin decirme nada!

—Ayer salí, Fleur. Ya ves que me he acordado de ti. En cambio, tú...

—No sabes, querido... Hube de ausentarme. «Mon petit...» —la voz de ella tenía un leve acento francés—. Y, bueno, quiero verte, verte...

—Yo también. Podía ir ahora mismo. ¿Sigues viviendo en Stanton Street, en el trescientos veinticinco?

—Sí, cariño. Ven enseguida. ¡Cuánto me he acordado de ti!

—Allá voy —contestó impetuosamente Jack, que respiraba anhelosamente, un poco enrojecido su rostro—. ¡Hasta ahora!

Colgó torpemente el aparato y salió disparado hacia su alcoba, donde se quitó el pijama, arreglándose apresuradamente. Pensaba en Fleur, aquella mujer a quien amaba, tan atractiva, hermosa y a veces extraña, que le volvió loco de pasión tantas veces. Aquella Fleur, ligera, coqueta, en cuyas venas circulaba la sangre francesa. La que le lanzó, realmente, a ser un fuera de la ley «porque su amado había de tener dinero, mucho dinero para sostenerla». Y Jack lo conseguía, hundiéndose, pero recibiendo el premio que ella le prometiera.

Se puso la trinchera y salió del piso, bajando la escalera como

un mozalbete enamorado que acude a la primera cita con «ella».

En la cartera llevaba cien dólares, que le dieron en la cárcel, y que encontráronle al ingresar allí. No le había dicho a Marion que los tenía, ni ella le preguntó si tenía dinero, aunque sí le indicó que en el armario de su alcoba, en un cajón, encontraría seiscientos dólares y que cogiese lo que necesitara.

Tomó un «taxi» y dio la dirección al chofer. Sentía como si la sangre estuviese toda aglomerada en su cabeza. ¡Cinco años sin estar al lado de Fleur, sin tener cerca a ninguna mujer! Y ella le esperaba con Impaciencia. Le había llamado «cariño» y en su voz percibió incontables promesas, que deseaba hacer realidades. ¡Hermosa Fleur!

Se tiró del «taxi» cuando aún no estaba del todo parado. Pagó al taxista, sin querer el cambio, y subió de tres en tres los escalones de la oscura escalera, hasta el piso principal.

Llamó imperiosamente, latándole el corazón precipitadamente, mojándose los labios resecos, apretando los puños casi con rabia, congestionado por la impaciencia. Volvió a llamar, apretando el botón del timbre hasta sentir acercarse los pasos precipitados de una mujer por el largo pasillo.

¡Cinco años sin estar al lado de Fleur!

Cuando la joven abrió, él la cogió en sus potentes brazos, cerró la puerta violentamente con un envite del cuerpo y, hundido el rostro en el pecho de ella, jadeando, sin hablar ni permitir que ella lo hiciera, se hundió con su deliciosa carga en el oscuro pasillo.

Un poco antes de la una, Marion acudió al teléfono. Ya se había puesto el ligero abrigo, lista para marchar a su casa.

—Soy Hunter, señorita Mott —dijo el agente especial—. Llegué a tiempo para llamarla al Banco, por lo que veo. Siento molestarla...

—Nada, nada, señor Hunter —repuso Marion, palideciendo un poco—. ¿Quería decirme algo?

—Sí. Creo que se lo figurará. He hablado hace un rato por teléfono con el director de la «American Electric». Le pregunté si se había presentado su hermano, señorita Mott, y me contestó que aún no. Yo le dije a Jack que fuese hoy por la mañana... Quizá no le ha sido posible, ¿verdad?

—Pues... —Marion miró a su alrededor, azorada, como si

buscase por allí la excusa que no encontraba—. No, no ha debido de ir, señor Hunter. Ya le dije que mi hermano está como descentrado, no sé cómo explicarle...

—Ya, ya. Creo que comprendo bien. Jack me considera como un enemigo, y no es que ello me extrañe. Quizá se niegue a aceptar el empleo ese, precisamente porque medio yo.

—Debe perdonarlo, señor Hunter. Es posible que, en efecto, se encuentre Jack en esa situación. Si fuera posible que le reservasen el puesto durante unos pocos días, yo creo que el buen sentido le haría rectificar su criterio actual. Jack es bueno, leal... Ha sufrido mucho, compéndalo. No se trata de un delincuente habitual y...

—Haré porque mi amigo el director pueda reservarle la plaza por cierto tiempo —contestó suavemente Hunter—. Aunque no sé si será posible.

Corría prisa cubrir esa vacante, según me dijo. Sería una lástima...

—¡Cuánto le agradezco su interés, señor Hunter! —Marion hablaba con sentida voz, llenos los ojos de lágrimas—. Yo presionaré a Jack lo que pueda. Gracias por todo, señor Hunter.

—Mañana la volveré a llamar, si me lo permite. Procure convencerlo, señorita Mott. Todo esto tiene más importancia de lo que usted pueda figurarse. Hay que impedir que vuelva al pasado. Por eso quería yo colocarlo inmediatamente. Un hombre que trabaja y percibe un jornal decente no piensa en cosas raras, fuera de la ley, para ganarse la vida. Oiga, ¿me permitiría ir a verla a su casa esta tarde o que saliésemos, para hablar de este asunto?

—Pues —ella se enjugó las lágrimas y sonrió— creo que sí, que podríamos salir. Puede estar Jack en casa y sería desagradable. Mejor será que nos veamos en la calle.

—¿A qué hora?

—A las cinco. Espéreme cerca de casa. Y gracias por todo, señor Hunter. Debo confesarle que me ha sorprendido usted con su interés por Jack. No podía suponer que fueran ustedes así, después de ser de la otra manera —rió levemente, y Hunter también rió.

Colgó Marion el aparato y salió de su despacho, yendo al ascensor. Iba consternada por lo que había hecho Jack. Decididamente, su hermano no había aprovechado bien la experiencia que debió recibir con estar en

Sing-Sing,

lo que aquello significaba. Había salido convertido en un rencoroso, amargado, más enemigo aún del bien común, de la honradez y del indeclinable deber de estar en adelante a bien con la Ley. ¡Qué pensarla de él el señor Hunter, aparte de lo que a ella le dijo, mesurado, comprensivo! ¿No se daría cuenta el majadero de Jack de que el agente especial comenzaría de nuevo a sospechar de él, a vigilarle, a perder todo afecto e interés por él, y que pasaría a ser el policía severo, deseoso de poderle castigar de nuevo, como era su deber?

Wall Street no estaba muy lejos de su casa, y andando rápidamente por entre las calles estrechas y tortuosas del East Side, llegó a su casa pronto.

Ya estaba allí Jack, sentado en el viejo sillón, ante la ventana, leyendo el periódico. Muy tranquilo, al parecer. Y Marion hubo de reconocer, con cierta amargura, que su hermano no era el mismo de hacía cinco, seis o más años atrás. No le comprendía bien. Ni en su actitud externa, como desabrido, extraño, alejado, ni mucho menos por sus ideas. Se había vuelto muy reconcentrado. No miraba cara a cara, como antes. Ahora mismo, no estaba leyendo el periódico, sino que parecía pensar intensamente en algo. Lo que fuera, él lo sabría. Antes era impetuoso, locuaz; se le escapaban, materialmente, las confidencias, las comentaba con ella, pedía su consejo.

—Hola —dijo ella, acercándose a él y besándole—. ¿No has salido esta mañana?

—Hola —él se limitó a recibir el beso, sin corresponder a la caricia. Un hecho insólito, desde luego—. Sí, salí por ahí... —Y volvió a su aparente lectura.

Marion se metió en la cocina y preparó rápidamente la comida. No sabía si decirle a Jack algo con respecto a su negativa a presentarse en la American Electric y lo que habló con el agente especial Hunter. Si se lo decía, iba a haber trifulca de nuevo, como en la tarde anterior. Si lo callaba, haría mal. Jack estaba necesitando, sin duda alguna, y pese a que él lo rechazase, consejo, orientación, impulso para entrar en la normalidad. Su criterio respecto a la amistad de Hunter era absurdo y también deprimente. ¿Es que iba a ver ahora el desdichado polizone, por todas partes,

enemigos ocultos que le Impulsasen a hacer cosas que le repugnasen? ¿Creía que el

F. B. I.

le atenazaría, obligándole a ser un confidente, y de no acceder a ello, le harían la vida imposible? Era necesario quitarle tales ideas de la cabeza, y pronto. Porque, si no, como reacción, se iría al bando contrario, es decir, con aquellos rufianes traficantes en drogas. Un hombre que se niega a trabajar es el terreno mejor abonado para sembrar en él la semilla del «gangster», de asesino y después presidiario habitual, o algo mucho peor.

Puso la mesa rápidamente, observando a su hermano de reojo. Seguía fijando su mirada en la última página del diario, donde había un gran anuncio de los coches «Pontiac», Muy interesante para él, pensó con sarcasmo.

—¿Vamos a comer? —le dijo, mientras se sentaba a la mesa. Jack se levantó perezosamente, colocándose frente a ella, sin mirarla. Esperó a que le sirviera los huevos revueltos y después, bajando la cabeza, comenzó a comer, produciendo aquel ruido grosero, al masticar, que la ponía nerviosa. ¿Era posible que un muchacho educado, como Jack, hubiese aprendido lo peor de la cárcel, como era a comer con la cabeza hundida en el plato y masticando como un perro que tritura los huesos? Y tan mohíno, con la vista baja, como si el vigilante, durante las comidas en la cárcel, estuviera contemplándole severamente...

—¿Dónde estuviste, Jack? —preguntó ella, en vista de que Jack no parecía dispuesto a hablar.

—Por ahí... Dando vueltas. Todo me parece nuevo, extraño... —repuso él, sin levantar la mirada—. La libertad es una cosa estupenda.

—Por fin no fuiste a lo de tu empleo, ¿verdad? —murmuró ella en tono suave, pero aun así se reprochó el haber dado comienzo a aquella espinosa conversación. ¡Algo había que hacer por Jack, mal que le pesase!

—No. Ya te dije ayer eso. Si puedo encontrar por mí mismo, mejor. Ahora parece que se puede colocar uno más fácilmente.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Has visto a algún amigo?

—Lo veo por los anuncios de los periódicos —replicó secamente Jack—. Voy a presentarme en alguno de esos sitios en que piden

empleados.

—Ya. El señor Hunter me llamó por teléfono. Dijo que había hablado con el director de la American Electric, el cual esperaba tu visita para ofrecerte la colocación. Está extrañado, naturalmente, el señor Hunter por tu negativa a ir allí. De no haber querido aceptarlo, debiste decírselo ayer, en vez de portarte como... un palurdo rencoroso.

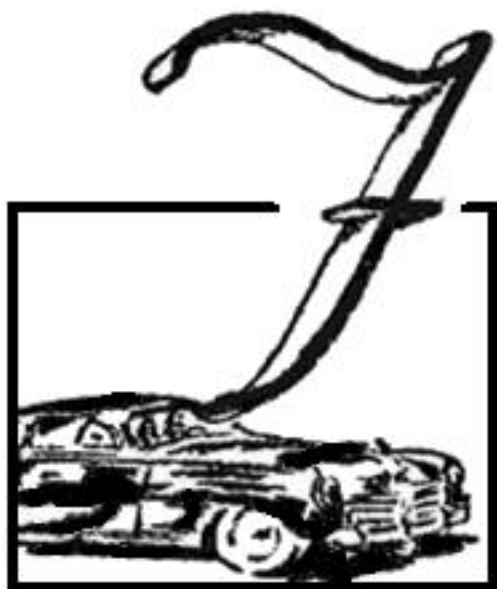
Jack dejó con gesto seco el tenedor y el cuchillo sobre la mesa, levantando la cabeza con aire fiero, irritado.

—Marion, si vas a seguir así un día y otro, más vale que lo digas —dijo, con tono rabioso, mirándola con ferocidad—. SI te estorbo, lo dices también. No tengo inconveniente en Irme, en dejarte sola, si ése es tu gusto. Ya me las compondré, no te apures. Ya sé que ahora soy un piojo, un apestado, un «marcado» cuya compañía nadie desea...

Marion, sobrecogida, calló lo que pensaba decirle. Era todo lo contrario, precisamente, lo que ella deseaba, y le entendía al revés. Sí; Jack se había embrutecido al lado de aquellos reclusos, todos gente sin moral, sin principios; vengativos, rencorosos, gozando en introducir en los nuevos penados la amargura y el odio contra la sociedad. En vez de elevarse, con su educación, su cultura, sus principios, sobre los otros, había rebajado. Ingresando en la manada de los peores. Un apestado más, como él había dicho, Y sin tolerar que se le llevase por el buen camino.

Terminó la comida sin dirigirse la palabra. Marion no sabía cómo romper aquella costra de hielo formada en el corazón de su hermano. Era ahora tan suspicaz que todo lo tomarla como una intromisión intolerable, surgiendo su cólera, aquella cólera que Jamás antes apareciera en él. ¡Cómo había cambiado el pobre hermano!

III



ACK se marchó un rato después de comer. Pero fue antes a la cocina, donde estaba Marión fregando, y la besó, abrazándola fuertemente. Todo ello sin decir una palabra. La joven le miró con ternura, llenos de lágrimas los ojos, y tampoco dijo nada, temerosa de reanudar las hostilidades. Tenía que estudiar de nuevo el carácter de Jack, para tratarlo de otra manera que antes, estaba visto.

Salló él a la calle. Algunos vecinos antiguos le miraron con curiosidad, y cuando volvió la espalda, las comadres y unos hombres formaron cóndilos, charlando acerca del regreso de la cárcel de Jack. Allí era imposible mantener oculto nada, y menos el que un hombre ingresase en la cárcel o muriese a manos de la Policía. Ambas cosas sucedían con relativa frecuencia en aquel inmenso distrito.

En una angosta calleja, de paso únicamente para peatones, que nacía en Catharine Street, penetró Jack en una taberna donde solían concurrir muchos marinos extranjeros, hampones y mujeres que sentaban allí sus reales hasta que conseguían engatusar a algún cliente y se lo llevaban alegremente a otros lugares de diversión.

Se acercó al mostrador, donde un hombre, muy delgado, el dueño, servía bebidas a los que estaban ante la sucia barra.

—Hola, Moisés —dijo Jack, dando una palmada sobre el cinc del mostrador—. ¿No te acuerdas de los amigos?

Moisés, hebreo, con nariz roja enorme y mejillas colgantes, le miró abruptamente, desconfiado. Después su rostro se alegró, mientras tendía la mojada mano al joven.

—¡Jehová! —exclamó, en tanto que sus ojillos le miraban fijamente—. ¡Jack Mott! ¿Ya de vuelta, muchacho? ¿No era por cinco años?

—Día tras día, viejo. Para vosotros han pasado aprisa, ¿eh? Ya te daría yo nada más que un mesecito allá...

—Claro, claro —murmuró Moisés, pensativamente—. ¡Cinco años! Bueno, chico, el caso es que has podido aguantarlo y ya estás de nuevo entre nosotros. Bueno, toma lo que quieras, caramba. Voy a darte un buen «*whisky*», del escocés, que tomo yo. ¡Vaya con Jack!...

El hebreo sacó de debajo del mostrador una vieja botella, cuya etiqueta blanca tenía el escudo de la Gran Bretaña y grandes letras doradas. Llenó una doble copa y se lo sirvió al Joven, que sonrió agradecidamente.

—¿Y ahora, Jack? —inquirió Moisés, inclinándose sobre el mostrador en actitud confidencial—. ¿Qué planes tienes? ¿Has salido... «regenerado»? —rió, cloqueando burlonamente.

—Como siempre, viejo. Si me apuras un poco, peor que antes —replicó, con amargura, Jack, endureciéndose su rostro—. Alguien que yo me sé se habrá estado riendo de mí durante cinco años, pero el plazo ha cumplido y su risa va a acabar muy pronto. Luego seré yo el que ría. ¿No es justo?

—Cuidado, muchacho —dijo entre dientes el judío—. Muchos han ido a la silla por querer vengarse alocadamente del que les encerró. Considera que ahora estás «marcado», pero que muy bien, y que movimiento extraño que hagas lo observarán. El

F. B. I.

no juega, ya lo sabes.

—Fui un Idiota aquella vez y lo pagué. Uno aprende con la experiencia y con los consejos de los maestros que dejé en Sing-Sing.

Allí hay buenos camaradas. Y cinco años es tiempo bastante para madurar muchos planes, te lo aseguro.

—Deja pasar tiempo... Déjales que crean que te han llevado por la buena senda. Si puedes resistir, no vayas donde estén los camaradas y trabaja en algo que justifique tus ingresos —aconsejó el zorro hebreo—. He visto a tantos como tú estás ahora...

—Oye, viejo yo tenía necesidad de saber qué es de Sherman, mí «boss», y verlo. ¿Puedes informarme sobre esto?

—Sherman... —Se rascó el tabernero la barbilla, hundida entre las mejillas—. ¿Para qué quieres verlo? Sinceramente, Jack.

—Porque me debe dinero. Cuando me pescó Hunter yo iba a cobrar una buena cantidad. Ahora lo necesito y no creo me lo niegue. Tengo que resistir y no quiero claudicar, pidiendo trabajo. Estoy «marcado» y creo que mataría al que me pusiera mala cara o me llamase presidiario.

—Haces bien, muchacho. Los buenos nunca perdonan una debilidad, digan lo que digan. Son unos hipócritas, y si te hacen un favor, no se les olvida que has de pasarles la lengua por los sucios zapatos como pago. Bueno; pues Sherman se deja ver bastante por aquí. Pero creo que será mejor que vayas a su casa. Sigue en East Broadway, en el ciento cuarenta y cinco. ¿Tienes cierta seguridad en que los del

F. B. I.

no te vigilan? Mucho ojo, Jack... Podrías comprometer a los camaradas.

El joven movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—He rechazado un empleo bueno, que me facilitaba el mismo agente especial que me detuvo. Cree ese maldito perro que ahora soy un borrego más a quien pueda lanzar contra mis camaradas. No me vendo, viejo...

Moisés hizo un gesto de agrado, llenando de nuevo la copa de Jack.

—Ve, entonces, muchacho, a ver a Sherman.

Jack se despidió poco después del viejo judío, que se frotó las manos con satisfacción. Jack le proporcionaría nuevamente buenos paquetes de drogas, que él repartiría con excelentes beneficios.

Andando, el joven se dirigió a East Broadway, en el intrincado laberinto de estrechas calles con abigarradas multitudes de italianos, judíos, franceses, armenios, que deambulaban inquietamente.

Era una casa de tres pisos donde vivía Dick Sherman, el que fue «boss», hacía cinco años, de Jack. Todo el Inmueble era suyo, y lo compró para poder establecerse cómodamente, sin tener vecindad molesta y curiosa a su alrededor.

Le abrió la puerta un hombre, mal encarado, a quien no conocía.

—¿Está el señor Sherman? —preguntó al hombre.

—Pues no sé, la verdad —contestó, desconfiadamente—. ¿Quién es usted y qué desea?

—Dígale que soy Jack Mott, su antiguo empleado, que he vuelto de un largo viaje —contestó, sonriendo maliciosamente, Jack.

—¡Ah! Mott... —murmuró el hombre, abriendo mucho los pardos ojos—. Sí, hombre... Antiguo camarada, ¿verdad? Bueno, pasa. El jefe sabía que ibas a salir pronto de

Sing-Sing

y hablaba de ti con frecuencia. Siéntate, que voy a pasarle aviso.

Desapareció tras una cortina, por un pasillo, sonando sus pasos al alejarse. Unos minutos después, otros pesados pasos sintió Jack que se acercaban rápidamente. Distinguió por ellos que era el «boss», Sherman.

Tenía mediana estatura, de cuerpo ancho, fuerte, macizo. No contarla más de treinta y cinco años, y su rostro ancho, con trente espaciosa, revelaba inteligencia, quizá mejor, astucia.

—¡Vaya con Jack! —Le tendió la diestra mano, gruesa y cubierta de vello dorado, sonriendo—. Oye, ¿no habrás hecho mal en venir a verme, sobre todo, sin avisarme? Lo digo por si te vigilan.

—No me vigilan. Lo sé bien. Creen que me voy a meter a pastor de almas —rió sarcásticamente Jack—. Tú estás bien, ¿eh? Buen traje, esos brillantes en las sortijas, el alfiler de corbata...

—No lo creas, chico —replicó prontamente Sherman, pasándose una mano por la rubia cabellera—. Anda, pasa a mi despacho y beberemos por tu feliz regreso.

Entraron en el despacho de Sherman, corrientemente amueblado. Sobre la mesa, vió Jack una pistola, al lado de la carpeta de cuero. El «boss» se sentó en el gran sillón de cuero, ante el mueble, colocando sus manos sobre el vientre. Hizo un gesto para que Mott cogiese un cigarro puro de un estuche, abierto, de plata.

—¿Y qué, muchacho? ¿Se te ha hecho muy larga la estancia en el Waldorf Astoria? —rió sardónicamente, mientras mordiscaba su cigarro.

—Regular. Hay allí buenos amigos, que le abren a uno los ojos y hacen comprender ciertas cosas... Tenía veintitrés años cuando entré, y mi punto de vista en muchas cosas era infantil. Ahora...

—Eso se llama experiencia, Jack —murmuró Sherman, mirando con cierta inquietud al joven. Le encontraba ahora, en efecto, bastante cambiado, incluso en la expresión de su rostro, que era más grave, decidida—. ¿Y qué piensas hacer ahora? Andar con mucho tiento, por de contado.

—No lo sé. Me han ofrecido trabajo, del «honrado» —sonrió de nuevo, con sarcasmo, encogiéndose de hombros—. Nada menos que se interesa por mí el condenado agente que me trincó, ya ves.

—Ese truco está muy gastado, Jack —opinó Sherman, sonriendo—. Te colocan bien, pero te exigen que estés a su servicio, que seas su confidente. Lo de siempre. ¿Y tienes que pensarlo?

—No, no. Está resuelto, desde luego. Le he enviado a paseo al tipo ése. Hoy tenía que hacerme cargo de la colocación y no he ido. Entre Hunter y yo hay una cuentecita pendiente. Se ha reído de mí durante cinco años y yo pienso que el plazo ha terminado y ahora me toca reír a mí.

—Está bien, si sabes hacer las cosas con mollera, chico. Si dentro de unos días, o de unas semanas, Hunter desaparece del mundo de los vivos, ten por seguro que te trincan de nuevo. Serla infantil que te precipites.

—Ya lo sé. Ahora mi preocupación consiste en que debo resistir económicamente para no caer en manos de esos bondadosos protectores. Si me ven sin ocupación y que me sostengo bien, pensarán que he vuelto a las andadas y buscarán un pretexto para encerrarme de nuevo. Por eso acudo a ti...

—No pensarás que puedo yo darte trabajo ahora, ¿eh? —repuso prestamente Sherman, mientras miraba fijamente a Jack con sus

ojos azules claros—. Tú estás, para tu desgracia, «marcado», fichado, y eso ya sabes lo que supone. Se saben de memoria cómo eres desde la punta de los pies hasta el último pelo de tu cabeza. En estas condiciones, has de tener un gran cuidado en lo que haces, y también los que quisiéramos darte trabajo.

—Yo no «canté», Dick —protestó secamente Jack—. Me tuvieron tres días sin dormir, me volvieron loco con sus preguntas, sus gritos, sus amenazas, y estuve más callado que un muerto. En

Sing-Sing

me agregaron a una pandilla de confidentes, y les molí las costillas...

—Si no es eso, muchacho —repuso Sherman, encogiéndose de hombros—. Se trata de que ya tienen tu historial, querido. Que tienen tus fotos, tus huellas digitales, que saben cómo eres y lo que se puede esperar de ti. Y que a la menor cosa te encierran y te hacen decir lo que no quieras decir. Y nosotros, en tanto, con el alma en un hilo. No hay confianza, Jack, por de pronto, en un hombre «marcado», y perdona que sea tan rudo.

—Está bien. Buscaré otro «boss» que se ocupe de otras cosas —contestó el joven, apretadas las mandíbulas de rabia—. Ahora, Dick, acuérdate de que cuando me detuvieron me debías tres mil dólares, que me ibas a pagar aquel mismo día por la noche. Comisiones por repartos de drogas. ¿Te acuerdas? Los necesito...

—Claro que me acuerdo, hombre —dijo Sherman, afirmando con la cabeza—. Ya sabes que nunca he dejado a deberte nada, y hasta te hice algún préstamo. Mis hombres son bien pagados, justamente pagados. Pero mira...

Se inclinó y sacó un cajón lateral de su mesa, hurgando dentro unos momentos, mientras chupaba su cigarro. Apareció, al fin, su mano con un abultado sobre, del que extrajo un papel, que mostró a Jack.

—La facturita de Mostley, el abogado que te defendió. Murió el pobre... Mira... Ocho mil dólares por hacerse cargo de tu defensa. Maldito lo que hizo el idiota, pero ya yes. Yo pagué cinco mil, como jefe tuyo, y los otros tres mil fueron a tu cargo. Una cosa justa, no me lo negarás. Para mi eras ya un valor negativo, aunque te hubieran absuelto. Estabas «marcado»...

Jack palideció. Sí, allí había una factura de Mostley. Es decir, un

papel con un membrete del abogado. Y Mostley había muerto. Aquello podía ser cierto o no serlo. Sherman, como buen «gangster», era un granuja redomado, muy astuto. Precisamente sus tres mil dólares... Los otros cinco mil que indicaba la factura, cualquiera podía saber. Lo cierto era que Sherman le iba a pagar sus servicios con aquel papelucho, que era una pura mentira, un amaño. Ni le admitía en su «gang», ni le daba un centavo...

—Como conforme, no lo estoy —dijo Jack, apenas moviendo los labios, mirando fijamente a Sherman—. Yo me enteré de algo de eso del abogado. Me habló de pagarle a plazos...

—¡A plazos! —saltó, riendo, Sherman, mientras contemplaba su habano, que humeaba lentamente—. ¡Un abogado de nuestro gremio cobrar a plazos!...

—Eso me dijo, Dick. Te digo la verdad —murmuró Jack, dando un puñetazo sobre la mesa—. Pagarle a plazos... dos mil. ¡Dos mil! ¡No ocho mil!

—Pero no seas niño, Jack —exclamó Sherman, en tono indulgente, señalando con la punta del habano la factura—. Mostley era de los más caros abogados, hombre... Por dos mil no se juega su reputación ni el más majadero de esos tíos. Ocho mil, que hube de pagarle billete tras billete cuando tu asunto terminó. Le dije que se había portado como un asno, al dejarte coger como una criatura. En fin, números cantan. Piensa que me has costado cinco mil, Jack, aunque na pienso pedirte nada por ello. A mis hombres los protejo, cueste lo que cueste.

—Ya te dije antes, Dick —barbotó Jack, temblándole el agudo mentón, irritada la mirada—, que en Sing-Sing

me han enseñado mucho más de lo que sabía y de lo que te figuras tú. ¡Que ya no soy un muchachuelo en estas artes! Tú me enseñas una factura en la que pone esa cantidad, pero Mostley ha muerto y no puede hacer bueno lo que dice ahí. Ni está firmada, esa factura por él...

—Quieres decir, Jack —dijo con estremecedora tranquilidad Sherman, arrastrando las palabras—, que trato de engañarte, ¿eh? Que quiero quedarme con tus tres mil dólares, vamos. Espera un poco... —Y tocó el botón de un timbre, sobre la mesa.

La puerta del despacho se abrió con gran rapidez, apareciendo el

hombre que abriera antes a Jack. Miró largamente al joven, ahora con aire de desafío.

—Dile a Grüber que venga —ordenó Sherman—. Aún sigue conmigo, Jack. ¿Te acuerdas de Grüber?

—Sí —replicó secamente Jack, aplastando el habano sobre el cenicero.

Un hombre bajito, con cara de rata, toda astucia y vivacidad, entró. Sonrió empalagosamente cuando vió al joven, tendiéndole la mano.

—¡Digo, Jack! ¡Ya de vuelta, muchacho! Me alegro, me alegro...

—Oye, Grüber —cortó Sherman secamente el júbilo falso del hombrecillo—. Cuéntale al amigo Jack la historia de los honorarios de Mostley por defenderlo. Pone ciertos reparos respecto a la cantidad...

—No hay misterio, muchacho —afirmó Grüber gravemente, sobándose las manos nerviosamente—. Ocho mil tuvo que pagar el jefe. Delante de mí, por más señas. Le pusimos verde y tuve que contener al jefe para evitar que lo hiciese trizas Fue un robo, pero... Ya sabes que un abogado puede ser un buen auxiliar, más también nuestro peor enemigo si no lo tenemos contento. Ocho mil, Jack, sin discusión.

—¡Me dijo que dos mil, y que me darla facilidades de pago! —rugió Jack, volviendo a golpear la mesa.

—Es posible, muchacho —murmuró Grüber en tono calmoso, sin dejar de refregarse las manos, delgadas, como garras de buitre—. Pero considera que Mostley hizo un mal papel contigo; que no pudo salvarte y que quedó en mala postura respecto a sus clientes como nosotros. Yo opino que si te hubiese sacado absuelto, hasta no te hubiera cobrado nada, o los dos mil como máximo. No fue así, y el hombre se desquitó a su manera. Si el Jefe te ha dicho que ocho mil, no lo dudes más. Somos honrados —rió bajito, como si silbase una serpiente.

—Mostley murió hace unos meses —dijo Sherman, amistosamente—. Si no, ya estarías más conforme escuchándole.

—Naturalmente. ¡Y de eso os valéis vosotros, granujas! —gritó Jack, levantándose de su silla, Imponente de rabia y despecho—. ¡Me habéis robado esos tres mil, que eran míos, y por los que me ha costado estar cinco años en

Sing-Sing!

—No digas eso. Jack —exclamó amistosamente Grüber, poniéndole ambas manos sobre los hombros al joven—. Al jefe le costó cinco mil, de manera que...

—Mira lo que dices, Jack —gruñó Sherman, levantándose también, con gesto desdenoso—. Más me costó a mi tu idiotez y nada te pido. Estamos en paz. Pero si te ves en un apuro, yo siempre soy amigo leal. ¿Tienes bastante con cien dólares para ir pasando?

—¡Cerdo asqueroso! —rugió Jack, extendiendo su largo brazo, poderoso, y cogiendo a Sherman por el cuello—. ¡Limosnas a mí, después de robarme tres mil! ¡Canalla maldito! ¡Te vas a tragar tres mil puñetazos en esa cara de sapo!

Jack, convertido en una fiera de inmensa fuerza, zarandeo a Sherman, bien cogido por el cuello. El «boss» se revolvió furiosamente, pretendiendo coger la pistola que de antemano había dejado sobre la mesa, quizá previendo la reacción de Jack. Grüber se apartó, pero fue para sacar una pistola de la funda axilar, montarla rápidamente y gritar con voz atiplada:

—¡Ya está bien, Jack, o te quemo los sesos! ¡Suelta a Sherman!

El Joven hizo un tremendo esfuerzo para dominarse. Estaba desarmado y no podía medirse ahora con aquellos bigardos. Además, entraba ya también en el despacho el hombre de la puerta, pistola en mano, apuntando con ella a Jack. Soltó, pues, a Sherman, que tenía el rostro ya amoratado y los ojos saltones.

—Bien, Jack, bien... —Gruñó roncamente el «boss», abriendo el cuello de su camisa para respirar mejor—. La hiciste, ¿eh?

Y bajo la amenaza de las pistolas, que Inmovilizaban a Jack, se acercó a él, y con rencor Infinito, le aporreó la cata con ambas manos, mientras le insultaba soezmente.

Jack volvió a perder el dominio de sus nervios al sentirse agredido tan cobardemente. Despreciando la amenaza de las pistolas, largó un zurdazo terrible a Sherman, que le alcanzó en pleno mentón, derribándole hacia atrás, sin conocimiento.

—¡A él, Gene, a él! —gritó histéricamente Grüber, mientras daba un prudente salto atrás—. ¡Mátalo, Gene!

Jack estaba lanzado y ya no le importaba ni la misma muerte. Gene no tuvo tiempo de evadir el cuerpo cuando el Joven se le fue

encima, adelantados los tremendos puños, cerrados, como mazas. Ni disparar pudo contra el Joven, porque un manotazo le arrebató el arma de la mano. Y como estuviera Jack cerca del asustado Grüber, que no sabía qué hacer con su arma, le lanzó un puntapié en la boca del estómago, al que siguió un chillido de conejo herido y el ruido casi leve del desplome del cuerpecillo del germanoamericano.

Gene Elman, el segundo de Sherman, no fue enemigo para Jack. La lluvia de golpes que le descargara sobre el rostro era lo suficiente contundente como para mandarle sin sentido al lado de su Jefe. Así, los tres «gangsters» estaban dormidos para un rato, a merced del enfurecido Jack.

Mott no deseaba de ellos sino su dinero, el que pretendían robarle con tan malas artes. Y por eso se inclinó sobre Sherman y le quitó la cartera, examinándola rápidamente.

Lanzó una exclamación de alegría. Contó los billetes de un grueso fajo. ¡Tres mil dólares! Bueno, y aparte, otros más, que sumaban doscientos, con una goma que los sujetaba.

Comprendió que Sherman tenía aquel dinero para haberlo entregado a Jack si éste le hubiese obligado por medios más poderosos, como por ejemplo una pistola. ¡El muy canalla!

Grüber despertaba, gimiendo, mientras se apretaba el estómago. Al ver a Jack, su mano quiso correr en busca de su pistola mientras le miraba con serval pánico. Jack estiró su pierna y le dio de nuevo en el estómago, con lo que el hombrecillo, lanzando un alarido aún más terrorífico, volvió a quedar sin sentido.

Convenía escapar de allí. Pensó que iba a dejar muy malos enemigos, si no los mataba. Sherman era un verdadero bicho, una víbora; pero a él no le convenía matarlo ahora, ni a nadie. El F. B. I.

sospecharía instantáneamente de él y sería detenido. No podría presentar coartada alguna de lo que hizo en aquel tiempo que estaba allí. Y de nuevo a

Sing-Sing...

o a la silla.

Arrojó al suelo la cartera, después de guardarse los tres mil dólares. Y a paso rápido fue a salir. Pero volvió sobre sus pasos.

Se inclinó sobre Sherman y le quitó la pistola, una «Lugger» magnífica, casi nueva. Buscó en los cajones de la mesa y halló seis o

siete cargadores, que se guardó precipitadamente.

Ya en la calle, suspiró alegremente. Todo había salido mejor de lo que pensara. A cambio de unos golpes, se encontraba con tres mil dólares, que no creyó tener nunca, tal como se pusieran las cosas momentos antes. Claro que no debía descuidarse ni un instante. Sherman era un pésimo enemigo. Y había sido humillado de mala manera por Jack, además de quedarse sin aquel dinero.

Bueno, ahora, con tres mil dólares en el bolsillo, podía hacer muchas cosas. Resistir sin colocarse, aunque le dijera a la tonta de Marion que lo estaba, para tenerla contenta. Y divertirse un poco con Fleur, la hermosa mujer a quien adoraba. ¡Hermosa Fleur!... Ella estaba un poco apurada de dinero, según le dijera, y la había entregado ochenta dólares, de los cien que tenía en la cartera, cuando fue a verla por la mañana. ¡Pero era tan cariñosa! Seguía queriéndole como siempre y para él no había otra en el mundo.

Caminando por East Broadway hacia Grand Street, fue meditando qué cuento le habría de decir a Marion acerca de su colocación. Algo tenía que ser, y de forma que la convenciese. Marion no tenía nada de tonta, y había el precedente de que antes de ingresar en

Sing-Sing

ya la había engañado con que tenía «asuntos» que le daban dinero. Decir esto de nuevo a su hermana sin poder precisar dónde trabajaba, y que ella lo comprobara, era volver a las sospechas de ella, las discusiones, las violencias... Además, estaba aquel pajarraco de Hunter, que se interesaba por él, y que no dejaría de investigar también si era cierto que se había colocado y dónde. ¡Malditas personas que se interesaban por su bien!

Recorrió Grand Street hacia el río, deseoso de poder pensar tranquilamente y a solas, el plan urgente para engañar a Marion. No encontraba sino dificultades, y grandes. La misma mentira dos veces no iba a ser creída. Por otra parte, él no estaba determinado a volver a ser un «gangster». Lo evitaría si fuera posible. Se acordaba, con horror, de

Sing-Sing

para pensar en volver allí, o a otro sitio peor, de donde jamás se regresa. Hasta el momento no había matado a nadie, y esto fue su gran suerte. Si volvía a algún «gang» sería raro que escapase sin

mancharse las manos de sangre.

Se sentó en un banco, en los muelles, tomando el sol de la tarde, suave y confortante. Habla varios barcos descargando cajas de frutas y las grúas chirriaban, estirando y alargando sus colosales brazos. Docenas de obreros, sudorosos, portaban las cajas hasta los camiones o las apilaban en los tinglados.

No salía nada práctico de su cabeza. Consideraba imposible poder decir que estaba empleado en tal o cual parte, en aquel u otro sitio, sin que Marion quisiera cerciorarse de ello. Y averiguaría, tan pronto se lo propusiera, que era mentira, que allí no había ningún Jack Mott empleado. ¿Y entonces? Entonces, Marion supondría, con fundamento, que él habría vuelto a ser un «gangster». Y Hunter investigaría... y a Centre Street, a sufrir nuevos interrogatorios para explicar lo que hacía y por qué llevaba dinero encima.

Hunter... Él era el causante primordial de todas sus desdichas. De haberse visto en

Sing-Sing,

y ahora de que no pudiera pensar en nada que no fuera en liquidarlo. Le odiaba salvajemente. Cada vez que recordaba cómo le detuvo el agente especial, con aquella sencillez humillante, cogiéndole después por el cuello, como si fuese un vulgar raterillo, llevándolo a Centre Street andando, bajo las curiosas miradas de las gentes, sentía hervir su sangre. Y los cinco años encerrado, sufriendo todo aquello, día tras día, y pensando en que un hombre pudo, solo, dominarle y enviarlo sin defensa posible a aquel encierro infernal. Ahora, para mayor escarnio, aquel hipócrita le quería proteger, darle una colocación... ¡Hacerle confidente, esclavo suyo, bajo el chantaje de que si no obedeciera le buscaría un lío para remitirlo con pena más grave aún a

Sing-Sing!

Se levantó del banco con mal humor. No era posible decir que estaba colocado ya. Diría a Marion que estaba buscando, y en paz. No la entregaría dinero, para que ella no sospechase de dónde lo sacaba. Un parado, y nada más, que busca empleo desesperadamente. Y que... rechaza lo que le ofrecían, como le diría su hermana con justa razón.

Tenía que matar pronto a Hunter. En contra de lo que pensara, y lo que le aconsejara Moisés, el viejo judío, y Sherman, lo urgente

era liquidar a Hunter. Arrancarse aquella feroz espina del corazón y luego sí, colocarse honradamente y vivir como todo el mundo.

Cuando llegó a su casa, Marion no estaba. Se alegró, porque así podría estar más preparado para enfrentarse con ella.

Sacó la «Lugger» del bolsillo y la contempló con azoramiento. ¿Qué hacer con ella? Habría que esconderla... Y el dinero, igual. Menos mal que Marion no era desconfiada en aquel sentido.

Fue a su alcoba y abrió el armario. Miró su interior, buscando el escondite donde guardar la pistola y el fajo de dinero. Un sitio que fuese asequible, sin armar ruidos ni estar media hora removiendo cosas.

Lo halló en la parte superior del mueble, pero dentro, donde estaban los listones maestros que sujetaban la armazón. Había un hueco grande, invisible. Y colocó allí el arma y el dinero. Con sólo meter la mano podría cogerlo o dejarlo cuando quisiera, tanto la «Lugger» como el fajo de billetes.

Se sentó en la vieja butaca y cerró los ojos, pensando en Hunter, como pensaba incansablemente en él desde hacía cinco años.



COLECCIONAD

JEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

IV



las cinco de aquella tarde.

Marión se asomó a una de las ventanas de su casa y buscó con la mirada a Hunter. Habían quedado citados para aquella hora. Y ella había puesto en su arreglo personal un desusado interés, buscando en su guardarropa el vestido mejor, los zapatos más elegantes, contemplándose mucho rato al espejo después de peinarse cuidadosamente. Por una vez, se dio rojo en los labios, cosa que en verdad no necesitaba, pues los tenía siempre muy bellos, bien dibujados y con un color natural perfecto.

Desde que su hermano entrara en Sing-Sing, cinco años atrás, ella también había sufrido mucho, aunque calladamente. El proceso de Jack y su condena trascendieron rápida

y con gran revuelo entre sus amistades, en el Banco donde prestaba sus servicios. Muy pocas personas fueron verdaderamente caritativas con ella. Era la hermana de un «gangster», y, por si fuera poco, de un «gangster» que se había dedicado a la venta de drogas, con todo lo que tiene esto de infamante y odioso.

Sus amigas dejaron de verla y tratarla, excusándose torpemente con súbitos quehaceres. Sus amigos encontraron otras amigas, posponiéndola. Y en la oficina, sus compañeras y compañeros comenzaron a tratarla con evidente frialdad, ciñéndose exclusivamente, al trato indispensable que requería el mismo trabajo. Y cuando ella estaba trabajando, la miraban de reojo y hasta murmuraban quedamente unos y otras. Era la hermana de un malhechor, uno de esos canallas a quienes se debiera sentar en la «silla» sin proceso alguno.

Sola, llena de tristeza, pasó así aquel largo tiempo en que Jack estuvo tras unas rejas carcelarias. Y no pensó siquiera en tomar en consideración si algún hombre, un conquistador callejero, la hizo objeto de sus halagos o pretendió, con quizá honradas miras, hacerla el amor. Creía que la deshonra que cubría a su hermano ella también debía de sufrirla.

Ahora, en cambio, las cosas habían cambiado. Jack había pagado su cuenta y la ignominia que a ambos les alcanzara tenía que dejar de existir. Así era la Justicia, o al menos así se decía de ella. Era hora de volver a vivir normalmente, de poder levantar la cabeza y mirar cara a cara a quienes antes la contemplaban desdeñosamente, con no disimulado enojo y orgullo. Jack había purgado, y bien, su delito. Y ella, que no pesó jamás pero que sufrió tanto o más que Jack con aquella mancha que él echara sobre sus hombros y los de ella, se sentía liberada absolutamente.

Pero ya estaba allí Hunter, tan grandote, pero tan gallardo también, con su aire de sencillo dominio, alta la cabeza, fija su mirada en la ventana donde ella se asomara. Y cuando la vió, hizo un amistoso gesto con la mano.

Marion fue a su alcoba y se puso el ligero gabán de entretiempo. Sentía que su corazón estaba un tanto alborotado. Hacía cinco años que no saliera con ningún hombre. Pero es que, antes aún, tampoco había sentido aquella dulce inquietud de que estaba poseída ahora. Tal vez eso, la falta de costumbre de salir con nadie...

Se miró y remiró al espejo del armario, acercándose, alejándose... ¿Estarla bien? Creía que sí. Tenía una figura espléndida, un rostro dulce y sereno, expresivo, inteligente. Vestía bien...

Bajó la escalera rápidamente. Y en la acera de enfrente estaba Hunter, fija su mirada en el portal, esperando su aparición. Cruzó la calzada al verla, sonriendo. Bueno, también él estaba nervioso...

—Buenas tardes, señorita Mott —dijo él, tendiéndole la mano. Y las comadres y los chiquillos, de reojo, contemplaban a la pareja con evidente curiosidad.

—Buenas tardes, señor Hunter. Siento no haber sido estrictamente puntual —respondió ella, sonriendo.

—Cinco minutos —dijo él, mirando su reloj de pulsera, riendo—. ¿Tiene preferencia por algún sitio en nuestro paseo? ¿Le gusta andar?

—Me es igual. Lejos de aquí, desde luego. Ahora que está de vuelta Jack he de proponerle —comenzaron a caminar lentamente— que nos mudemos de este lugar. En cuanto estemos un poco lejos, verá cómo las comadres tienen motivos de conversación infatigable sobre nosotros.

—Podemos ir al parque de City Hall, si le parece bien —propuso Hunter—. Harán bien en mudarse, desde luego. Este distrito es el nido de gentes, en general, poco gratas. Para nosotros constituye siempre un motivo de preocupación cuando sabemos que está escondido aquí un maleante. Es raro que encontremos colaboración entre estas gentes extrañas.

Fueron dejando atrás calles y calles, en aquella inmensa encrucijada de Bowery y Chinatown, pintorescos, pero inquietantes también, ruidosos y multicolores, hasta llegar a Park Row por la parte en que el puente de Brooklyn nacía, con su rampa de acero, por la que ascendían centenares de coches o bajaban.

Tomaron asiento en un banco ante la estatua de la Virtud Cívica, en el parque de City Hall, dando la espalda al inmenso edificio. Había poca gente por allí, y por ello pudieron sentirse más a gusto.

—¿Y su hermano? —preguntó repentinamente Hunter, contemplando a Marion con afecto.

La joven se estremeció. Desde luego, se habían citado para hablar de él, y nada tenía de particular que el agente especial se

refiriese a Jack. Pero ella de quien menos hubiera querido hablar habría sido de él. Se sentía muy pesimista respecto a la pretendida «regeneración» de Jack, aun con haber pasado aquellos años en Sing-Sing,

tan aleccionadores. Y comprendiendo que Hunter habría de sentirse justamente alarmado ante la conducta del joven, no se atrevía a confiarle sus recelos y desesperanza.

—En casa le dejé. Se propone, según me dijo, buscar inmediatamente colocación. Espero que la encuentre —contestó con excesiva animación.

—¿Por qué no quiso ir a la American Electric? —preguntó Hunter, sonriendo—. Quizá porque era yo quien le recomendaba...

—Jack se encuentra como en otro planeta. Tiene temores, siente todavía la dureza del trato que ha sufrido y no comprende bien ciertas conductas, por buenas que sean; aunque pretendan ayudarle.

—Cree que yo trato de extorsionarle para que nos sirva de confidente, ¿verdad? —murmuró Hunter, sonriendo maliciosamente.

—No me ha dicho eso. Tal vez lo suponga, aunque seguramente no —replicó, apuradamente, Marion, contemplando la punta de uno de sus zapatos con excesiva atención.

—No es ésa mi intención, señorita Mott, se lo aseguro. Tampoco quiero ocultarle que en realidad el deber de Jack habría de ser que se pusiese a nuestro lado, denunciando a los que fueron sus cómplices. No se trata de un asunto entre unas personas decentes que han regañado y uno debe permanecer neutral, procurando si acaso hacer de mediador para una buena inteligencia. El que los que fueron sus cómplices puedan seguir haciendo un dally positivo al bien común, si él calla, es como ser su cómplice de nuevo, su encubridor. Pero no pretendía forzarle a Jack a que lo hiciese, si no quiere.

—Gracias, señor Hunter. Jack tiene ahora extrañas reacciones, muy comprensibles. Tal vez piense en otras cosas, más graves, que le inquieten mucho.

—Se refiere a que tema que sus antiguos cómplices tramén algo contra él, ¿verdad? Por eso quiere permanecer alejado de mí, del F. B. I.

—sugirió Hunter.

—Es posible. Nada me ha dicho de eso, pero él ahora está como intranquilo, desorientado.

—Si lo toma así, es comprensible. Pero no es eso lo que debe hacer. Debe pensar que su deber es estar a nuestro lado, si se encuentra verdaderamente arrepentido de su conducta anterior; si quiere vivir en paz con su conciencia y ser respetado por todos. Nosotros nunca le dejaríamos expuesto al menor peligro, aunque él siga callado. Nos basta con que quiera seguir alejado de sus antiguas actividades, y, si es coaccionado por ellos, comunicárnoslo.

Marion contempló a Hunter con admiración, aunque un poco recelosa. Le era muy simpático aquel hombre de hablar sereno, convincente, quizá muy bien inclinado hacia Jack. Pero en sus palabras había algo que la intranquilizaba, tal vez porque el joven todo lo ponía muy bien para Jack... si él se inclinase hacia el F. B. I.

—Tal vez fuera lo mejor que mi hermano tenga tiempo de acomodarse, de encontrar su centro, su modo de vivir honrado, ¿no le parece? —dijo ella en tono confuso.

—Sí. Pero me va usted a prometer una cosa, señorita Mott —murmuró Hunter gravemente—. Y es que si su hermano no hace una vida regular, ya me entiende, me lo diga sin perder tiempo. Igualmente, si usted cree percibir en él cierta intranquilidad por coaccionarle sus antiguos cómplices.

—Gracias, señor Hunter —contestó conmovidamente Marion—. Lo haré.

—Es mejor acudir en su ayuda a tiempo, que no tener que volver a proceder contra él como hace cinco años —siguió Hunter, moviendo la cabeza expresivamente—. Yo, particularmente, prefiero ser su amigo, amigo de ustedes dos, que no el instrumento enviado por la ley para reprimir. Soy sincero, señorita Mott...

—Así lo creo. Hemos tenido, estoy segura, una gran suerte con que ahora se nos revele así. Antes hizo lo que debía, y lo comprendo perfectamente. Espero que Jack también lo comprenderá sin tardar.

—Hace aquí frío, señorita Mott —dijo Hunter, haciendo un gesto, como estremeciéndose—. ¿Querría usted que fuésemos a un lugar, un café, para poder seguir juntos?

—Bueno... Temo que le estoy entreteniendo. De Jack ya está

todo dicho... —repuso ella, levantándose y mirándole con simpatía—. Podríamos separarnos.

—Es pronto —murmuró él, mirando su reloj de pulsera—. Solamente las seis y cuarto. Tal vea usted tenga otras cosas que hacer. Ver a su novio, por ejemplo, o...

—No tengo novio. No tengo amigos —contestó Marion, bajando la mirada—. Lo que hizo mi hermano fue también para mí...

—¡Ah, claro! La incomprensión de ciertas gentes, ¿verdad? —comenzaron a caminar por los senderos del parque hacia Cortlandt Street—. Sí, es la secuela casi obligada en ciertas circunstancias. Pero ya todo ha pasado, gracias a Dios. Debe mirar al porvenir con más optimismo. ¿Y nunca ha tenido novio, señorita Mott? Quizá soy muy indiscreto...

—Nada de eso. Nunca he tenido novio. Considere que tengo veinticuatro años. Y que ha estado cinco mi hermano allá... A los diecinueve no pensaba en amores. Después he vivido, no sé cómo, de humillada, retraída.

En Cortlandt Street penetraron en un café pequeño, muy bien instalado, donde había poco público.

—Pero usted tendrá que hacer, señor Hunter —dijo ella, indecisa, antes de sentarse—. No se crea obligado a atenderme con tanta amabilidad. Quizá usted si tenga novia, si no es casado, y su esposa...

—¡Oh, no, no! —exclamó, riendo Hunter, empujándole levemente para que se sentase en el diván de rojo tapizado—. Ni casado ni con novia. Es curioso que los dos nos hallemos en ese estado tan lastimoso, ¿verdad?

—¿Lastimoso? No comprendo. Supongo que si usted no tiene novia será porque no lo desee. Sus ocupaciones, su profesión tal vez... Tengo entendido que ustedes no siempre lo pasan bien.

—Se exagera a veces. Pero tenemos tiempo para fijarnos en una hermosa muchacha, si queremos. Pero hasta ahora no la había encontrado —dijo Hunter con un tono de voz mucho más animado y risueño.

—Será muy exigente. No me diga que no hay mujeres atractivas en esta ciudad.

—Las hay. Pero ya sabe que para enamorarse no sirve el que ella tenga un físico atractivo solamente. Son precisas otras cualidades

especiales, que abundan, quizá, menos que la belleza. El caso es que hasta ahora, hasta ayer mismo, no hallé la belleza y lo otro —la miró fijamente, sonriendo.

El camarero dejó sobre la mesa el servicio de café y los emparedados. Hunter le lanzó una mirada de enojo, porque Marion encontró motivo en aquello, para cortar la conversación. Sirvió a Hunter en su taza, echando el azúcar y aproximando los emparedados. Estaba un poco sonrojada, aunque contenta.

Comieron en silencio, pensando él como reanudar la conversación hacia el derrotero que le interesaba. Porque Marion le gustaba y quería decírselo. Después pasaría lo que pasase. Si ella no tenía novio y se veía tan sola, ¿por qué no había de aceptarle como un sincero amigo, y después, como lógica derivación, algo más que amigo? ¿Novio?

Iba a recomenzar aquella conversación, poniendo en ello una fuerte cantidad de fuego, que sentía subir de su corazón, cuando Marion, despacio, fija la mirada lejos, puso una mano sobre la suya, en gesto instintivo. Hunter, un poco asombrado, se la estrechó cálidamente, acariciándola.

—¿Qué la ocurre? —Y siguió con la suya la mirada de Marion, muy fija.

—¡Es él! —dijo ella quedamente, con asombro y temor—. ¡Es él!

—¿El? ¿Quién es él?

—Mire con disimulo a aquellos dos hombres, en aquella mesa cerca de la salida, Hunter. Señor Hunter...

—Joe sería mejor, Marion —respondió él dulcemente—. Como buenos amigos.

—Sí, Joe. ¿No ve a aquel hombre de pelo rubio, cara ancha y ojos claros, que habla con el otro?

—Sí, sí. ¿Y qué? ¿Le conoce usted? —repuso Hunter, intrigado.

—Ese hombre es el que... —vaciló, mirando a Hunter con indecisión—. Es un tal Sherman. Jack me dijo que... era su jefe, su «boss». Fue a verme a mi casa cuando le encerraron a mi hermano.

—¿Seguro? —replicó rápidamente Hunter, separando su mano de la de Marion, brillante la mirada—. ¿Está segura?

—Desde entonces no he vuelto a verle. Fue a preguntarme si Jack le había denunciado. Me insinuó muchas cosas, el muy... Amenazas, si yo hablase; protección «desinteresada», si yo... Le

eché de mala manera, como se merecía.

—¡Ah! Debí decírmelo usted, Marion, entonces.

Hubiera sido mejor para su hermano —contestó en tono de ligero reproche el agente especial—. Bueno, ahora ya no se me escapará. No le conocía a ese hombre. No estará fichado seguramente.

—¿Qué va usted a hacer, Joe? —preguntó ella con inquietud—. Se verá metido mi hermano, de nuevo, en todos esos líos. Siento habérselo dicho.

—Ha hecho muy bien, por el contrario —afirmó Hunter, volviendo a poner su mano sobre la de ella—. Muy bien. Sabíamos que las drogas siguen traficándose, pero no dábamos con los que están metidos en ellas. Desde hace unos meses aumenta la venta clandestina. ¿Comprende bien lo horrible que es eso, Marion? Es tan delito no denunciarlos como el comerciar con ellas.

—Voy a marcharme. Joe —dijo ella en tono de pesadumbre—. Lo comprendo, pero hemos sufrido mi hermano y yo tanto por esa causa...

—Va usted a tenerse que marchar sola, lo siento —respondió Hunter con voz cariacontecida—. No pienso perder de vista a ese tipo. Ahora soy otro, ¿me comprende? Gracias por su informe, Marion. ¿Nos veremos mañana, por la tarde? Dígame que sí...

—No sé, no sé. Esto me ha trastornado, Joe. ¿Para qué quiere verme más?

—Estamos en el comienzo, Marion —murmuró él emocionadamente—. Una cosa que se empieza debe terminarse. Íbamos muy bien, ¿no cree?

—No le comprendo —ella bajó la mirada, confusa, sonriendo.

—Por eso necesito verla mañana, pasado, al otro... Soy torpe de expresión y necesitaré tiempo para hacerme comprender de usted. ¿No me lo ha notado en la cara?

—¿El qué, Joe? Verdaderamente, no le comprendo. Emplea tantos rodeos...

—¡Oh! Se va ese hombre, Marion —exclamó Hunter levantándose y sacando su cartera, de la que extrajo un billete, que dejó sobre la mesa—. Mañana, a las cinco, como hoy, querida... querida Marion. Adiós.

Sherman, en efecto, después de haber pagado al camarero, salía

hacia la puerta con su segundo Gene Elman, pequeño y vivo. Hablaban despreocupadamente y Hunter salió tras ellos, después de dejar que pasasen unos segundos.

Marion quedó sola, contemplando la puerta con melancolía. Si se hubiera callado, si no hubiese sido tan impulsiva, habría estado más tiempo con Joe, y hasta le habría sacado, quizá, palabras deliciosas. A su femenina intuición no se le había escapado que Joe sentía por ella mucha admiración: quizá algo más que eso todavía. ¿Se habría dado cuenta de que también sentía ella una viva simpatía, una extraña atracción por él?

Pagó al camarero y se quedó con la vuelta del billete. Volver sola a casa, cuando pensó que lo haría con él, muy despacio, charlando posiblemente hasta con cierta ternura...

Al siguiente día volvería a verle. Sí, sí, quería verle. Al siguiente día, y al otro. Y muchos días más. Ella le iba a necesitar, lo sabía, y lo deseaba. Nunca como hasta ahora deseó estar con un hombre. Como Joe, tan discreto, tan buen amigo. Y tan bien plantado, tan arrogante y sencillo. Inspiraba una gran confianza, un deseo de estar amparada en su pecho, tan ancho y fuerte. Y no acuitarle nada de lo que su corazón comenzaba a gritarle...

Cuando abrió con su llave del piso y penetró en el comedor, halló a Jack sentado en el sillón, entre las sombras de la noche, pues no había encendido la luz de la lámpara de tres brazos de la estancia.

—Hola, Jack —dijo ella en tono alegre. Y le besó en una mejilla, siendo correspondida por él—. ¿Estabas durmiendo, o pensando?

—Durmiendo, creo —respondió Jack, distraídamente—. Aburrido. ¿De dónde vienes?

—He estado con Hunter, el agente especial. Me dijo que quería hablarme...

—¿De qué? Bueno, de mí, claro —murmuró el hermano secamente, cogiendo un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa—. Me gustaría que comprendiera ese tipo que me molesta su «paternal» protección —rió sardónicamente—. Díselo así, Marion, si te vuelve a molestar. Que nos deje en paz de una vez.

—No quiero que entiendas que me meto en tus asuntos, pero debes saber que Hunter nos quiere bien. Te quiere bien, mejor dicho —afirmó con fogosidad Marion—. No pretende obligarte a

nada que te disguste, ¿sabes? Eres tan susceptible, tan desconfiado... Y tu obligación es la de informarle quiénes son los canallas que te metieron en aquel asunto. Eso lo hacen los que son honrados, los que quieren vivir a bien con la ley y...

—¡Qué bien te está aleccionando! —Gruñó Jack con acento burlón, sentándose de nuevo en la butaca—. Te ha encargado que me sermonees hasta hacerme confidente suyo, ¿eh?

—¡No es verdad! Joe no...

—Joe... Vaya, vuestro trato es más íntimo, por lo que veo, hermanita. El amigo quiere hacer las cosas por partida doble —dijo, riendo sarcásticamente, Jack—. Hacer de mí un «soplón» asqueroso y conquistarte de paso... Siempre se ha dicho que los del

F. B. I.

son aprovechados, inteligentes.

—No se puede hablar contigo en términos razonables. Jack —respondió ella, con voz dolorida—. Has salido de allá envenenado. Y el caso es que tampoco das una solución sensata a lo que te ocurre. Se preocupa más por ti Hunter que tú mismo.

—Mejor. No pienso hacerle el menor caso. Y si sigue importunándome, ya le diré que se ocupe de sus cosas y me deje en paz. Yo, ahora, soy un hombre libre, me parece, y tengo derecho a hacer lo que me parezca, dentro de la ley.

—Dentro de la ley, eso es —murmuró Marion, con reticencia—. Dentro de la ley, Jack. Eso es lo que todos queremos. Pero un hombre que no quiere trabajar, ya empieza por faltar a la ley, a no ser que sea un millonario o... tenga una hermana que le sostenga.

Jack se puso lívido de rabia. Y Marion se asustó, porque jamás había visto en el rostro de su hermano una expresión tal de ferocidad, de deseos de golpear o quizá de matar. Sostuvo, no obstante, aquélla, mirada homicida de Jack con entereza y altivez. Estaba decidida a salvarle, aunque levantase verdugones en la conciencia del hermano descarriado.

Todo quedó después en un silencio hosco por ambas partes. La cena fue rápida, cada cual evitando mirar al otro.

Ya de nuevo sentados en los sillones, con los periódicos en la mano, como medio de evitar la conversación, Marion rompió aquel silencio enfurruñado, comunicando a Jack que había visto a su antiguo «boss», Sherman, y que se lo dijo a Hunter, el cual había

salido tras él, vigilándole.

Jack no pareció interesarse mucho por aquella noticia. Marion no consiguió saber lo que quería: si su hermano estaba de nuevo en tratos con aquel bandolero.

Y a las diez y media, después de besarse ligeramente, como una fórmula estricta, se separaron para acostarse.

Marion tenía un nuevo motivo para estar inquieta. Lo que pudiera sucederle a Joe Hunter, persiguiendo a aquel siniestro Sherman. Se reprochó el haberle dicho quién era, señalándole en el café, aquella tarde en que su corazón eligió al hombre a quien debía amar.



Pidan los inigualables cuadernos de

AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

V



OS sigue? —preguntó Sherman a su segundo, mientras caminaban lentamente, a su salida del café.

—Sí —contestó Gene, que había estado mirando el escaparate de una tienda.

—¡Maldita idiota ésa! Me conoció, como yo la conocí a ella —rezongó Sherman en tono de fastidio.

—¿Estás seguro de que ese tipo es un «G-Men»?

Lo parece, por su estatura y no sé por qué otras cosas más.

—Ya lo creo. Estuvo cuando el proceso de Jack. Hasta me parece recordar que fue el que le puso la mano en el hombro. ¿No te fijaste cómo me miraba cuando la hermana de Mott me señaló?

—Bueno; entonces lo que hay que hacer es despistarlo. Y si no... liquidarlo —observó Gene, encogiéndose de hombros.

—Si nos deja llegar a casa. Espérate no nos detenga ahora mismo —dijo Sherman, nerviosamente—. Fíjate, a ver qué hace...

Gene se detuvo para encender un cigarrillo, pero se volvió hacia atrás, fingiendo que el aire le apagaba el mechero. Después se incorporó a su jefe.

—No le veo. Debe haberse mudado de acera o se ha rezagado para que no sospechemos de él —contestó el lugarteniente, mirando de reojo a su alrededor.

—Vamos a un «taxi». ¡Buena se nos viene encima, con el F. B. I.,

detrás de nuestros talones! —exclamó Sherman, rabiosamente—. Si pudiera coger por el cuello a esa idiota mujer...

—Vamos. Allí hay un «cab» vacío. ¡Aprisa, jefe! —murmuró Gene.

Fueron velozmente un trecho como de treinta yardas y se metieron apresuradamente en un «taxi» del que acababa de bajarse un hombre.

—A East Broadway, ciento cincuenta y cuatro, pero dando un paseo largo, amigo —dijo Sherman, con voz tranquila—. Por Greenwich Village y esos sitios interesantes.

El coche arrancó seguidamente, contento el «taxista» por el largo recorrido que iba a hacer con aquellos que juzgaba forasteros.

—Mira a ver si nos sigue, tú —ordenó Sherman a Gene, mientras se repantigaba en el asiento, buscando un ángulo para aparecer invisible.

El segundo miró por la ventanilla trasera durante unos instantes.

—Vienen a docenas los coches y «taxis» detrás. Aún no se puede saber —dijo, con voz inquieta.

Y siguió mirando por la ventanilla a ratos.

Iba por Broadway arriba el coche, cuando Gene dio con el codo a su jefe.

—Nos sigue un coche. Un «taxi» «Yellow» —dijo, concisamente.

Sherman miró por la ventanilla, lanzando un reniego.

—Aquel «Pontiac» amarillo —dijo Gene—. Hace por quedarse atrás, arrimado a la acera. Ése venía desde que empezamos casi.

—¡Mala peste se lleve a ese

«G-Men»!

¡Y a la hermanita de Jack, y a él, maldito ladrón, que encima nos zurró! —rugió Sherman, rojo de ira.

Gene rió burlonamente.

—Yo creo que los ladrones fuimos nosotros, jefe —dijo, con sorna—. Pero se ve que ha aprendido en

Sing-Sing

a defenderse con la inteligencia y los puños.

—Déjale de mi cuenta. Ése me va a pagar los tres mil como si valieran tres millones. Y su hermanita. ¿Te fijaste que es bonita como ella sola?

—No está mal. Pero ahora lo que hay que hacer es deshacerse de ese sabueso.

—Mira, no creo que pueda ir muy lejos con sus bromas. No tiene pruebas para acusarnos de nada. Ahora hacemos las cosas bien, y todo será que durante una temporada descansemos.

—Un

«G-Men»

encuentra lo que busca, jefe. Malo es que esa niña bonita le haya dicho que fuiste tú el «boss» de su hermano. Lo bastante para que nos encierren y nos mareen con preguntas.

—Y no sacarán nada, te digo. Si ella dice que fui jefe de Jack, yo lo niego, y que me lo prueben. Cuando fui a verla no he nadie con ella. No hay testigos, amigo.

—¿Y si lo dice el mismo Jack? —refutó Gene, riendo—. Tú creerás que hiciste una cosa buena con negarle su dinero, pero te equivocaste. Si se lo hubieras dado por las buenas, ahora no estaría contra nosotros, como lo estará si apelan a su testimonio.

—¡Hum! Yo no creo que Jack nos denuncie —murmuró Sherman, con acento nada convincente—. Sabe que yo podría decir al

F. B. I.

cosas que no aparecieron en el proceso, y que de nuevo podrían encerrarle. Incluso diría que asesinó, aunque sea mentira. El verá lo que hace.

—El «taxi» sigue detrás —indicó Gene, mirando por la ventanilla trasera—. No hay duda que es el

«G-Men».

¿Qué hacemos?

—Dile al chofer que siga con el paseo. Ya está anocheciendo. En cuanto haya más oscuridad, nos bajamos de repente y le damos esquinazo.

Gene rió bajito, burlón. Y transmitió la orden al chofer, que asintió gustosamente. Iban por las calles de Greenwich Village, buscando el conductor aquellas más pintorescas, suponiendo que a sus pasajeros les interesaría contemplarlas. Al llegar a Washington Square dio la vuelta a la plaza y embocó hacia el Norte, buscando las orillas del Hudson, hacia Parkway, con sus hermosos jardines.

—Nos sigue, nos sigue —masculló Gene, nerviosamente—. Va bastante atrás, pero nos sigue. Yo creo que había que decirle al conductor que nos lleve al Harlem o a otro sitio donde haya mucha circulación, para bajarnos en un momento dado y perdernos entre la gente.

—Vamos a hacer una cosa muy buena —murmuró Sherman—. Es conveniente que nos separemos. Yo me bajo dentro de un rato y tú sigues en el coche. El tipo ese no sabrá qué hacer. Y después, tú bajas y lo despistas también.

—Bien; pero al revés, jefe —contestó, secamente, Gene—. A mí no me dejas de pieza perseguida mientras te escabulles. Me bajo yo primero y después haces lo que quieras. A quien persigue es a ti, no a mí.

—¡Tú haces lo que te mando, Gene! —rezongó quedamente Sherman, mientras le apretaba un brazo con la fuerza de un torniquete—. El que manda soy yo, ¿lo olvidaste? ¡Dile al chofer que vaya hacia el Harlem negro!...

Gene, atemorizado, dio la orden al conductor, que asintió alegremente. Ya marcaba el contador varios dólares y con el viajecito al Harlem se duplicaría la cuenta.

—Vaya más aprisa, amigo —le dijo Sherman—. Nos interesa ver las callejas apartadas de ese distrito negro. Dicen que son horribles...

—No tanto. Yo creo que saldremos con vida —replicó, riendo, el «taxista». A veces ocurren cosas emocionantes, pero no siempre. Pueden visitar algún «cabaret» negro típico. La entrada es libre, pagando. Ahora, la salida...

—Llévenos a él, y pronto.

El coche aceleró la marcha, subiendo por el Riverside, hacia el Norte. El «taxista» alargaba las distancias lo que podía, y Sherman, que lo notó, apretó con rabia los puños. Iba a tomar por el norte del Harlem el astuto chofer, para luego bajar hacia el Sur, con lo que el recorrido se alargaba varias millas más.

—Nos sigue —anunció Gene, con voz monótona—. Ése no nos suelta ni aunque tomemos un avión.

—Ya entramos en el Harlem negro —anunció el chofer—. Como es de noche, se ve poco; pero esto es muy... bonito. Estamos en la Octava Avenida, y ése es el cruce de la 155th Street. Hace cosa de un mes asesinaron aquí a dos turistas. Pero era de madrugada y los dos visitantes iban borrachos. Creyeron que podrían insultar impunemente a la raza negra, y... amanecieron cosidos a puñaladas. Y sin sus carteras, por supuesto.

—Por las callejas estrechas y apartadas, amigo —pidió Sherman—. Lo típico de los «slums» es lo que queremos ver.

—Ya entramos. Verá qué cosas más bonitas —murmuró el chofer.

—Nos sigue —dijo Gene, como si ello le produjese alegría—. Cuando quieras te bajas.

Entraron en una calle tan estrecha, que solamente podía circular un coche por ella. La acera era también muy estrecha y estaba desierta.

Sherman vió por la ventanilla que el «taxi» de Hunter entraba también en la calleja, con edificios bajos, sombríos.

—¡Para! —exclamó, repentinamente, Sherman, dando un golpecito en la espalda del «taxista» que le miró, sorprendido—. Sigue mi amigo, que le pagará.

El coche dobló una esquina y frenó, sin llegar a parar. Sherman se apeó velozmente y comenzó a correr, perdiéndose a poco entre la oscuridad.

—Siga, y aprisa —ordenó Gene al conductor, que estaba asombrado de aquella extraña maniobra de Sherman—. Usted no se preocupe. Le daré el doble de lo que marque el contador.

—«O. K.» —murmuró el conductor, encogiéndose de hombros.

Y metió el acelerador en cuanto entraron en la Séptima Avenida, rumbo al Sur.

El «taxi» de Hunter ya no aparecía. Gene pensó si el agente

especial se dio cuenta de la maniobra de Sherman y le estaba persiguiendo o bien había perdido la pista del «taxi» que él ocupaba. Sonrió al pensar que Sherman podría estar en poder del «G-Men»,

precisamente por haber querido escapar, dejándole a él como cebo del cazador.

Miró repetidas veces por la ventanilla trasera, para comprobar si era seguido; pero el «taxi» amarillo no aparecía por parte alguna. La persecución había cesado.

—Pare —ordenó al conductor—. Tenga. El doble de lo que marca el aparato —y le dio unos billetes, bajando después del vehículo.

Estaba muy cerca de la parte norte de Central Park. Y cuando el «taxi» se marchó, tomó otro seguidamente, dándole la dirección de East Broadway, 14B. Él se había salvado de las garras del agente especial. Quería saber si le había ocurrido igual a su jefe.

Entró en la casa, no sin antes mirar atentamente los alrededores, por si el edificio estaba vigilado.

—¿Salió todo bien? —Sherman, sonriente, apareció en el «hall» cuando Gene se quitaba la trinchera.

—¡Ah! También tú escapaste... —exclamó el lugarteniente, con cierto asombro—. Bueno; creía que estarías metido en un buen lío. El «taxi» dejó de perseguirme.

—Claro. Como que el «G-Men»

se dedicó a seguirme, a pie, y le pude dar esquinazo. Ha sido divertido, en medio de todo. Corría el hombre, buscándome como un loco, por aquellas callejas del infierno, sin luz apenas.

—Más vale así. Ahora hay que tener cuidado, jefe. Ya sabemos que el

F. B. I.

está buscándonos, y eso es mala cosa.

—Oye, que sea la última vez —dijo después Sherman, mirando hoscamente a Gene, cuando ambos se sentaron ante la mesa del comedor, tomando unas copas— que te permites discutir mis órdenes, ¿entiendes? Ya sabes por qué lo digo. Cuando te dije que siguieses tú en el «taxi», te negaste. Si en vez de ir en un «taxi», con un testigo molesto, vamos en nuestro coche, no lo cuentas.

Gene, humillado, no contestó, bajando la cabeza. Sonrió para sus adentros al pensar que hubiera sido cosa de ver quién no lo habría contado, en el caso de que hacía mención el despótico Sherman. El odio que sentía por él se iba acumulando desde hacía mucho tiempo y lograba disimularlo perfectamente. Un día cualquiera, Sherman se daría cuenta de ello, pero cuando fuera tarde.

—Hay que pensar en la manera de eliminar a ese «G-Men»

—dijo después Sherman, suavizando su actitud—. Y a esa charlatana hermana de Jack.

—No creerás que porque matemos a ese agente la cosa va a quedar terminada —repuso, sensatamente Gene—. Seguirían otros. Es de suponer que a estas horas, el inspector jefe de la División estará informado por ese agente de lo que hay.

Sherman arrugó el ceño, pensativo. Reconocía que Gene pudiera tener razón. Ya no sería cosa de un agente el asunto aquel, sino del F. B. I.,

con sus inspectores, sus agentes y hasta con la ayuda de la Policía Metropolitana. La impunidad de que habían gozado hasta el presente, con ser desconocidos, acababa de terminar.

—En cuanto a la hermana de Jack, haremos bien en pasaportarla, por charlatana. Y a Jack, también —sugirió Gene.

—Antes a Jack, que puede denunciarnos, si no ha sido él el que lo ha hecho. Cada vez que me acuerdo cómo nos ha robado los tres mil dólares... —Apretó los puños y Gene rió socarronamente.

A la siguiente mañana, por ser domingo, Marion se quedó un poco más en la cama. Sintió cómo Jack se levantaba y andaba en su habitación. No sabía ya qué pensar de su hermano. Las escenas con él iban siendo cada vez más duras, ásperas. Quedaba el cariño de hermanos entre ellos, sí, y Marion sabía que, en el fondo, Jack siempre respondería a él. Había que reconocer que la cárcel le había trastornado profundamente en su moral. Salió de Sing-Sing

destrozado, lleno de amargura y con la creencia de que en adelante su vida sería un infierno, repudiado por todos. Era digno de lástima y de que se hiciese por él cuanto fuera posible. Aun en contra suya, de su escepticismo morboso.

Cuando se levantó, Jack estaba sentado ante la ventana, contemplando la calle, abstraído profundamente.

—Buenos días, hermano —dijo ella en tono cariñoso, besándole.

Jack le devolvió el beso, contemplándola sonriente. Sí; Jack aún era bueno.

Fue a la cocina y rápidamente preparó el desayuno, llevándolo después al comedor. Jack, con la vista baja, masticando ruidosamente las tostadas, no parecía tener deseos de hablar. Podría creerse que aún se figuraba estar en

Sing-Sing,

comiendo bajo la vigilancia del celador.

—¿No vas a salir? —le preguntó ella, violenta por aquella extraña actitud silenciosa, hosca, de su hermano.

—Sí. Voy a dar un paseo. Hace una buena mañana. ¿Y tú?

—No. Tengo que hacer. Los domingos por la mañana es cuando limpio mejor el polvo y ordeno las cosas.

—¿Vas a volver a ver a ése? —preguntó Jack, con aire indiferente, encendiendo un cigarrillo.

—¿Quién es ése? —preguntó Marion—. ¡Ah! ¿El señor Hunter?

—Sí.

—Pues no sé. Creo que sí, sí. ¿Por qué?

—Nada, nada. ¿Os habéis hecho amigos?

—Un poco. Creo que es un buen hombre. Tiene motivos para serlo, al menos.

—¿Por qué?

—Porque es del

F. B. I.

—repuso, sencillamente, la joven—. Ha de ser honrado, digno de confianza.

Jack sonrió misteriosamente. Dijo después, secamente:

—Espero que en vuestras conversaciones no os ocupéis de mí, ¿eh? No quisiera que mi hermanita se fuese de la lengua, haciendo de confidente...

—Eso es absurdo, Jack —respondió Marion, sonrojándose—. Yo no puedo decirle a Hunter nada que no sepa ya de ti. Y vuelvo a repetirte que él desearía ayudarte, ser tu amigo...

—Ser mi amigo... —replicó Jack, riendo con hiriente burla—. Ser mi amigo... Bueno, hermanita, bueno... —Se levantó de la silla,

fue al perchero, en el «hall», y se puso la trinchera y el sombrero—. Hasta luego, palomita sin hiel —la besó en ambas mejillas—. Dale recuerdos de mi parte, no se te olvide.

—Así lo haré. ¿Vas a venir a comer?

—No sé. Si no lo hiciera, te avisaré por teléfono.

Marion quedó silenciosa, triste, pensando en su hermano. Iba a ser muy trabajoso, muy paciente, el irle entrando en la normalidad, el hacerle ver que la vida no era precisamente como él pensaba.

Se puso un largo delantal y un pañuelo a la cabeza. Cogió después la aspiradora eléctrica y fue con ella a la alcoba de Jack, para hacer en ella una buena limpieza, ya que el resto de los días tenía poco tiempo para ello.

Limpió la cama, y después fue con la aspiradora buscando los rincones donde el polvo se hallase. Bajo el armario, por encima, y, finalmente, sacó los dos trajes de Jack, otro par de pantalones, camisas, corbatas, dejando el mueble vacío, para meter por dentro la manguera de la aspiradora.

Cuando lo estaba verificando, con el busto dentro del armario, algo pesado cayó sobre ella, rodando después sobre la primera tabla del mueble. Y un paquete como de papeles, atados con una goma.

Lanzó un grito de dolor, porque aquello, que era pesado, la había dado en un hombro y la hizo daño. Lo miró, y otro grito, ahora de asombro y espanto, hubo de lanzar, soltándolo prestamente.

Era una pesada pistola automática, una «Lugger» de cañón redondo, cilíndrico. Y el paquete, un fajo de billetes de Banco, bastante grueso.

Quedó inmóvil, atónita, mientras su corazón palpitaba aceleradamente. Después metió la cabeza y miró hacia la parte de arriba del mueble, buscando el sitio de donde pudo caer el arma y los billetes. Lo halló. En aquel travesaño de la armadura...

Hubo de sentarse en la cama, apretándose ambas sienes con fuerza, cerrados los ojos. Tenía que reflexionar, aceptar muchas cosas desagradables, que ella creía no volverían a hacer acto de presencia.

Jack tenía una pistola y dinero, mucho dinero...

Se levantó y cogió el fajo de los billetes. Contó los que había, lo que valían. Y halló que su hermano tenía en su poder, escondidos,

2800 dólares. Para él, una fortuna, recién salido de la cárcel.

Quiso pensar que tal vez aquella arma y el dinero estuviesen allí desde que Jack ingresase en

Sing-Sing,

pero pronto rechazó aquella idea. Ella había limpiado, como ahora, y mejor aún, el armario aquel muchas veces. No halló nada de aquello hasta ahora, en que Jack había vuelto.

Las lágrimas, incontenibles, brotaron de sus hermosos ojos negros, invadida por una agobiante pena. La realidad, incuestionable, era que Jack había vuelto a las andadas, a ser un «gangster». La pistola y el dinero lo acreditaban.

¿Qué hacer ahora? De nada había servido la tremenda lección que sufriera él como justo castigo al desafiar a la ley y ponerse en trance de sufrir una muerte afrentosa. La pistola era claro indicio de que en Jack ya había entrado la horrible idea de que podía dar muerte, y lo haría, a quienes se enfrentaran a él. Si no lo había hecho ya...

¿Qué decirle a Hunter cuando le preguntara por Jack? ¿Habría de encubrirle, o tendría que avisarle de que el hermano querido seguía siendo tan peligroso como lo fuera hacía cinco años?

¿Qué hacer con Jack? ¿Decirle que había descubierto aquel escondite, con la pistola y el dinero infamante, o callarlo también, esperando resignadamente el inevitable fin que le esperaba? ¿Era posible todavía hacerle un desgarrador llamamiento a la sensatez, a sus más íntimas fibras del sentimiento, intentando alejarlo de aquella espantable vida de fuera de la ley, de asesino?

No sabía lo que había que hacer. No tenía cabeza para pensarlo, al menos ahora. Su mente no reaccionaba, abrumada por la realidad de la catástrofe presente. El aturdimiento, el dolor, la vergüenza, la indignación, todo estaba mezclado, y cada cosa reclamaba su imperio, incitándola a la acción violenta, a la ruptura absoluta con aquel hermano que tan desgraciado era, y no sabía encontrar el medio de salir airosa y decentemente de la situación en que se metiera años antes.

Solamente sabía llorar, con más dolor aún que si todo aquello fuese obra suya y sufrido en su propia carne y espíritu el horror de verse acusada de «fuera de la ley» y verse metida en un penal.

El sonido del teléfono la sacó de su desesperación. Y

enjugándose las lágrimas acudió al comedor.

Era Hunter, el agente especial.

—Buenos días, Marion —dijo, con voz cariñosa, un poco vacilante por la emoción.

—Buenos días, Joe —contestó ella, sonriendo y tapándose los ojos, como si Hunter la estuviese contemplando y observase las señales de su llanto.

—Quería decirle que me va a ser imposible salir esta tarde con usted —dijo él en tono apenado—. Estoy muy ocupado... ¿Pudo llegar a su casa sin novedad ayer noche?

—Perfectamente. Siento... siento mucho que no podamos salir —murmuró ella, con tristeza—. Bueno —rectificó ligeramente—; otro día, ¿verdad?

—¿Lo siente mucho? ¿De veras? —preguntó Hunter, con alegría—. También yo, créame. Somos tan buenos amigos ya, ¿verdad?

—Sí, Joe. Tan buenos amigos —suspiró ella—. Creo que mi mejor amigo... Aunque claro, hace muy poco que nos conocemos. Diga, Joe: si no es indiscreción, ¿qué ha pasado con eso que estaba haciendo anoche? Me refiero a Sherman. ¿Les fue siguiendo?

—Sí. Pero se me escaparon. Es un hombre listo. Aunque creo que daré con él pronto. ¿Usted no sabe dónde vive ese bandolero? Conste que no quiero convertirla en mi confidente, ¿eh? Pero ya que me lo señaló...

—No lo sé, Joe. Se lo diría si lo supiera. Estoy a su lado en este asunto, porque la elección no es dudosa. Ese hombre fue el que perdió a mi pobre hermano.

—Gracias. ¿Y Jack?

—Bien. Ha salido esta mañana. Huraño, triste —contestó ella, lanzando otro hondo suspiro, mientras movía la cabeza con desesperación.

—Si Jack quisiera decirme dónde vive ese granuja de Sherman... Temo que habría de pensar que quiero forzarle a que me ayude. Ésa es su obligación, realmente, pero... Usted no querrá preguntárselo, ¿verdad? Con cierta astucia... Considere que, como ha dicho antes, la elección no es dudosa.

—Lo intentaré, Joe. Pero Jack no habla apenas. No quiere saber nada de todo esto, de lo que le pasó. Se vuelve como loco a la menor alusión. Crea que he de tener mucho tacto con él, mucha

paciencia. Ha sufrido mucho.

—Déjelo, entonces. Siento simpatía por su hermano, sinceramente. Haré por él cuanto pueda, aunque sea indirectamente. Comprendo su especial estado, moral. Bien. Marion, no quiero entretenerla más. Mañana podríamos vernos, si le parece bien. Yo se lo agradecería mucho, mucho...

—Sí, Joe. Podemos vernos, a las cinco. Quisiera que lo que tenga que hacer hoy no suponga para usted un... peligro en el cual su vida corriese peligro. ¿Procurará evitarlo tanto como pueda? Me sería muy doloroso, Joe...

—Es usted encantadora, Marion —repuso él, con voz trémula de emoción—. Pero no debe inquietarse. Creo, además, que de ahora en adelante cuidaré de que no se quede usted sin su mejor amigo. Tengo ciertas ambiciones y esperanzas con respecto a usted, Marion.

—¿Sí? No quisiera defraudarle —replicó ella, riendo gozosamente—. Aunque para ello habré de saber qué ambiciones son ésas, y qué esperanzas... Hay cosas fáciles de obtener; otras, un poco trabajosas, y otras más, imposible. Supongo que será razonable, ¿verdad?

—¡Hum! Yo soy ambicioso, ya se lo he dicho. Quiero todo, todo... —rió alegremente, y ella le acompañó con la suya, nerviosamente—. Bueno, Marion. Ya hablaremos. Quiero ver su carita deliciosa cuando lo hagamos y me refiera a ese asunto. ¿Hasta mañana?

—Hasta cuando quiera, Joe. Esta tarde no sabré qué hacer... Es fastidioso el cumplimiento del deber, a veces, ¿verdad?

—Siempre, pero es el deber, Marion. Yo también estoy... furioso porque no podamos vernos hasta mañana. Mire, si me es posible, iré a verla a su casa, ¿quiere? ¿Le molestaría a Jack?

—Pues... como molestar... Déjelo para mañana, se lo ruego. Así tendremos más cosas que decirnos y sentiremos más alegría. ¡Joe mío! —gritó ella, sollozando, y colgó el aparato apresuradamente, para no oír lo que él dijera.

Se le había escapado, materialmente, aquel grito de su corazón atribulado, y se sentía como aterrada por haberlo hecho. ¿Qué pensaría Joe de ella? ¿Había él dado pie para que ella fuese tan impulsiva? ¿Creía que Joe estaba enamorado de ella, o eran

figuraciones producidas por su propia angustia, por su deseo de encontrar un alma gemela que la conociera y amase?

Joe no llamaba al teléfono, aunque ella quedó sentada ante la mesa del comedor, esperando que él lo hiciese, lleno de alegría y pasión. No llamaba. Estaría asombrado quizá, atónito. También cabía esperar que, delicadamente, para no sumirla en más confusión todavía, obligándola a explicarse, dejase pasar aquellas veinticuatro horas, sosegando los nervios de ella. ¡Veinticuatro horas todavía sin verle, después de lo que le había dicho con tanta... desvergüenza, porque así era realmente!

Hubo de encontrar en el trabajo de la limpieza del piso el sedante, aunque su corazón estaba más alegre, y también confuso. ¿Qué pensaría de ella Joe, el querido Joe? ¡Qué fresca había sido, Dios santo! ¡Declararse ella, amparada en que él no podía verla la cara, colgando después! A ver si ahora Joe se volvía atrás, creyéndola una coqueta, o quizá algo peor... Hasta podía pensar que todo era una maniobra, tramada entre ella y Jack, para conseguir que no se le molestase al hermano. Una maniobra siniestra para que Jack pudiese seguir su carrera de delitos, mientras ella le engatusaba a él, a Joe...

Trabajando arduamente, dejó la casa limpia, ordenada. Siempre pensando en aquellos dos hombres, Joe y Jack, que cada cual, en un orden diverso, constituían su felicidad y su desgracia.

A las dos de la tarde llegó Jack. La besó, como siempre, quizá por rutina, pues esto lo hacían siempre desde que sus padres murieran. Y Marion le miró con tristeza, porque olía a vino, o a «*whisky*», o a ginebra, y los ojos de Jack estaban empañadas, vacilantes en su mirada. Medio borracho...

Se sentó él en el sillón y cogió el diario que comprara en la calle. Sin leer, sino pensativo, rumiando ideas homicidas, vengativas.



PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!
F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA + JEQUE BLANCO
AVENTURAS DEL F. B. I.

VI



URANTE la comida, Marion sintió tremendos impulsos de encararse con su hermano y exigirle le explicase cómo tenía oculta una pistola y 2800 dólares. Pedirle una explicación categórica acerca de cómo tenía aquello y por qué. Qué se proponía hacer con aquel arma. Si había vuelto de nuevo a la vida de «gangster», cosa que parecía ya indudable. Y echarle de allí, del piso, o marcharse ella, rompiendo con él definitivamente por canalla, facineroso.

Pero no lo hizo. Había algo superior a sus fuerzas que se lo impedía. Los lazos de la sangre, el ser mujer y tener un estúpido corazón siempre inclinado al amor, a la comprensión y piedad. Veía en Jack un pobre hombre destrozado moralmente, más digno de compasión que de ser tratado con rigor. ¿De qué le había servido

estar cinco años en

Sing-Sing?

De nada. La severidad del castigo no le había hecho comprender que aquella pena equivalía a una llamada al buen sentido; a la fácil comprensión de que la vida que llevó debía abandonarla con horror, porque no implicaba sino desdichas en aumento, más años de cárcel, persecuciones, angustias, y tal vez una muerte infamante, cubierto de oprobio.

Por eso no quiso decirle nada. Tal como estaba ahora Jack, su reacción sería de una violencia inaudita, o tal vez bajase la cabeza hoscamente y nada arguyese, tozudo en hacer su voluntad y con la seguridad de que su hermana jamás osaría denunciarlo. Porque él sabía cómo era ella, aunque Marion desconociese en absoluto al Jack que había regresado de la cárcel.

Más la joven había de llevarse una gran sorpresa, grata, cuando él, después de la comida, dijo, sonriendo, sentándose de nuevo en el sillón y encendiendo un cigarrillo:

—He pensado, Marion, hermanita, en todo cuanto me dijiste anoche. Eso de que no tengo trabajo y tú has de mantenerme... También consideré, aunque me fastidie todavía un poco, en lo que Hunter quiere hacer por mí. Bueno; no es fácil colocarse uno, con los antecedentes penales en danza, a no ser que se tenga una buena recomendación. Me entiendes, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó Marion, sonriendo también, alegre la expresión—. Era lo mejor que podías hacer, querido. Piensas...

—Si tú quisieras decirle a Hunter que estoy dispuesto a ocupar esa colocación que decía... —murmuró Jack, bajando la cabeza, como si se sintiera un poco avergonzado.

Ella se sentó en sus rodillas, llenos de lágrimas los ojos, y le besó en la frente y las mejillas.

—¡Bendito Dios, Jack, que te ha tocado en el corazón! —murmuró gravemente, mirándole con ternura—. Claro que se lo diré a Hunter. Hoy mismo, si me es posible. Ya te lo dije, cabezota —le tiró de la negra cabellera—, que Joe es un bendito, que quiere ayudarte, que seas feliz, olvidando aquello. Que no te pide nada a cambio. ¡Cuánto me alegro de que te decidas a hacer una vida normal, de hombre decente!

—Bueno, bueno... —rezongó Jack, empujándola suavemente

para que se bajase de encima de sus piernas y levantándose después él—. Lo dicho, pequeña... A ver si es posible eso. Será lo mejor para los dos. Ahora voy a salir.

—Sí, Jack. Pero... —Le miró profundamente, con severidad— no bebas mucho. Apestabas a diablos cuando llegaste. Debes dejar todo lo que pueda perjudicarte, no solamente a tu cuerpo, sino a tu alma, a tu naciente buena reputación. Que tus jefes no noten que bebas, hermano. Y lo mejor es no beber...

—De acuerdo, pelma. Seré un santito —rió nerviosamente, mientras entraba en su alcoba.

Marion se sintió ahora doblemente feliz. Ya aquella pesadilla de Jack iba a terminar. Y amaba a Joe, que le correspondía. Ahora recordaba el tono de voz de él, sus palabras, cuando habló por teléfono. Él se había declarado antes, ya lo creo. Aquello de que se sentía ambicioso, de que quería todo... Era una declaración en toda regla o, por lo menos, un anticipo de declaración amorosa, dicha para que ella fuese pensándola y la acogiese favorablemente. ¡Qué felicidad!

Salió Jack de su alcoba y Marion le cogió de un brazo, reclamando el consabido beso. Esta vez fue con más cariño por parte de ella. Después, sin soltarle el brazo, ya ante la puerta del piso, le preguntó:

—Oye, Jack: ¿podrías decirme dónde vive tu antiguo... «boss», ese Sherman? Es porque...

—Porque Hunter le quiere echar la zarpa, ¿verdad? Por mí, que lo ahorquen. Vive en el ciento cuarenta y cinco de East Broadway. Pero que tenga cuidado, porque es peligroso ese tipo.

—¡Jack, ahora sí que creo que deseas ser un hombre decente! —Y llena de alegría, le besó, echándole los brazos al cuello—. ¡Adiós, hermoso, rico!

Cuando salió el hermano del piso, ella, corriendo, iluminado el rostro por la alegría, marcó en el aparato telefónico el 3001, Centre Street. División del

F. B. I.

Iba a poder ayudar a Joe en favor de la Justicia, gracias a Jack. A Jack, que al fin había comprendido qué era lo que mejor le convenía.

—¿División del F. B. I? —preguntó, cuando una voz de hombre

la preguntó qué quería.

—Sí. Diga...

—¿Está el señor Hunter, agente especial? Quisiera, hablar con él.

—Hace un rato que salió. No sé cuándo volverá.

Le diré que le llame cuando vuelva, ¿quiere? Dígame su número y nombre.

—El caso es que es algo urgente... —dijo ella, un poco desilusionada—. Bueno, ¿usted puede ponerse en comunicación con él inmediatamente?

—Lo intentaría. ¿Es algo del servicio?

—Sí. Dígale, de parte de Marion, no olvide mi nombre, Marion, que Sherman vive en ciento cuarenta y cinco, East Broadway, East Side, no lejos de aquí.

—¡Hola! ¿Se refiere a Sherman, el «gánster», tras de quien andamos?

—El mismo. El, Joe, quería saberlo, y yo lo he averiguado.

—¡Estupendo, señorita Marion! Bueno, de parte de Joe, la envió un abrazo —exclamó la voz juvenil del que hablaba—. Gracias, encanto.

Marion, sonrojada por aquellos piropos, colgó el aparato. Se sentía verdaderamente feliz. Joe se llevaría todos los honores del triunfo, al capturar a aquel maldito Sherman, el que corrompió al pobre Jack y lo envió a

Sing-Sing.

Era un acto de justicia indiscutible, no una cobarde delación. No es cobardía, ni mala acción, descubrir y delatar a los asesinos y bandoleros.

Se sentó a coser, al lado de la ventana que daba a la calle, su pensamiento puesto en Joe. Iba a detener a Sherman seguramente aquella misma tarde. Tal vez corriera un gran peligro con ello. Ya dijo Jack que debiera tener precaución, porque el rufián era de cuidado. Pero Joe la tendría. Parecía muy valeroso y, al mismo tiempo, sereno, prudente. Un hombre encantador...

Dejó la costura de repente, pensando ahora en Jack. Sintió la curiosidad de ver si...

Fue a la alcoba de su hermano y abrió el armario ropero. Miró dentro, hacia arriba, donde estaba el travesaño que hacía de

escondite de la pistola y el dinero.

¡Ni el arma ni todos los billetes estaban! Ahora había 2600 dólares, en vez de los 2800 que contara antes. Y la pistola no estaba.

Se lo había llevado Jack, naturalmente. Era desconcertante, al menos para ella, el que tuviese una pistola y aquel dinero, y que ambas cosas las trajese y llevase. ¿No se daría cuenta el tonto de que, si por casualidad, la Policía, que quizá lo vigilaría, le encontraba el arma encima, le buscaría un buen conflicto?

Volvió a la silla, en el comedor, ya menos alegre y mucho más confusa y preocupada. No veía claro en la conducta de Jack. Tener un arma y salir y entrar con ella... Como si fuese un «gangster», vamos. Como no fuera que ahora la hubiese cogido para deshacerse de ella, tirándola al río o en una alcantarilla, comprendiendo lo peligroso que era tenerla... Bueno; era cosa de esperar a la noche, cuando regresara, a ver si la traía o no.

Y aquel dinero... Tal vez fuera que alguien se lo debiera de antes, de hacía cinco años, y le pagaron ahora. De todas maneras, aquella pertenencia le parecía de origen dudoso, sucio, tal vez manchado de sangre.

Con unas cosas y otras, cosiendo sin darse cuenta de lo que hacía, pasó así las horas. Esperaba, sin saber por qué, una llamada de Joe por teléfono. Siquiera, que llamase... Si él la quería, como ella le quería a él, debiera llamarla, aunque no fuese más que dos minutos. Pero los hombres siempre dejan en segundo o tercer término el amor. Los negocios, los amigos, y después, la mujer a quien aman. «Ella puede esperar... Así se mostrará más apasionada, más impaciente, delatando sus íntimos pensamientos».

Puso la radio y no encontró nada que la gustase en las emisiones. Para ella no había más que Joe, quizá corriendo graves peligros. Si por culpa de ella le pasase algo a él... Los «gangsters» son fieras cuando se ven perdidos.

Y las horas pasaron y llegó la noche. En el reloj de encima del trinchero, las manecillas marcaban ya las nueve. Una tarde que nunca acababa... Joe no había llamado. Ni siquiera dos minutos pudo tener para hablarla por teléfono...

La puerta del piso sonó al ser abierta por alguien. Eran los pasos pesados de Jack.

—Hola, hermanita —él entró en el comedor. Parecía como contento cuando la besó. Sí; su rostro expresaba satisfacción, y sus grises ojos no estaban empañados por la bebida, ni olía a ella—. ¿No saliste?

—No. Tenía mucho que coser. Este vestido he de reformarlo, hijo. No hay dinero para otro —le miró de reojo.

Jack sonrió misteriosamente. Por lo visto, no quería ofrecer a su hermana ni un centavo de aquel dinero que ocultaba.

—Supuse que saldrías con ése... Bueno, con Hunter —dijo él, sentándose en el sillón.

Marion observó que llevaba la pistola encima. Se notaba el bulto en la cintura; la llevaba metida entre el cinturón y el cuerpo, por encima del vientre. Y era tarde cuando él puso el diario sobre aquella parte, porque ella lo había visto ya. Era falso, por tanto, lo que supuso de que la sacó para deshacerse de ella.

—¿Dónde has estado? —inquirió Marion, sin dejar de coser.

—Dando vueltas. En el «cine», después. Tenía ganas de ir. Cinco años sin ver más que películas tontas, en la cárcel, todas educativas... ¡Bah!

¿Dónde habría estado, realmente, con la pistola encima? ¿Es que para ir de paseo o al «cine» necesitaba ir armado? A no ser que temiese una agresión por parte de sus antiguos compañeros de bandidaje... Eso sí podía ser, en efecto. Miedo a las represalias. Había denunciado, no hacía sino unas horas, a Sherman. Quizá ya antes se las vió con ellos y de ahí su temor a ser asesinado cobardemente. ¡Pobre Jack!

El timbre del teléfono sonó insistentemente. Jack se levantó, pero Marion le tomó la delantera, palpitante su corazón. Sería Joe, el querido Joe, que, al fin, se acordaba de su amor.

—Deja, deja —murmuró ella, descolgando el aparato nerviosamente.

Jack se sentó, expectante, brillando sus grises ojos con extraño fulgor.

—¿Diga? —preguntó, con mal disimulada ansiedad.

—¿Señorita Marion Mott? —preguntó una voz femenina. No era Joe...

—Sí, sí.

—Bien, señorita Mott. Tenía que darle un recado de parte del

señor Hunter. Mire, se encuentra en... aquí, en el hospital New York, en York Avenue. No se alarme, de veras. Ha sido herido...

—¡Herido! —exclamó Marion, poniéndose lívida. Buscó una silla, sintiéndose muy débil, y la atrajo con la mano izquierda, sentándose mientras temblaba—. Herido... ¿Y... es grave? ¿Cómo ha sido? ¡Dios mío!...

—No es muy grave. Un balazo en la espalda, pero no es muy grave. Ha podido decirnos que la llamemos para que no se asuste si lo lee en los diarios, de manera que ya ve... Si quiere venir a verlo, creo que le agradaría. Pregunte por él en la planta sexta, habitación ciento veinticinco. ¿Qué le digo?

—Que... voy ahora mismo. ¡Ahora mismo! Gracias.

Colgó el aparato. Jack la contemplaba con interés, sentado en el sillón.

—¿Qué pasa? ¿A quién han herido? —preguntó, con voz reposada.

—A Hunter, a Joe —pugnaba ella por contener las lágrimas cuando se levantó.

—¿Se ha enfrentado con Sherman? —inquirió él, sonriendo compasivamente—. Ya te advertí que ése es de cuidado.

—No sé, no sé... Yo voy a verle, Jack. Es un buen amigo. Nos aprecia y él quería ayudarte.

—Bueno; vete. Mucho interés te tomas por él me parece —volvió a sonreír, ahora burlonamente.

—Sírverte tú mismo, la cena, querido. Yo no tengo apetito ahora —salió del comedor, y se puso en su alcoba, a toda prisa, un vestido sastre, y encima, un ligero abrigo gris y el sombrero—. Adiós, Jack. Si tardo un poco, no te inquietes, ¿eh? Un beso —se besaron rápidamente y ella salió del piso, bajando la escalera a toda prisa.

Sentía el mismo dolor en el corazón que si recibiera en él la bala que había herido a Joe. Estaba asombrada de cómo amaba a aquel hombre, sin apenas conocerlo, sin haberlo tratado más que unos días. Todo debía de ser porque siempre deseó ardientemente amar, tener un corazón amigo al que confiarse y recibir de él el mismo cariño. Y Joe había acertado a acercarse a ella...

Tomó un «taxi» muy cerca y le dio la dirección del hospital, en York Avenue.

En el inmenso edificio, con las ventanas iluminadas, parecía

imposible que una persona pudiera orientarse. Sin embargo, el ascensor enorme la trasladó a la sexta planta, y una enfermera, sonriente, la puso delante de la habitación 125, donde abrió otra muchacha con uniforme blanco.

—Soy Marion Mott —dijo la joven, con voz débil—. Me dijeron que podía venir a ver al señor Hunter y...

—Pase. Se encuentra débil. No conviene qué hablen mucho.

—¿Está mal? ¿En peligro grave? —inquirió ella, sin atreverse a entrar.

—Ya no. Se le ha sacado la bala de la espalda, que no ha ocasionado lesiones graves. Pase, pase.

En la blanca habitación estaba la cama de igual color, de acero. En ella, boca abajo, Joe, hundida la frente en la almohada. Se acercó Marion en puntillas, con unos deseos inmensos de llorar, que contuvo.

—Aquí tiene a la señorita Mott —dijo la enfermera, inclinándose sobre Joe, que abrió los ojos lentamente, como asombrado.

—Hola, Joe, querido —dijo Marion, cogiéndole una mano, que sobresalía de debajo de la almohada.

—¡Gracias a Dios que has venido! —respondió él, sonriendo débilmente, y apretó la mano de ella con ternura—. Un tropiezo, como ves. No te asombre, porque esto es propio del oficio. Unas veces pega uno, y otras, recibe...

—No hables, si te fatiga. He sentido tanto esto, querido mío... Ha sido horrible. Pero ya me han dicho que no es mucho y que pronto podrás pegar, a tu vez. Son unos canallas...

—Me diste... una enorme alegría cuando... me dijiste aquello por teléfono —murmuró Joe, respirando con fatiga—. Te salió bien, como sin pensar, ¿verdad? Te adoro, Marion...

La enfermera, que estaba sentada en una esquina de la estancia, se acercó y tomó el pulso a Joe.

—Por hoy, basta de conversación —dijo, sonriente—. Le fatiga y eso no es bueno. Dígale adiós a su novia y a descansar, señor Hunter.

—Adiós, novia —repuso Joe, sonriendo con alegría y apretando la mano de ella suavemente.

—Adiós, novio —murmuró Marion, pugnando por no llorar—. Que descanses. Mañana vendré a verte. Adiós, cariño mío...

Salió de la alcoba con paso indeciso, muy contenta y al mismo tiempo con una pena terrible.

En el pasillo encontró a un hombre bien vestido, de unos cincuenta y seis años, alto, grueso, fuerte, de rostro enérgico y ojos azules de mirada un poco dura.

—Perdone, señorita Mott. Soy el inspector John Bard, del F. B. I.

—se inclinó ligeramente, sin tenderla la mano—. Soy jefe de Hunter. Quisiera hablar con usted unos instantes. Venga aquí, a este saloncillo de visitas.

Marion le siguió silenciosamente. Estaba impresionada, asustada, por la voz de aquel hombre; por su mirada, taladrante, sin ser dura; por su imponente estatura y corpulencia, y su gesto seco, imperioso.

—Siéntese —señaló el inspector un sillón, y cogió él una silla, aproximándola bruscamente hasta casi tocar las piernas de ella.

Y se sentó a horcajadas, apoyados los brazos sobre el respaldo, mirándola fijamente, sin pestañear, durante unos segundos. Marion creyó encontrarse en Centre Street, acusada de algo horrible, contestando a un interrogatorio duro, implacable.

—¿Qué clase de relaciones sostiene usted con el señor Hunter, señorita Mott? —preguntó el inspector Bard, con voz exenta de inflexiones.

—Yo... Pues somos amigos. Creo que nos queremos y así nos lo hemos dicho. Supongo que ahora somos novios —contestó Marion, temblando de emoción.

—Muy bien. El señor Hunter sí parece que la quiere a usted. Me consta. ¿Y usted a él? ¿Sinceramente?

—Sinceramente, sí —afirmó Marion, bajando la cabeza, azorada. Tenía una forma de expresarse aquel hombre...

—Usted es hermana de Jack Mott, que hace unos días ha salido de

Sing-Sing,

¿verdad? Fue «gangster»... Hunter, siempre tan noble, tan buenazo, se interesó por él, como ya sabe. Yo también lo sé todo, señorita Mott. Es nuestro oficio. Y su hermano ha andado desdeñando la ayuda de Hunter, quizá lleno de rencor hacia el hombre que cumplió con su deber al detenerlo...

—Esta tarde me dijo mi hermano que estaba dispuesto a aceptar esa ayuda, señor Bard. Comprendió al fin... Ha sufrido mucho y regresó en muy mal estado moral —murmuró Marion, contemplando con angustia al inspector, que la miraba fijamente, con su faz pétrea, apretadas las mandíbulas.

—Ya sé lo que es eso, por otros. Usted le dio esta tarde a Hunter, por mediación de otro agente especial, que se puso al teléfono, la dirección de Sherman, el «boss» que fue de su hermano, ¿no es así?

—Sí. Yo quería ayudar a Joe, a Hunter. Ayer estuvimos en un café...

—Ya lo sé. Usted señaló a Hunter la presencia de Sherman, informándole de quién era. Y esta tarde, después de recibir su información acerca de dónde vivía ese maleante, es cuando ha ocurrido este percance, que a poco le cuesta la vida a mi subordinado. Algo muy extraño, señorita Mott...

—No sé lo que ha ocurrido. Solamente me han dicho que le han herido en la espalda. Joe nada me ha dicho. No podía hablar apenas —dijo Marion, débilmente, cada vez más acongojada.

Su fino instinto, su inteligencia despejada, le estaba diciendo que aquel hombre pensaba muy mal de ella.

—¿No lo sabe? Es fácil de explicar —contestó el Inspector, pasándose una mano por el robusto mentón—. Cuando usted dio ese recado por teléfono, yo movilicé a varios de mis hambres para que cercaran la casa de East Broadway. Hunter no iba con ellos. Se había marchado sólo para tratar de localizar al «boss». El caso es que mis hombres, cuando asaltaron la casa que usted indicó, señorita Mott, no hallaron a nadie, a nadie...

—Esa dirección me la dio mi hermano, señor Bard —interrumpió Marion, con voz angustiada, cada vez más convencida de que el inspector estaba formulando una dramática y real acusación contra ella, quizá de alcances insospechados.

—Me lo figuré. Anteriormente, cuando Hunter la preguntó si usted la sabía, le contestó que no, ¿verdad? Después... se la dió. Cuando usted habló con su hermano, naturalmente. Pero no encontramos a nadie, se lo repito.

—Yo no sé, no puedo saber más, señor —murmuró Marion, con voz sofocada—. Usted quiere suponer cosas que...

—Realidades, señorita Mott —cortó, secamente, el inspector—.

Bien, ¿usted sabe lo que le ocurrió a Hunter?

—No. Ya no me atrevo a hacer conjeturas siquiera. Pero a mí me duele más que le hayan herido que si hubiese sido yo misma la que recibiera el balazo.

—Pues Hunter estaba relativamente alejado de East Broadway cuando fue herido. Salía de una taberna enclavada en Catharine Street, en una callejuela, de la que es dueño un maldito judío. Salía de la calleja y, por detrás, le hicieron un disparo. Una valentía, claro... Cayó el pobre sin saber quién le agredió. Y no lo sabemos aún. ¿Quién cree usted que lo hizo, señorita Mott?

Marion se llevó ambas manos al agitado pecho. Aquel problema era excesivamente complicado para ella. Era inteligente, pero ahora no sabía pensar, discernir, bajo aquella mirada fija, penetrante, que la producía escalofríos, del inspector Bard.

—No sé... Sherman, tal vez —repuso, trémulamente—. Si se enteró de que le buscaban...

—¿Se enteró de que le buscaban? ¿Cómo se enteró, señorita Mott, si cuando cayó Hunter fue casi a la misma hora en que mis hombres penetraban en la casa en que él habitaba? ¿Cómo se enteró de que íbamos a ir a su casa, y pudo, al mismo tiempo, encontrar a Hunter, que no nos acompañaba, y casi liquidarlo de un balazo? Querrá usted decir que... alguien le informó de nuestros planes y de que Hunter iba a ir a esa taberna de la calleja de Catharine Street. O que le siguieron hasta allí.

—¡Por Dios, señor Bard, no me pregunte cosas que yo ignoraba totalmente! —gritó Marion, sollozando—. ¡He querido ayudarle a Joe, eso es lo que sé!

La enfermera que cuidaba de Joe entró en el saloncillo. Se detuvo al ver a Marion llorando.

—Inspector, el señor Hunter querría hablarle, por favor —dijo, dirigiéndose a él.

Bard se levantó lentamente, sin dejar de mirar fijamente a Marion.

—Espere, haga el favor —dijo, con voz seca.

Y salió de la estancia. Marion se enjugó las lágrimas, temblorosa, poseída de una terrible agitación. Jamás se había visto ante un hombre como aquél, tan férreo, tan inquisitivo, al que parecía imposible poder engañar. Ella no lo intentó, porque no tenía nada

que ocultar. Solamente sabía que quiso ayudar a Joe. Y que lo hirieron en circunstancias misteriosas. Misteriosas...

Se levantó del sillón repentinamente, lívida de horror, para dejarse caer de nuevo desfallecida. Se llevó ambas manos a las sienes, cerrados los ojos. Ya iba sabiendo el porqué de las preguntas del inspector. No lo había relacionado, tonta de ella. Y era muy sencillo. Tan sencillo como que era hermana de Jack, el expresidiario, que guardaba un rencor indomable a Hunter...

¡Sospechaban de Jack! ¡Era de Jack de quien sospechaba el inspector! Y todo aquel interrogatorio insoportable era para que ella denunciara a su hermano...

El inspector apareció de nuevo. Ella se levantó mirándole con ansiedad.

—¿Está peor, señor? —preguntó con voz angustiada, dando vueltas a su bolso nerviosamente.

—No. No será nada, tranquilícese. Es duro el muchacho. Quería hablarme. Bien, señorita Mott, no la entretengo más —sonrió por primera vez, mostrando una blanca dentadura. Ahora era casi atractivo, simpático, y su mirada no tenía nada de dura.

—Buenas noches —murmuró ella, cohibidamente—. Mañana por la tarde vendré a verle, si es posible, si me lo permiten.

—Espero que sí, y que estará mejor él. Es cuestión de ocho o diez días el que se encuentre del todo bien. Buenas noches.

La tendió la mano, gruesa, nervuda, que ella estrechó levemente, como con miedo.

Cuando se vió en el «taxi», de regreso a su casa, sus pensamientos recayeron en Jack. La pistola que escondía... Cómo la había llevado consigo aquella misma tarde, y regresó con ella...

¿Sería posible que Jack hubiese disparado sobre Hunter, hiriéndole? ¿Sería posible que su odio por Joe le llevase a tal extremo de convertirse en un cobarde asesino del hombre que le tendía ahora sin rencor la mano?

VII



UANDO regresó Marión a su casa, Jack había acabado de cenar y estaba en su sillón, con el diario de la noche en la mano. Se levantó, mirando curiosamente a su hermana, que estaba pálida de ira.

—¿Qué tal Hunter? —preguntó él, ayudándola a quitarse el abrigo.

—¡Déjame! —gritó ella, dándole un empujón y mirándole con terrible cólera—. ¿Qué has hecho, Jack? ¡Asesino! ¡Asesino! ¡No has podido matarle, canalla, pero lo quisiste hacer!

Jack dio un paso atrás, muy pálido también. Se apoyó en el armario, vacilante, baja la mirada.

—¡Canalla! ¡Un hombre que te tiende noblemente la mano, que quiere hacer de ti una persona decente, y le muerdes como una víbora! ¡Tú has sido! ¡Asesino! ¡Cobarde!... —gritó ella, colocándose ante él y mirándole cara a cara, temblándole el mentón de rabia.

—¡Yo no he sido! —exclamó Jack, levantando la cabeza y

mirándola desafiante—. ¡Yo no he sido!

—¡Sí has sido, maldito cobarde! ¡Por la espalda le heriste, como lo que eres, un cobarde! ¡Te dio miedo acometerle cara a cara, como un hombre, y recurriste a tus mañas de pistolero inmundo! ¡Te llevarán a la silla, y yo habré de reconocer que con razón! ¡Cobarde!

—¡Te digo que yo no he sido, Marion! —clamó Jack, apretados los puños, sudando su rostro y con la mirada de demente—. ¡Yo no he sido!

—¡Calla! ¡Si no fueras mi hermano, avisaría ahora mismo al inspector Bard para que encontrase el arma con que cometiste esa cobardía! ¡La pistola que tienes escondida! ¡Niégalo! ¡Y el dinero que te han dado para que mates a Hunter! ¡Pistolero! ¡Canalla!

Se sentó ella, agotada, sintiéndose morir de vergüenza y dolor. Jack, callado, apoyado en el armario, la contemplaba como aterrado.

—Hemos de separarnos... —murmuró ella, pasado un largo lapso de tiempo, oprimiéndose las sienes con ambas manos—. No puedo, no quiero vivir más contigo. ¡Green que soy tu cómplice, que entre los dos hemos fraguado el plan para asesinar a Hunter! ¡Green que soy tan infame como tú! Si no te vas tú, me iré yo mañana mismo. Jamás nos veremos, y cuando te veas de nuevo en la cárcel o camino de la sala de ejecución... no te acuerdes de que tienes una hermana, bandido.

Jack, con movimientos lentos, abrió la parte superior del armario y sacó una botella de «*whisky*» y un vaso. Sus piernas temblaban y dejó caer una parte del licor al llenar el vaso. Fue después hasta la mesa y se sentó ante ella, cerca de donde estaba Marion, que se apretaba la cabeza con las manos, fija la desesperada mirada en el tablero del muelle, cubierto con un encaje hecho por ella.

—Has de oírme, hermana —dijo él, después de limpiarse los labios con el dorso de la mano—. Quiero que sepas que yo no he sido...

—Calla, Jack, calla —murmuró ella, débilmente—. No encuentro ya palabras para decirte lo que eres. Mañana mismo te vas de aquí, o me voy yo. ¡Dios mío, si nuestros padres vivieran y viesen hasta dónde has caído!... No me digas nada, Jack. Pero yo te

diré que quiero con toda mi alma a Hunter, a Joe. Es posible que me case con él, si quiere comprender que yo soy Inocente de todas cuantas canalladas hayas hecho tú y las que sigas haciendo. ¡No le diré que tenga compasión de ti!

—¿Le quieres a Hunter? ¿Te casarás con él, Marion? —preguntó Jack con voz serena, sacando un cigarrillo del paquete y contemplándolo distraídamente.

—Si antes no le matas tú, sí. Pero ¡no podrás hacerlo, porque no te lo permitiré! No te has portado como un hermano y yo no tengo por qué considerarte como tal. No te denuncio, pero no quiero saber más de ti.

—Escucha, hermana. Has de escucharme —murmuró Jack, con voz entrecortada, como fatigosa—. Yo he querido matar a Hunter, es cierto... ¡No pensaba más que en matarlo, en vengarme de él!

—¡Bandido! —exclamó Marion, mirándole con encono y desprecio.

—Déjame seguir. Yo he querido matar a ese hombre. La humillación que sufrí cuando me detuvo...

—¡Pobrecito! Por el delito de ser un sinvergüenza, quizá creías que encima tenía que ser considerado contigo, ¿verdad? Demasiado hacía ahora...

—¡Calla, mujer! —exclamó Jack, pacientemente, lanzando el humo del cigarrillo lejos de sí—. Antes hablaste tú: déjame que me explique y así me comprenderás. No tenía más preocupación ni más deseo que matarlo. Mi cabeza no regía bien, lo veo ahora. Lo que he pasado en

Sing-Sing

solamente yo lo sé... Fui a ver a Sherman y le quité a la fuerza tres mil dólares que me debía...

—Un dinero muy limpio, ¿verdad? —interrumpió sarcásticamente Marion.

—Regañé con él y dos de sus hombres. No he pensado, desde que salí de la cárcel —siguió, imperturbable, Jack— volver a ser un «gangster». Pero quería, eso sí, matar, a Hunter. Cuando me peleé con Sherman y los suyos, les quité esa pistola que dices has visto...

—La escondías en tu armario ropero. ¿Crees que soy tonta? Y antes la tenías metida en la cintura. ¡Y esta tarde disparaste contra el pobre Joe, a traición!

—No, Marion, no. Esta tarde estuve buscándole para matarle... ¡Eso sí es verdad! —exclamó Jack, roncamemente—. Pero me tomaron la delantera.

Sherman y los suyos. Te estoy diciendo la verdad, toda la verdad, hermana. Cuando me preguntaste esta tarde dónde vivía Sherman, yo pensé que lo dirías a Hunter. Y fui cerca del ciento cuarenta y cinco de East Broadway, a esperar a Hunter... para matarlo. La culpa se la llevaría Sherman.

—¡Qué canalla, Dios mío! —gimió Marion, mirándole con horror.

—Sí, Marion. Ahora veo más claro —lanzó un hondo suspiro, chupando el cigarrillo con fuerza. Después echó más «*whisky*» en el vaso, muy lentamente, y lo bebió de un trago—. Hunter no fue a casa de Sherman. Presenció el asalto; cómo entraban los del

F. B. I.,

y la Metropolitana. No había nadie...

—Les avisarías tú. Tenías que amparar a los tuyos...

—¡No! Ahora veo más claro, te digo. Ya sé quién les avisó, y lo pagará, descuida. Esto es todo, hermana. Yo fracasé. No pude matar a Hunter. Tal vez él se metió en otro sitio, donde iba Sherman, y allí le hirieron.

—En una calleja de Catherine Street. A la salida de una taberna —murmuró Marion, con indiferencia, como si no creyese cuanto él dijera.

—¡Ya sé! En la taberna del judío ese. Bueno, Marion, te digo que ya veo claro en todo esto —murmuró él lentamente, de codos sobre la mesa y apoyado el mentón sobre las manos—. No sé si querrás creermelo, pero mi conducta desde ahora va a ser muy otra. Lo creas o no, ya lo verás...

Marion le miró despectivamente.

—Es tarde para que me crea toda esa sarta de mentiras. Has aprendido muy bien a ser hipócrita, cobarde, astuto. No tienes salvación.

—Está bien. Yo me salvaré, ya verás. Ha sido preciso que vea claro lo que es Hunter y... lo que supone para ti. Y lo que me estaba jugando con mi odio por ese hombre. Mañana no nos separaremos, Marion. Ni nunca más, a no ser que Hunter me eche, cuando os caséis. Yo veré a Joe y le diré lo que te he dicho a ti ahora. Estoy

dispuesto a ayudarlo a capturar a Sherman y su banda. Lo haré yo solo, si me deja en libertad de acción.

Marion tragó saliva y comenzó a sollozar mansamente. Amaba a su hermano y su corazón se rebelaba contra la idea de odiarlo, haciéndosele esto imposible. Condenaba con todas sus fuerzas cuánto había hecho él, naturalmente, y sentía un hondo dolor al verle entregado al rencor injusto contra un hombre leal como Hunter.

Jack se levantó y fue a su alcoba. Marion se levantó también, intrigada por lo que fuera a hacer su hermano. Salió un momento después él, llevando en la mano el fajo de billetes. Entró en la cocina. Marion, curiosamente, se aproximó al pasillo para observarlo.

Jack apartó de la lumbre, en el fogón, una tartera de aluminio, donde estaba a calentar la cena de Marion, y echó los billetes al fuego. Quedó mirando pensativamente cómo ardían, y después colocó de nuevo la tartera.

Marion sintió deseos de abrazarlo, de felicitarlo por aquel rasgo, que parecía el comienzo de la regeneración de su hermano. Él no la había visto y estaba, cruzado de brazos, apoyado en el fogón, pensativo, baja la cabeza.

Un momento después, Jack apareció en el comedor. Se miraron intensamente, conmovidos. Después dio él media vuelta, murmurando sordamente:

—Me voy a la cama. Buenas noches, hermana. La pistola la guardo. Me hará falta seguramente.

No hizo por acercarse a ella y besarla, como siempre. Marion sintió impulsos de estrecharlo entre sus brazos y besarlo. Pero se contuvo. Había que dejar que reaccionase él totalmente; que se salvase por su propio deseo y esfuerzo. Parecía que iba por buen camino.

Acostada ya, pensó en el inspector Bard. En aquel hombre de acero, de mirada taladrante, que parecía saberlo todo con sólo proponérselo. Pero, al parecer, se había equivocado respecto a Jack. Si es que era verdad lo que dijo él... Todo había sucedido de forma tal, que Jack aparecía como culpable. El inspector se lo dio a entender así a ella. Luego, la llamada de Joe, la salvó, indudablemente, de ser acusada de encubridora de su hermano.

Bard la estaba ya acusando de ser eso. ¿Qué le diría el noble Joe a Bard para que después el feroz inspector se mostrase casi amable, sin volver a la carga contra ella? Joe era un bendito de Dios, desde luego.

Se durmió rezando para que Joe se salvase y que Jack se encontrase a sí mismo. Que fuese cierto que «ya veía claro» y con ello jamás se perdiese en las tenebrosidades del crimen y la maldad.

La mañana, siendo muy temprano, hizo salir de sus camas a ambos hermanos. Se encontraron en el comedor. En pie, ambos se miraron. Jack adelantó un paso, quizá para estrecharla entre sus brazos y besarla, como de costumbre. Pero se contuvo, un poco pálido, y fue hasta la ventana. Ella, inmóvil, le contempló, como si quisiera constatar de nuevo la buena disposición de su hermano a hacer todo aquello que dijera la pasada noche. Después volvió a la cocina para preparar los desayunos.

—¿Vas a ir a la oficina? —preguntó Jack, cuando estaban desayunando, poco después.

—Claro. ¿Por qué? —preguntó Marion, observándole con curiosidad.

—Hubiera preferido que vinieras conmigo al hospital, a ver a Hunter. Quiero que oigas lo que tengo que decirle. No quise engañarte anoche, hermana... Ya veo claro.

Marion reflexionó. Si Dios quisiera hacer aquel milagro de tocarle en el corazón al pobre hermano...

—Pediré permiso ahora. Iremos los dos, Jack. Es lo menos que puedes hacer por Joe —dijo conmovidamente.

Mientras se vestía Jack en su alcoba, Marion preguntó por teléfono al hospital qué tal se encontraba Joe. La enfermera contestó que había pasado bien la noche y que comenzaba a reponerse. Era cuestión de ocho días el que se encontrase en disposición de reintegrarse al servicio.

Después telefoneó al Banco Franklin, pidiendo se la dispensase de acudir al trabajo, y le fue concedido.

—¿Qué tal Joe? —preguntó Jack cuando salió de su alcoba.

—Mucho mejor. Dentro de ocho días podrá volver al servicio —contestó ella, observó, con cierta alarma, el bulto que hacía la pistola en la cintura de su hermano.

—¿Qué llevas ahí, Jack? —le preguntó, señalándole la cintura—.

¡Es la pistola!

—Sí. No puedo ir con las manos vacías. Sherman y los suyos me tienen ganas, estoy seguro. Igual que hirieron a Joe pueden liquidarme a mí. Además, voy a buscarlos... —replicó roncamente él.

—¿Por qué no se lo dices a Joe, o al inspector Bard, y que sean ellos los que se encarguen de eso? Tú no eres una autoridad y puedes correr un innecesario peligro.

—Déjame que enmiende el mal que hice, Marion —contestó secamente él—. Ahora ya sé cuál es mi obligación. ¿Vamos al hospital?

—Vamos —se cogió a un brazo de él y le hizo inclinar la cabeza, besándole en las mejillas. El enrojeció y la estrujó contra su pecho, apasionadamente.

En la planta sexta, ante la habitación 125, la enfermera les recibió sonriente.

—Está mucho mejor el señor Hunter —les dijo—. Pueden pasar a verlo. Es de una naturaleza como de... un rinoceronte o algo así.

Hunter estaba aún boca abajo, con la frente hundida en la almohada. Al ver a Marion y a Jack lanzó un débil silbido de alegría.

—¡Hola, pareja! ¿Qué tal, Jack? —Le tendió la mano, que sacó de debajo de la almohada—. Hola... cariño —dijo a la joven, que se sonrojó.

—Buenos días, Hunter —dijo Jack con voz cohibida, estrechando cautelosamente la mano del agente especial. La enfermera salió de la alcoba.

—Ya sé que estás mucho mejor —dijo Marion, cuando estuvieron los dos hermanos sentados ante la cabecera de la cama—. Somos muy felices con ello, Joe, Jack y yo.

—Me lo figuro, caramba. Yo también —rió, festivamente—. Sí; esto no ha sido bastante para quitarme el buen humor. Son cosas del oficio, Jack. Aquel tipo no tuvo buena puntería.

Marion y Jack se miraron expresivamente. El hermano carraspeó, moviéndose, inquieto, en la silla.

—Mire, Hunter; yo tenía algo que decirle —comenzó con voz un poco trémula—. He pensado que es mi deber ayudarle a capturar a Sherman y su «gang». Ya sabe la historia, ¿no? Fue él el que me

hizo entrar en la mala vida. Tenía yo entonces veintitrés años y ninguna experiencia. Ahora ya veo claro...

—De acuerdo, Jack. Tan pronto esté yo bien lo haremos, si antes mis camaradas no le han echado la zarpa encima.

—Tengo que decirle también que yo no he sido el que disparó sobre usted ayer tarde. Se lo juro...

—¿Y quién ha dicho semejante cosa, Jack? Usted es un gigante, y el que me metió la bala en la espalda fue un enano —contestó Joe, mirando con asombro a Jack—. Pude verlo bien.

—¿Es cierto, Joe? —exclamó Marion, arrebatadamente, y sin poderse contener, se inclinó sobre Jack y le besó múltiples veces, sollozando—. Perdona, Jack... Es que anoche, Joe, el inspector Bard llegó casi a asegurarme que pudo haber sido mi hermano. Fue horrible, compréndelo. Jack... bueno, no podía ser él.

—Ya le dije a mi jefe quién me había herido. Estuve sin conocimiento y atontado mucho tiempo, y no pude antes decírselo. Cuando te marchaste, Marion, se lo pude soltar por fin. Me dijo que había estado hablando contigo y que había tenido ciertas sospechas, que yo le desvanecí, sobre ti y tu hermano.

—Lo cierto es, Joe —dijo Jack, carraspeando, moviéndose nuevamente en la silla—, que yo no he terminado lo que tenía que decirle: Me cuesta cierto trabajo... Yo le estaba buscando ayer tarde para... matarlo. Uno es lo suficientemente bestia como para no comprender ciertas cosas. Desde hace cinco años fui acumulando odio contra usted...

—¡Calla, Jack! —imploró Marion, mirando a Joe con desesperación—. Ya está bien...

—Déjame, hermana —murmuró Jack, hoscamente—. Quiero que lo sepa todo, y si no, me va a reventar el corazón. Que haga Hunter lo que quiera conmigo. Pero sepa, Joe, que no he prestado mi ayuda en ningún sentido a Sherman y los suyos. Era yo, personalmente, quien quería matarlo, sin intervención de nadie.

Joe se volvió trabajosamente de lado, un poco pálido y fatigado.

—Está bien, Jack —dijo sencillamente—. Una obcecación, ¿verdad? El ver solamente al agente que le detuvo en medio de la calle, y que lo llevó cogido del cuello hasta Centre Street. El oír los consejos odiosos de los compañeros de presidio, durante cinco años, incitándole a la venganza... No es nada nuevo, amigo. Cuando

Marion me dijo que usted no quería aceptar mi ayuda, me figuré todo eso. Pero no pude sospechar que llegase a extremos tales.

—Ya veo claro —repitió Jack, como si aquella frase supusiese para él todo el significado de su profundo error padecido y su deseo de subsanarlo—. Ahora soy otro, Joe. Si me cree como si no me cree. Voy a demostrárselo.

—Quiere buscar a Sherman él solo, Joe —dijo Marion, en tono asustado.

—No lo haga, Jack —medió Joe, con voz tranquila, sonriendo—. Eso es cosa nuestra. Usted debe colocarse en la American Electric, donde le esperan hace días.

—Lo más que haré será esperar a que se ponga bueno, y entonces lo haremos los dos —respondió roncamente Jack—. Lo buscaré a Sherman mientras tanto. Creo que puedo hacerlo mejor que usted. Yo he sido «gangster» y conozco mi antiguo ambiente. Y me marchó, Marion. Quédate con Joe.

—No haga tonterías. Jack —dijo Joe, tendiéndole la mano—. Espere a que mis camaradas intervengan, que será hoy mismo, o quizá desde anoche.

Jack, sin responder, salió de la alcoba con su largo paso, hundida la cabeza entre los hombros, en su rostro reflejada una inflexible decisión.

En el aparcadero de York Avenue tomó un «taxi».

—Stanton Street, trescientos veinticinco —dijo al conductor—. Al norte de East Side.

Cuando el coche le dejó ante una casa antigua, de tres pisos, Jack se bajó del «taxi». Penetró en el portal, oscuro, con un viejo ascensor renqueante, y éste le dejó en el último piso. Sacó una llave de un bolsillo y abrió la puerta. Dentro, una voz femenina cantaba una canción francesa con voz bien modulada, de contralto.

—¡Fleur! —llamó Jack, con impaciencia—. ¡Fleur! —Anduvo por el pasillo hacia donde la mujer estaba.

—Hola, madrugador —dijo ella, apareciendo, vestida a medias, con una ligera bata de seda color salmón muy descotada—. Bueno; has madrugado mucho, ¿eh?

Fleur Blaincourt, hija de franceses naturalizados americanos, era indiscutiblemente bella. Rostro fino, regular, de claro ascendiente latino, galo, sus labios carnosos eran sensuales, como lo era su

mirada, sus ojos castaños grandes. Espléndido su cuerpo, sabía por añadidura hacerlo resaltar con ondulante y gracioso movimiento.

Jack la contempló fijamente, sin acercarse a ella. La temía. Temía sus caricias, sus miradas cautivadoras, su voz insinuante, prometedora. Y ahora no iba a refugiarse él en sus brazos, como siempre lo había hecho. Por eso no se acercaba a ella.

—¿Dónde está Sherman? —preguntó con voz ronca, imperativa—. ¡Pronto!

Ella se quedó inmóvil, escrutándole, comprendiendo también que Jack no estaba para bromas ni escenas amorosas. Siempre fue Jack de un carácter más bien reflexivo, serio, incluso hosco. Ahora lo era mucho más que siempre.

—¿Yo qué sé, querido? —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Sabes que paso muchos meses sin verlo. Que es a ti a quien...

—¡Dime dónde está Sherman! —rugió Jack, apretando los puños rabiosamente—. ¡Ayer le dijiste que se marchase de su casa, cuando yo te indiqué que mi hermana quería saber su dirección! ¡Fui un idiota en hacerte esa confidencia!

—No le avisé, Jack —replicó ella, tranquilamente, palideciendo—. Sabes que no me es simpático; que me importa muy poco lo que le pueda suceder. Que es a ti...

—¡Dime dónde se esconde Sherman! —gritó Jack, avanzando hacia ella un paso, saltones los ojos, ribeteados de rojo—. ¡Lo sabes, maldita! ¡Dímelo!

—¡No lo sé! ¡Nada me importa él, te digo! —gritó ella, retrocediendo un paso—. Parece mentira que me creas así...

—¡Tú fuiste la que me lanzaste a ser un «gangster», maldita! ¡A cambio de tus caricias, yo tenía que darte mucho dinero, fuese como fuese! ¡Tú me presentaste a Sherman! ¡Entre los dos me hundisteis! ¡Los dos me dejasteis abandonado cuando ingresé en Sing-Sing,

por culpa vuestra! ¡Y jamás has sido solamente mía!

—¡Estás loco, Jack! —barbotó ella, rabiosamente, dando otro paso atrás. Y, efectivamente, loco parecía él, con su terrorífica mirada, su enorme cuerpo, todo músculos, tenso, presto a saltar, temblando de impaciencia.

—¡Dime dónde está ese canalla! —aulló Jack, avanzando hacia ella, paso a paso, adelantadas las enormes manos, de dedos

engarfiados—. ¡Dímelo, o te mato! —Y con un brusco movimiento sacó de su cintura la «Lugger», montándola rápidamente.

—¡Jack! —gritó Fleur, encogiéndose de pavor, ambos brazos cruzados sobre el desnudo pecho, muy abiertos los bellos ojos por el terror—. «Mon petit»... No lo sé, no lo sé...

Dio un salto él, frenético de rabia, y la cogió por un brazo, zarandeándola violentamente. Ella, callada, esperaba el momento de echarle los brazos al cuello y poderle dar un beso, solamente uno, Después sería, como siempre una escena más de amor, en la que salía vencedora. Jack la amaba locamente, prendado de sus encantos físicos, de sus artes de seducción.

Pero esta vez el hombre no consintió en ser abrazado ni besado. Fue un terrible empujón el que ella recibió, derribándola al suelo. Y Jack se inclinó, poniéndola la boca del cañón de la pistola sobre el pecho.

—¡Te mato si no me lo dices! —murmuró él con espantosa frialdad—. ¡Habla, o te mato! ¡Te mato! ¡Quieta, condenada farsante! —La dio un puñetazo para que se estuviese quieta.

Fleur no tuvo duda alguna de que Jack estaba dispuesto a matarla si no hablaba. Ya no era el crédulo muchacho de antes, vencido con sólo acariciarle y decirle mimosamente «mon petit». Algo muy trascendental le había ocurrido con Sherman para sufrir tal cambio. Pero si ella hablaba, Sherman se vengaría, y era un hombre terriblemente peligroso...

—No lo sé, Jack, «mon petit» —murmuró débilmente, apelando desesperadamente a su influjo sobre él—. Mátame si quieres...

Jack la miró como lo pudiera haber hecho un demente homicida. Y se guardó la pistola en la cintura, pero inmediatamente sus zarpas se cerraron sobre el hermoso cuello de ella, que comenzó a sentir una espantosa presión en él, privándola de la respiración. Comprendió que ahora sí que la mataría; que no era una vana amenaza. El hecho de haber renunciado a emplear la pistola, que produciría ruido, alarma, lo atestiguaba.

Se debatió ella, ya con el rostro amoratado, desesperadamente, agitando brazos y piernas con furor. Todo inútil. Jack no necesitaba emplear ni la décima parte de sus terribles fuerzas para dominarla y estrangularla como si fuese un pollo.

—¿Me vas a decir dónde se esconde Sherman? —preguntó él,

sonriendo ferozmente, y apretó aún más el dogal de sus manos.

Fleur, los ojos saltándole de las órbitas, con la lengua fuera, se moría con rapidez calculada por él. Hizo un gesto afirmativo, y Jack la soltó, pero con las manos engarfiadas, dispuesto a proseguir.

—Habla, pronto... —apremió él, cuando Fleur respiró hondamente varias veces, casi desmayada—. ¡Pronto, o comienzo y no lo dejo hasta verte muerta! ¡Pronto!

Fleur abrió la boca para hablar, pero no podía hacerlo todavía. El aire entraba en sus pulmones con dificultad. Jack la observaba con impaciencia, apretadas las mandíbulas, temblándole las manos.

—En... Bayard Street... —susurró ella, desfallecidamente.

—¿En qué número? ¡Suéltalo de una vez, víbora!

—Cien... ciento... cuatro. La tab... erna de Ikes —contestó Fleur, al fin.

—Bayard Street, ciento cuatro. Ya sé... —murmuró Jack—. ¡Levanta! —Y lo hizo él también, cogiendo una silla. Como no pudiera incorporarse ella, la cogió rudamente, y en vilo la llevó hasta la silla. Después, repentinamente, la propinó un puñetazo en el mentón, con la fuerza bien calculada para no matarla. Fleur lanzó un ahogado grito y quedó sin sentido, sentada, derrumbada en el asiento.

Fue él a la cocina y buscó ansiosamente, revolviendo en el armario, en los cajones de la mesa. Halló lo que buscaba. Una cuerda. Y volvió a donde estaba Fleur, atándola bien las manos a la espalda y sobre el respaldo de la silla. Hizo igual con los pies. Después fue al teléfono, sobre una mesita del gabinete, y marcó el 3001 con pulso agitado.

—Con la División del
F. B. I.

—dijo, cuando alguien se puso al habla—. El inspector Bard o cualquiera otro. ¡Pronto!

Pasó un minuto y la voz de Bard sonó seca, metálica.

—Soy Jack Mott, señor. Ya sabe...

—Ya sé. ¿Qué quiere?

—Venga a Stanton Street, trescientos veinticinco, tercer piso, o mande a alguien a recoger a Fleur Blaincourt. Es una maldita «gancho» de Sherman que «cantará» lo que usted quiera respecto al contrabando y venta de drogas. Ella sabe mucho. Y adiós, señor.

Colgó el aparato y volvió a donde estaba Fleur, que seguía «K. O.». Se puso el sombrero y salió rápidamente del piso, bajando la escalera de tres en tres, haciendo oscilar peligrosamente la débil barandilla de hierro.

Un «taxi» pasaba por la concurrida calle. Le hizo un gesto imperioso y el coche se acercó.

—Bayard Street, ciento cuatro. Aprisa, lo que pueda —ordenó al taxista.

No estaba lejos aquella calle, en la red casi inextricable del East Side, pero por ello mismo el ir aprisa por allí un coche era casi imposible. Jack fumaba exaltadamente, dando taconazos sobre el piso del coche cuando éste se detenía breves instantes, evitando el encontronazo con otros o atropellar a los peatones, que circulaban por la calzada, ante la aglomeración en las aceras.

—Bayard Street, ciento cuatro, amigo —dijo el taxista, tendiéndole la mano a través de la ventanilla. Jack pagó cuando estuvo en la acera. Y se quedó parado un instante, contemplando la portada de la taberna de Ikes. ¡Qué mal bicho era el tal Ikes! Fueron amigos cuando él era «gangster», hacía cinco años, pero ahora, advertido quizá por Sherman, no podría ayudarle.

El local no era grande, pero estaba muy concurrido. Ikes vendía vino de Italia, a buen precio, y los maleantes de esta nacionalidad acudían allí para saborearlo, de paso que convertían aquello en centro de contratación para la comisión de toda clase de delitos.



PADRE:

¡PROPORCIONA UNA GRAN ALEGRÍA A
A TU HIJO!

REGÁLELE

AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII



A enfermera acudió al teléfono privado del hospital. Marion y Joe charlaban «de sus cosas», contemplándose amorosamente.

—Señor Hunter, le llaman de la División. El señor Bard —y le tendió el micro— teléfono.

—Oiga, Joe —la voz de Bard la pudo oír Marion perfectamente —, está sucediendo algo fuera de lo regular, ¿sabe?

—Diga, jefe —respondió Hunter, sonriendo.

—Jack Mott se ha metido en un lío del que no sé cómo va a salir. Hasta ahora, bien; pero... Oiga, nos ha entregado a una mujer, una tal Fleur no sé qué, que es de mucho cuidado. Era amiguita suya. Nos la dejó atada a una silla, en casa de ella. Sabe todo lo del asunto de las drogas, que nos traía de cabeza. Ha declarado ya.

—Jack quiere quedar bien con nosotros, jefe.

Claro que no hay que dejarle que corra él esos peligros —miró a Marion de reojo—. Deben buscarlo, si le parece, y decirle que nos deje hacer.

—Eso he ordenado ya. Mis hombres están actuando rápidamente, pero no sé si ese muchacho lo va a contar. Parece que quiere encontrar él solo a Sherman.

—¿No sabe esa Fleur dónde se oculta Sherman? —inquirió Hunter.

—No hay forma de sacárselo. Le debe tener un miedo atroz. Tal vez no lo sepa verdaderamente. Y usted, ¿cómo va?

—Perfectamente. Ahora... mejor que nunca —volvió a mirar a Marion, que estaba pálida, temerosa, escuchando lo que decía Bard—. Oiga, téngame al corriente, por favor, de lo que vaya ocurriendo.

—De acuerdo. Siga atracándose de amor.

—¡Mi hermano! —exclamó Marion, cuando colgó Hunter el aparato—. ¡Quién le meterá a él en esas cosas! Pero es cabezota como él solo, Dios mío...

—Le van a salir al encuentro, querida. Dentro de pocas horas estará en tu casa, no te apures. Decías, hermosa mía, que podíamos mudarnos, con Jack, claro, allá por Fulton Street, en Brooklyn... Yo creo que más hacia el campo, ¿no te parece? Somos tres a ganar, puesto que quieres seguir en el Banco. Vaya, no te pongas así de intranquila por Jack. Le echarán mano enseguida, te digo, y a casita...

Ikes, el dueño de la taberna, estaba jugando con otros en una mesa. A su lado había un montón de fichas, que representaban una buena suma en dólares. Era un hombre grueso, fofo, de facciones astutas, calvo completamente.

Jack le dio un golpecito en un hombro. Ikes se volvió con un gesto de mal humor. Al ver a Jack se sobrecogió, pero después sonrió falsamente, tendiéndole la mano.

—¡Ya de vuelta, Jack! —exclamó, levantándose—. Pero «marcado», ¿eh? Mala cosa, muchacho. Has de tener cuidado...

—Vamos adentro, Ikes —replicó Jack con acento imperioso, señalando la trastienda con un gesto.

Ambos hombres pasaron a una habitación, medio despacho y almacén de licores y embutidos. Jack vio que la llave de la puerta

estaba metida en la cerradura y cerró. Después se volvió hacia el atónito Ikes, cuyos ojos oblicuos expresaban cierto temor.

—¿Tienes aquí a Sherman? —preguntó el joven, plantándose ante Ikes, muy abiertas las piernas formidables. Y, como al descuido, abrió un poco la trinchera, mostrando la culata de la «Lugger», metido en la cintura.

—¿Sherman? ¿Aquí? —contestó Ikes con voz un poco temblorosa—. No...

—Cuidado, Ikes... —Gruñó Jack, arrugando el ceño y poniéndole una mano sobre el hombro izquierdo—. Le tienes oculto, lo sé. Llévame ante él...

—Te digo que no está aquí, muchacho. No sé quién te lo ha...

El puño diestro de Jack se estrelló contra la frente del tabernero, haciéndole retroceder hasta la pared violentamente. Allí lo aplastó Mott, colocándole la abierta mano sobre el cuello grasiento y apretando fuertemente.

—¡Dime dónde le tienes escondido, o no lo cuentas! —rugió Jack, de nuevo poseído de un furor extremado—. ¿Dónde lo tienes? ¡Pronto o te ahogo!

Ikes se revolvió, poseído de un pánico cervical. Sudaba su frente como si le hubieran vertido un cubo de agua helada sobre la monda cabeza. Pero era inútil luchar con aquel atleta de imponente estatura y vigor colosal, La presión de la mano le estaba quitando la vida rápidamente.

—Suélt... —gimió el tabernero—. Te lo di...

Jack soltó un poco la presión. Ikes aspiró el aire con ansia. Se agarró al brazo del joven para no caer al suelo, lívido de horror.

—No está aquí... Te lo juro —contestó, después de unos momentos de jadeo—. Se... marchó.

—Vamos a verlo. Tú delante —sacó Jack la «Lugger», apuntándole—. Vamos a registrar todo tu antro, canalla. Al menor gesto o grito, te aso el cochino corazón. ¡Vamos!

Penetraron ambos en otras habitaciones del interior, donde había camas, más depósitos de licores y cajas, embutidos, cajas de conserva. Jack lo revolvió todo, sin dejar de llevar delante al asustado Ikes.

—La cueva —señaló el joven la trampa, en el suelo—. ¡Vamos!

Ikes la levantó. Dio a un conmutador de la luz, en la pared, y

con las manos en alto comenzó a bajar la inclinada escalera, húmeda y sucia.

—No está, Jack, te digo. Se marchó... —susurraba el tabernero, cuando estuvieron en la lóbrega cueva. Había allí dos catres, con la ropa esparcida desordenadamente. Colillas de cigarrillos en el suelo y dos botellas y vasos—. Se marchó esta madrugada con...

—¿Con quién?

—Con Grüber y Gene. No sé más, muchacho. Dicen que te has vendido al

F. B. I.

Yo no lo quise creer...

Jack lanzó un suspiro de desaliento. Miró fijamente a Ikes, que se refregaba nerviosamente las manos, obsequioso, mirándole como un perro castigado.

—¿Adónde han ido? —preguntó, mientras le ponía de nuevo una mano sobre la nuca.

—¡Eso sí que no lo sé! —chilló Ikes—. ¡Te lo juro, Jack! ¡No me lo dijeron, palabra!

Jack lo levantó en vilo y lo arrojó con violencia inaudita sobre uno de los catres. Se echó sobre él inmediatamente, golpeándole con ambos puños en el rostro y el pecho.

—¡Lo dices o te aplasto, víbora! ¡No dejaré, de molerte el cuerpo hasta que lo digas! —Y, en efecto, como una máquina infernal de golpear, le envió una lluvia de golpes feroces, pero cuidando de no dejarle sin sentido. Ikes, con los brazos tapando su rostro, gemía lastimosamente, queriendo escapar de aquella fiera. No tenía fuerzas ni para chillar, pidiendo auxilio.

—¡Vamos, Ikes! ¡Que te mato de una paliza! ¡Habla!... ¡Que te mato, Ikes!

Siguió la terrible paliza durante medio minuto más. Ikes ya no ofrecía resistencia alguna ni trataba de parar los golpes de Jack. Estaba al borde de «K. O.» o quizá de la muerte, Jack se excitaba más y más y golpeaba más rápidamente y con más saña.

—¡Para, para!... —gimió Ikes, después de recibir un puñetazo en el hígado que le hizo lanzar un aullido de terrible dolor—. Lo diré...

Jack quedó inmóvil, pero en guardia, con los puños apretados ante la nariz aplastada y sangrante de Ikes.

—Han ido a... —Respiró ansiosamente, sollozando—. A... Si se

entera, Jack, me mandará... asesinar.

Un zurdazo a la boca del estómago le hizo dar un brinco, cayendo hacia atrás en el catre. Jack lo cogió del cuello y lo izó, apretándole la nuca.

—¡Basta, basta! No me dejas... hablar... ¡Burro!...

Jack apretó de nuevo aquel cuello fofo, gelatinoso. Tenía que hacer un tremendo esfuerzo para no acogotar a aquel hombre repugnante, amparador de asesinos.

—Han... ido al Harlem... latino. Al italiano. Es en... —Cada apretón de la mano de Jack sobre su cuello le hacía salir la lengua un palmo—. Es en... ¡ay!, en Verdi Street, por la 115th Street...

—Número de la casa. ¡Pronto!

—Dieciocho... ¡Basta ya, mala bestia! ¡Me las paga...!

Jack le hizo levantar el mentón con un movimiento brusco. Y sobre él, con gran fuerza, descargó su puño dos veces. Chilló el tabernero, quedando desvanecido, como un pingajo humano. Después le ató con dos sábanas, como si fuese un paquete. Y lo amordazó con la funda de una almohada.

Una vez arriba, bajó la trampa, que tenía un candado. Lo echó y corrió varios toneles, llenos, colocándolos encima de la tapa que ocultaba la entrada a la cueva.

En el local estaban los clientes charlando. Uno o dos le miraron, reconociéndolo, pero por estar «marcado» evitaban su trato ahora.

Salió a la calle, metida la mano en la cintura, presta a sacar la pistola. Mentalmente se repetía la dirección: Verdi Street, 18, Harlem italiano.

En aquel momento, de un coche de la Policía bajaron varios agentes de paisano, esparciéndose por la calle, y mirando atentamente a los transeúntes. Creyó que era el comienzo de una redada y hábilmente, con paso acelerado, se fue escurriendo hacia el pasadizo de Blond Street. Varios hombres corrían ya...

En Oak Street detuvo un «taxi». Miró la hora en su reloj de pulsera. Era casi la una de la tarde.

—Verdi Street, Harlem italiano. Por la 115th —dijo al chofer.

Se encontraba cansado. Cansado de pegar tanto, de sufrir aquellas emociones, y, sobre todo, desesperado por no encontrar a Sherman. Parecía una anguila el canalla aquél. Ciertamente tenía múltiples sitios donde esconderse, porque disponía de muchas

«amistades» y mucho dinero para comprar conciencias y cómplices. El juego aquel, llevado por él, por Jack, parecía que habría de terminar con su derrota y tal vez su muerte, porque Sherman no se limitaría tan sólo a defenderse, a huir.

El largo viaje hasta el Harlem italiano le hizo pensar muchas cosas más, incluso poder recordar que también él tenía «amistades» a quienes preguntar y que le podrían orientar para hallar al aborrecido «boss».

Verdi Street era una calle miserable, corta, y haciendo codo, que comenzaba en la 115th Street y terminaba en otra, que acababa en un callejón sin salida. Los edificios, allí, eran bajos, tres pisos cuando más, y viejos, con las fachadas desconchadas. Verdaderos tugurios de «slum». Al revés que en las otras calles del Harlem italiano, donde las gentes se pasaban el día y mucha parte de la noche en el arroyo, charlando, riendo, comadreando, fisgándose los unos a los otros, Verdi Street era silenciosa, desierta. Como si allí no viviese nadie.

Jack sacó su «Lugger» de la cintura y la guardó, montada ya, en el bolsillo del lado derecho de su trinchera. En la esquina de la calle contempló aquella casa, el 18, atentamente. Una puerta central, grande, de una sola hoja, con grietas en la madera, mal encajada en sus goznes. Dos ventanas abajo, con los cristales rotos y tapados los huecos con papel pegado, y otras dos arriba, en el piso superior y único.

Se sobresaltó cuando oyó, repentinamente, el aullido de sirenas de coches de la Policía no muy lejos. Bueno, aquello iría por Sherman, a quien buscaban. Había que tomar la delantera a la Metropolitana y al

F. B. I.

Tenía que ser él, personalmente, el que echase la zarpa a Sherman. Era cosa de amor propio y también por borrar aquella acción suya de querer matar al pobre Hunter. No sabía cómo pudo sufrir tal obcecación.

Se acercó con paso lento a la casa donde debían estar Sherman, Gene y Grüber. Si estaban allí, la pelea iba a ser terrible. Tres contra uno...

Llamar a la puerta sería del género suicida. Le iban a contestar a balazos, sin poder él ni verlos la cara maldita.

Una de las ventanas de abajo, como la otra, eran bajas. La parte inferior quedaba a la altura de su pecho. Y sin pensarlo más, empujó uno de los cristales rotos, pegados con papel, y antes de que cayera al suelo, adentro, lo cogió, evitando así el producir ruido. Movi6 después la falleba, meneado la mano, y abrió una hoja de la ventana. Miró a la calle. Estaba desierta.

Se deslizó como un ladrón en aquella habitación sombría, húmeda, en la que solamente había una cama y una silla. Al fondo, una puerta. En el suelo, colillas, suciedad.

Con paso medurado, silencioso, fue a la puerta y la abrió, asomando la cabeza. Escuchó durante unos segundos. El silencio, en la planta baja, era absoluto.

Era inquietante aquella quietud, aquel silencio. Tal vez le estaban acechando, esperando que se pusiera ante ellos para echársele encima y acribillarlo a balazos o tal vez asesinarlo a puñaladas, como medio más silencioso.

Salió a un pasillo, empuñaba la pistola, tensos los músculos, mirando a un lado y otro, sin más ruido en toda la casa que el golpear acelerado de su corazón, que parecía como el badajo de una gran campana que fuese volteada velozmente.

El «*hall*», con muebles viejos, llenos de polvo. Sobre una mesa, botellas de «*whisky*», vasos sucios y un papel grande, lleno de grasa, sobre el que había dos emparedados, migas de pan y un cuchillo de cocina. Muchas colillas de cigarrillos, cerillas apagadas...

Recorrió el resto de la parte baja de la casa. Dos camas más, deshechas, algunos muebles llenos de polvo. Y volvió al «*hall*», de donde arrancaba la escalera de madera que conducía al piso de arriba.

Las sirenas de la Policía volvieron a aullar, lejos. Alguien pasó por la calle y gritó en italiano algo. «Viene la Policía»... entendió. Después, el ruido de más personas que corrían por la calle, una de ellas, tosiendo fatigosamente.

Los escalones producían mucho ruido bajo el peso de Jack. Era imposible que no le oyeran, si estaban arriba. Con ello el peligro se hacía inmenso, porque no sabía en qué momento le iban a disparar. Optó, pues, por abandonar toda precaución y afrontar lo que fuese inmediatamente.

De tres en tres subió el resto de la empinada escalera,

produciendo un fragor como si subiesen diez hombres a la carrera. Y penetró como una bala en el descansillo y después en un pasillo, a cuyos lados había puertas cerradas. Se detuvo, escuchando, girando sobre sus talones rápidamente, en busca de los enemigos, sudando su frente de pánico. Pero un silencio absoluto reinaba también allí. Solamente su loco corazón golpeteaba, arrítmico, acumulándole la sangre en la cabeza.

Pistola en mano fue abriendo las puertas del pasillo, esperando ser recibido en cada una de ellas a balazos o puñaladas. Estancias vacías, sin muebles, llenas de humedad y polvo. En una de ellas halló una gata, que le bufó irritadamente, amamantando a sus pequeñuelos.

—Quieta, quieta —murmuró Jack, contemplándola con asombro—. ¿Dónde están, mamaíta? ¿Cómo te han dejado con vida esos perros?

¡No había nadie en la casa! Esto era lo cierto. Habían pasado la noche allí y después se marcharon, Dios sabía dónde.

Bajó la escalera apesadumbrado, lleno de coraje. La pista se había perdido. Sherman lo mismo podía estar por allí, en otra casa, que en cualquier otro sitio del East Side, que en Greenwich Village, Brooklyn o cien sitios más.

Salió a la calle. Esta vez abriendo la puerta, que, observó con asombro, estaba simplemente entornada, sin cerrar con llave. Y halló que muchos hombres pasaban por allí, a diferencia de antes, con gran prisa, mirando inquietantemente hacia atrás. Eran maleantes, sin duda, que querían escapar a las redadas de la Policía. Por lo visto, tanto el

F. B. I.

como la Metropolitana estaban empleando muchas fuerzas en la captura de Sherman.

Penetró en la 115th Street. Había allí varios coches policíacos, vacíos. Las gentes caminaban apresuradamente, pero algunas se detenían para charlar en voz baja, mirando los vehículos. Había un extraño ambiente de alarma, de inquietud. Los tenderos italianos estaban ante las puertas y hablaban vertiginosamente con las mujeres, haciendo expresivos gestos de excitación.

Se volvió Jack, cuando alguien le tocó en un hombro. Era un hombre de mediana estatura, mal trajeado, moreno, con un rostro

amorado, sucio. La bebida debía ser su pasión favorita.

—¡Diablos, Jack! ¿Qué haces aquí, apenas salido de Sing-Sing?

¿No ves cómo la «bofia» ha invadido esto? ¡Enhorabuena, chico!

Era Molney, un «gangster» conocido suyo. Tenía ya cerca de sesenta años y ningún «gang» le admitía, porque estaba torpe y borracho continuamente.

—Hola —repuso secamente Jack—. Y tú, ¿qué haces también aquí? ¿No va nada contigo, angelito?

—Estoy retirado —suspiró con desaliento el otro—. Ya pagué todo, como tú, y ahora paseo... y «afano» alguna cartera que otra. Lo que se puede, chico. He sido el mejor «killer» desde hace veinte años y ahora hasta me niegan el saludo. ¡Cochinadas que le hacen a uno, por envidia! Oye ¿vamos a beber un traguito?

—Voy deprisa, Molney —respondió Jack de mal talante—. Otro día...

—Te convido yo, muchacho. Celebraremos tu feliz salida de Sing-Sing.

¡Qué bien se está allí! —rió sarcásticamente, lagrimeándole los empañados ojos.

—Otro día, otro día. Busco a Sherman, mí «boss». Debe andar huido y tengo que verlo. ¿Sabes algo de él?

—¿Sherman? ¡Anda, claro! No hace ni dos horas le vi con Gene y Grüber...

—¿Dónde? ¿Dónde está? —exclamó Jack cogiéndole de las solapas del raído gabán, brillantes los ojos de excitación.

—Se metían en el restaurante de Niccolo, ahí, en el doscientos once. No quiso ni detenerse para saludarme, el muy orgulloso. ¡Oye, Jack, espera, hombre!...

El joven ya no le oía. Con sus enormes zancadas se alejaba a toda prisa hacia abajo, buscando el 211 de la calle. Nuevamente estaba en la pista del maldito y escurridizo Sherman y no era cosa de perder tiempo.

El restaurante de Niccolo era lo que su nombre indicaba, pero también un garito clandestino, que daba más dinero que las comidas que allí se servían. Muchos «gangsters» italianos frecuentaban el local, y Niccolo les prestaba su mejor hospitalidad, porque no hay nadie que iguale a un «gangster» como derrochador,

si las cosas le van bien.

Ahora no había nadie en el salón, bien puesto y decorado. Dos camareros estaban sentados ante una mesa, comiendo, en el fondo. Jack conjeturó que con motivo de la redada de la Policía, los clientes no habían acudido, temerosos de ser capturados allí.

Niccolo era bajito, gordo y de rostro risueño, picaresco. Tenía unos grandes bigotes negros, a lo Garibaldi. Sus ojos, de color castaño, eran grandes, de mirada afable, o hipócrita. Un mandil blanco cubría parte de su pecho y le llegaba hasta las rodillas. Se inclinó, detrás del mostrador, cuando Jack se acercó, con una reverencia estudiada, sonriendo.

—¿Está mi amigo Sherman aquí? —preguntó Jack, sonriendo también con gran esfuerzo.

—¿Sherman? ¿Es cliente mío? —inquirió con voz meliflua Niccolo—. Así, por el nombre, caballero...

—Soy uno de sus hombres, Niccolo —murmuró quedamente Jack, mirando a su alrededor con desconfianza—. Es algo urgente, amigo. La Policía... —señaló con un gesto la puerta—. Vienen por él y quiero hacer por ayudarlo. Sé que está aquí. ¡Vamos, Niccolo!

El italiano se atusó el bigote, preocupado. No sabía si aquel hombre, de estatura gigantesca, imponente, sería lo que decía, o bien un

«G-Men»

de los que andaban por allí en busca de Sherman.

Pero Jack tuvo bastante con ver su indecisión para constatar que Sherman estaba allí escondido, o al menos que sabía dónde hallarlo. Y sin más palabras, sacando su «Lugger» con rápido movimiento, dio la vuelta al mostrador y penetró en la trastienda.

—¡Oiga! ¿Dónde va usted? —gritó Niccolo, asustado—. ¡No está aquí Sherman! ¡Lárguese o llamo a la Policía! ¡Pietro, Ercole, a ver este tipo! ¡Echadlo a patadas!

Ya estaba dentro Jack, cuando los camareros quisieron acudir, con movimientos lentos, indecisos, atemorizados por la pistola de Jack.

Había un comedor, en penumbra, y sentados ante la mesa, Grüber y otro hombre comían y charlaban.

—Hola, Grüber. Que os siente bien —dijo Jack, sonriendo siniestramente—. Los brazos en alto...

El pequeño americanogermano lanzó un chillido de terror, con la boca llena de macarrones con tomate, que se le salieron, atragantándose. El otro hombre, azorado, palideció, No era ni Gene ni Sherman.

—¿Dónde está Sherman, tú? —preguntó Jack mientras cerraba la puerta con llave. Afuera. Niccolo chillaba, pidiendo entrar—. ¡Dilo, Grüber, o te meto una bala en la cabeza!

—Yo no sé... —exclamó Grüber con voz temblorosa—. ¿Verdad, Temple, que no sabemos dónde está?

—Y aunque lo supiéramos —gruñó el llamado Temple, bajando las manos con aire de desafío—. Tú eres Jack, ¿eh? Un confidente...

—¡Dale, Temple! Es un asqueroso traidor —azuzó Grüber, llenos de odio sus ojillos de ratón—. ¡Dale! ¡Eres todo un hombre!

—Podemos hablar, Jack —indicó Temple con voz imperativa, y se levantó de la silla—. Podemos hablar sin necesidad de pelearnos. Yo soy Temple. En los cinco años que has estado encerrado yo me he hecho un hombre. Vamos, baja esa pistola y hablemos como camaradas...

—Grüber, dime dónde está Sherman. Tú, Temple, no te metas es esto —dijo Jack, sin bajar la pistola—. ¡Grüber, dímelo o te mato!

Temple, astuto, estando en pie, que era lo que deseaba, dio un salto de costado y se lanzó después sobre Jack, tensos los brazos, intentando coger la mano de Jack que empuñaba la «Lugger». Fue un acto temerario, ante el asombro del pequeño Grüber, lívido de terror.

Jack hubo de soltar el arma, porque las manos de Temple fueron bien empleadas y el golpe que dieron fue fuerte, decisivo. Pero para el joven aquello no constituía, ni mucho menos, una derrota. No tuvo pensamiento de disparar cuando amenazó con la pistola. Era demasiado ruido y la Policía estaba muy cerca.

Temple le agarró después por la cintura, intentando apartarlo del sitio donde cayera el arma.

—¡Cógela, Grüber! —gritó mientras luchaba con Jack, que rugió de rabia, asombrado—. ¡Ahora verás quién es Temple, «chivato» maldito!

Grüber se escurrió, temeroso, inclinado para coger la pistola de Jack. En la diestra tenía un cuchillo firmemente empuñado. Al otro lado de la puerta, Niccolo daba puñetazos, pidiendo entrar.

Jack comprendió que Temple era duro de roer. Era fuerte y sabía luchar. Dos veces le cogió de la cintura para elevarlo y lanzarlo contra el suelo, y se le escapó ágilmente, volviendo a la carga. Grüber aguardaba su ocasión, como un chacal que espera le dejen la presa casi muerta para cebarse en ella.

—¡Dale, pequeño! —gritó Temple, cuando fue sintiendo la terrible presión de las manos de Jack sobre su garganta. Era mucho más fuerte Jack y se iba imponiendo a él, aunque menos ágil.

Grüber se decidió a intervenir. Estaban Temple y Jack, en el suelo, dando vueltas, luchando ferozmente. La pistola estaba bajo ellos y no la podía coger todavía. Pero tenía el cuchillo en la mano...

En un momento de la lucha, cuando el pequeño germanoamericano vio a Jack encima de Temple, bajó el brazo armado. Fue un instante, una décima de segundo, durante el cual Jack se hizo a un lado, impelido por su enemigo. Y el cuchillo cayó sobre el vientre de Temple con gran fuerza. Fue una confusión de Grüber, en aquella semioscuridad, estando los dos cuerpos entrelazados fuertemente.

Temple lanzó un alarido de dolor, seguido de otro del aterrado Grüber, que se lanzó sobre Jack, queriendo aniquilarlo antes de que se levantara. Niccolo, al otro lado de la puerta, seguía aporreando la puerta y gritando.

Fue fácil para Jack coger entre sus brazos potentes a Grüber y lanzarlo contra el suelo como si fuese un muñeco de trapo, pese a que el hombrecillo repartía cuchilladas con frenesí, defendiéndose como una rata acorralada. Pero ahora quedó atontado, y Jack le quitó el arma, dándole un tremendo puntapié en una mano cuando, rastreramente, el pequeño «gangster» cogió la pistola de Jack.

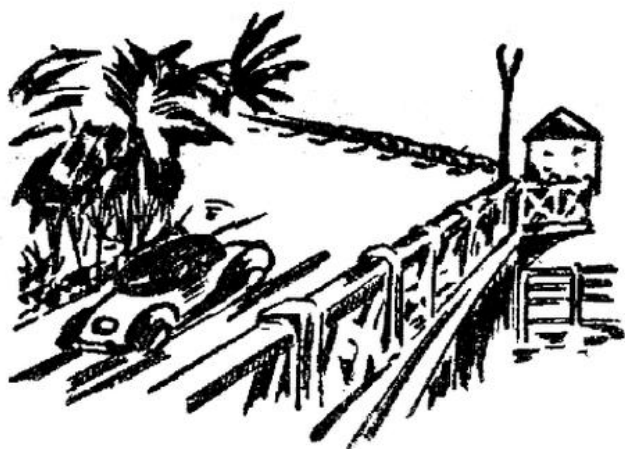
Sonó la seca detonación y Grüber chilló, cubriéndosele la cara de sangre. Jack se inclinó sobre él y se puso pálido, murmurando un reniego. La bala le había entrado al hombrecillo por entre ambos ojos y ya estaba muerto.

Se incorporó, respirando con dificultad. Fue hasta donde estaba Temple. También estaba muerto, apretadas las manos sobre la terrible herida en el vientre. Y el caso era que no los había matado él... Que no había intentado matarlos, sino amedrentarlos, sacarles dónde estaba Sherman y luego entregarlos a la Policía.

Niccolo pateaba ahora la puerta, ronco de tanto chillar. Abrió Jack, empuñada la pistola.

—¡Maldito seas! —rugió el italiano, cuando vió a los dos muertos—. ¿Qué hago yo ahora con ellos, di?

—Seguirles en su viaje al infierno, si no me dices dónde está Sherman —contestó Jack con fiereza, poniendo el cañón de la «Lugger» sobre el redondo vientre de Niccolo—. ¡Aprisa, o disparo!



AVENTURAS DEL F. B. I.
JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIO de
AVENTURAS DEL F. B. I.
PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

IX



UNTER estaba solo ya. Marion se había marchado a su casa, muy inquieta por la suerte de Jack. El inspector Bard había telefoneado dos veces más, comunicándoles que había lanzado a todos sus hombres a la búsqueda de Sherman y Jack, y que la Metropolitana le secundaba, así como todos los confidentes que se habían podido movilizar. Era cosa de poco el capturar a los dos...

—Ese idiota de Jack, con haberse metido —farfulló el inspector con su voz metálica, imperiosa—, me obliga a distraer fuerzas para buscarlo. Con tal de que no lo hayan liquidado ya...

Y Hunter, a las cuatro de la tarde, antes de que llegara de nuevo Marión, como dijo haría, tocó el timbre para llamar a la enfermera de servicio.

—Oiga: hermana —dijo, con voz fingidamente desfallecida, porque lo cierto era que se encontraba animoso, creía que fuerte— quisiera que me pusiesen el vendaje mejor, más fuerte. Y que me pongan una buena inyección de algo que me dé fuerzas, que me reanime. ¿Es posible?

—Avisaré al practicante. Yo creo que después de haberlo curado esta mañana no hace falta, pero lo diré. ¿Se siente débil?

—Sí. Haga el favor de decirlo al practicante.

El practicante, un hombre joven, alegre, le curó de nuevo. Dijo que la herida estaba muy bien, cerrados los labios, y comenzando a cicatrizar.

—Póngame el vendaje fuerte. Que no se me caiga —observó Hunter, sonriendo misteriosamente—. Y una inyección doble de algo que me dé fuerzas.

Fue atendido su ruego. Y cuando todo acabó, dijo que le dejaran solo, pues iba a dormir. La enfermera salió de la alcoba, sonriendo.

Cuando pasó un cuarto de hora, Hunter se levantó de la cama. Le dio un mareo y hubo de asirse a una silla. Comenzó a sentir un sudor frío en la frente, en la espalda. Le temblaban las piernas. Pero se rehízo con un esfuerzo de voluntad.

Caminó con paso vacilante hasta el armario donde estaba su ropa. Ahora se encontraba mejor. La inyección reanimadora hacía su efecto poco a poco.

Se vistió y se lavó rápidamente. Le dolía la herida, pero no hizo caso. Y fue a la puerta con paso más firme. La abrió, y la enfermera, sentada ante una mesita, en el pasillo, le miró con asombro, levantándose a medias.

—¿Está loco, Hunter? —exclamó, con acento regañón—. ¿Adónde va?

—A dar un paseíto, nena —dijo Hunter, sonriendo débilmente—. Siéntese y calle, haga el favor. Vuelvo enseguida.

—¡Se va a desangrar, señor Hunter! ¡Usted no puede...!

—¡Chisst! Yo puedo hacer todo lo que quiero. Vuelvo enseguida, no tema.

Y echó a andar rápidamente. La enfermera corrió por el pasillo llamando a gritos al doctor de guardia y al practicante. Hunter, contrariado, apretó el paso, yendo a un ascensor. Bajó a la planta inferior y salió al gran «hall». Ya en la calle, atravesó York Avenue,

haciendo señas a un «taxi», que se aproximó rápidamente.

—A... —dudó, rascándose el mentón—. A la 115th Street, en el Harlem italiano. ¡Aprisa!

Le dolía la herida. Como si un gato rascase allí con sus finas garras. Consideró la locura que estaba cometiendo con salir de la cama al día siguiente de ser herido, cuando harían falta ocho para estar bien. Pero no podía permanecer de brazos cruzados, en la cama, mientras Jack luchaba por él. Aquella captura de Sherman era cosa suya, como era cosa suya evitar que Jack se sacrificara como lo hacía, en un rasgo estupendo de hombría de bien.

Suspiró de pena al tener que abandonar el «taxi», donde se encontraba no muy mal, quieto, en buena postura. Palideció cuando puso los pies en el suelo, al distender los músculos de los brazos y espalda. Iba a ser muy penoso lo que se proponía. Estaba medio inútil así, y lo estaría mucho más si tenía que correr, luchar...

Vió un coche oficial de la División. El chofer estaba fuera del vehículo, fumando y contemplando el revuelo de las gentes. Se dirigió a él:

—¡Hola, Wayle! ¿Dónde están los compañeros?

—¡Mi madre, señor Hunter! —exclamó el chofer, con gran asombro—. Pero ¿no se estaba usted casi muriendo?

—Sí, pero menos —sonrió Hunter—. ¿Dónde están los otros? ¿Y Jack Mott?

—Dicen que anda por aquí Sherman y le buscan como si fuese un zorro, allá en la Inglaterra de mis abuelos. Y Jack Mott está en el restaurante de Niccolo. Dicen que ha matado a dos «gangsters», pero él lo niega. Es ahí, en el doscientos once.

Hunter suspiró. Seguramente Jack se había metido en un buen lío, si había matado a aquellos dos hombres. Él no era una autoridad para poder actuar como lo hizo. Estaba sirviendo al F. B. I.,

desde luego, pero sin autorización oficial. Un juez quisquilloso le metería de nuevo en

Sing-Sing.

Penetró en el restaurante de Niccolo. Sentado ante una mesa estaba el inspector Bard interrogando a Jack. Varios agentes especiales y de la Metropolitana registraban el local, sacando paquetes de drogas y otros productos entrados en la Unión de

contrabando.

—¡Hunter, está loco! —gritó el inspector al ver al agente especial—. ¿Tiene ganas de irse al diablo, o qué? ¡Esto es insoportable! Jack, que se mete a agente especial... Y usted, desobedeciendo, haciendo el asno... ¡Márchese al hospital ahora mismo!

—Después, jefe. Cuando Sherman esté encerrado —contestó Hunter, sentándose, muy pálido—. ¿Qué le ha pasado, Jack?

—Que me peleé con Grüber y Temple, y ellos mismos se mataron. Se lo juro, Joe —murmuró Jack, con voz solemne—. Grüber clavó su cuchillo en el vientre de Temple. Después quiso disparar contra mí, le di una patada en la mano y la «Lugger» se le disparó, matándolo. Yo no quería matar, señor Bard.

—Será verdad, jefe —dijo Hunter, sonriendo—. Tenía derecho a defenderse. Y es confidente nuestro. ¿Verdad que usted es confidente nuestro? —Y le hizo un guiño con un ojo a Jack.

—Claro que sí. Desde el momento en que denuncié a Sherman, me puse al lado de ustedes. Y le he perseguido, exponiendo mi vida —confirmó Jack, con entera convicción.

—Eso parece otra cosa —dijo el inspector, menos severo—. Si usted quiere ser confidente... Bien; ahora, usted se larga de aquí, Hunter. Al hospital.

—Cuando esté encerrado Sherman. Es cosa mía, jefe.

—Y mía —dijo Jack, con encono—. Nos peharemos cuando le echemos la vista encima. Yo tengo ahora derecho a detenerlo.

—Los dos, Jack. Yo me encuentro bien y puedo trabajar.

Se alejaron de la mesa donde estaba el inspector Bard interrogando a Niccolo.

—Vámonos... —susurró Hunter a Jack—. En busca de Sherman.

—En busca de Sherman —afirmó Jack, sonriendo.

Y sigilosamente, haciéndose los distraídos para que el inspector no les viese, salieron del restaurante de Niccolo. Caminaron un poco, alejándose más. Hunter hacía extraños gestos, pugnando por contenerse de gritar. El gato que parecía llevar dentro de la herida de la espalda clavaba sus zarpas con furor reconcentrado.

—Váyase al hospital. Joe —dijo Jack, mirándole compasivamente—. No podrá hacer nada, tal como se encuentra. Puede costarle muy caro...

—Después, después —contestó, cachazudamente, el agente especial—. Me encuentro fuerte, gracias a la inyección. El dolor... que se fastidie. Ahora, ¿dónde estará ese maldito perro? ¿Dónde le buscamos?

—Niccolo no sabía dónde se marchó. Como Grüber murió, no se lo pude sacar. Ése fue el que le metió la bala en la espalda. Era casi un enano.

—Yo sé a quién preguntar —murmuró Hunter, pensativamente—. Conozco a muchos confidentes, que estarán buscándole. Pero lo difícil es encontrarlos ahora.

—Yo también puedo preguntar a antiguos compañeros del «oficio» —sonrió, tristemente—. Pero también estarán huidos, escondidos. Nos va a ser difícil llevar esto a buen término.

—Voy a telefonar desde ese bar. Déjeme que ponga mi mano sobre su cuello, Jack —dijo Hunter, haciéndolo—. Estoy fastidiado, ¡maldita sea!...

—Váyase, Joe. No sea testarudo. Yo se lo llevaré al hospital, se lo prometo, si no me mata ese canalla.

Hunter denegó con un gesto seco. Y caminaron lentamente. Realmente, el agente especial sentía, cada vez que daba un paso, un tremendo dolor en la herida, que le privaba de la respiración.

Iban a penetrar en el bar, cuando un hombre, que salía precipitadamente de él, se les echó encima. Jack le empujó rudamente.

—Walton... —exclamó Hunter, con asombro, mirando al hombre—. Iba a telefonarle, precisamente...

—¡Hola, señor Hunter! —contestó el otro, alegremente—. Acabo de telefonar a Centre Street, preguntando por el inspector Bard, y me han dicho que está en el restaurante Niccolo. ¡Tengo buenas noticias sobre Sherman!

—Suéltelo, Walton —repuso Hunter, con impaciencia—. ¿Sabe dónde está?

—Mis muchachos me lo han dicho hace un momento. En el East Side en *Water* Street, al final, casi al lado de Coorlear Hook Park. En el número cuatrocientos treinta y tres. Voy a decírselo al inspector...

—Ya me lo ha dicho a mí, Walton. Gracias. Puede irse tranquilo, amigo.

—Sí, claro. Es igual —respondió Walton—. Adiós, señor Hunter —y se alejó rápidamente, montando después en un «taxi».

—¡Estupendo! —exclamó Hunter, sonriendo penosamente—. Este Walton tiene docenas de confidentes a sus órdenes. Es un hombre listo de veras. ¡Vamos, Jack! ¡A comernos el corazón de Sherman! Vaya en busca de un «taxi», haga el favor.

Jack se alejó a toda prisa, sumamente alegre. Ahora, tal vez la cosa fuese de veras, definitiva.

El «taxi» emprendió el largo viaje hasta el otro extremo, el sur, de Manhattan. Hunter se puso de lado, para no recibir los choques y vaivenes en la espalda. El sudor que le corría por la espalda era helado. El maldito gato no cesaba de arañar con sus garras en la herida. Seguramente se había abierto de nuevo, aunque no notaba aún que la sangre saliese.

Jack le contemplaba con afecto y compasión. Fumaban incesantemente, charlando sin parar, excitados.

Al fin, el «taxi» entró en *Water Street*, pasando bajo el puente de Manhattan, y siguió todo adelante.

El 435 era una casa pequeña, de piso bajo y principal solamente. Parecía que fuese de un solo dueño. Muy vieja, muy húmeda, a juzgar por las manchas de la fachada, que parecían destilar agua sucia, mezclada con el yeso y la pintura negruzca. Una puerta central, estrecha, de una sola hoja, y dos ventanas, con rejas. Arriba, un balconcillo central y una ventana a cada lado.

Hunter y Jack contemplaron el edificio desde lejos. La calle, aunque ancha, tenía muy poca circulación por aquel lugar, donde no había sino grandes almacenes, alguna serrería mecánica y dos solares, con las tapias en el suelo.

—¿Vamos? —preguntó Hunter, mirando fijamente a Jack—. Ellos no van a bajar a entregarse, si están ahí...

—¡Vamos! —respondió Jack—. Pero déjeme que entre yo primero, Joe. Usted no puede, no debe meterse, tal como está. Dese cuenta de que está casi inútil...

—Lo veremos, amiguito —replicó, secamente, Hunter—. ¡Vamos!

Se acercaron a la puerta. Hunter sacó del bolsillo interior de su trinchera una carterita de cuero, como un «necesaire» de manicura, y de él extrajo un par de llaves maestras de fino acero. Jack sacó su

pistola, la montó y apuntó hacia la puerta, prevenido. Un minuto después, la cerradura sonaba al ser corrido el pasador. Hunter hizo un gesto a Jack y penetraron en una especie de «*hall*», a cuyo fondo estaba la escalera.

Oyeron pasos precipitados en el piso superior. Después, un silencio absoluto. Hunter y Jack, pálidos, se miraron y sonrieron extrañamente. ¡Esta vez habían dado con Sherman!

Hunter pasó su mano izquierda por el cuello de toro de Jack, apoyándose en él. Empuñaron las pistolas en las diestras y, a una, se lanzaron a toda velocidad escaleras arriba. Todo era cuestión de velocidad, de ímpetu, de no concederle al enemigo respiro ni tregua hasta que se rindiese. Y si no se rendía...

En lo alto del descansillo, con dos corredores, a un lado y otro, dudaron. ¿En qué sitio se hallaría Sherman? Jack pensó que no podía dejar solo a su camarada. Un empujón, y le enviarían, desvanecido, al suelo. El agente especial podía ahora hacer menos que un muchacho de quince años.

Tomaron por el de la derecha. Y quedaron rígidos. Alguien daba órdenes con voz queda, allá al fondo del pasillo. «Déjales que se acerquen», o algo parecido. Una verdadera trampa, en la que había que entrar y sacar a las ratas furiosas que les esperaban.

Hunter entró en acción con energía asombrosa, dejando atónito a Jack. Comenzó a disparar rápidamente con una «*Parabellum*», mientras corría como una liebre, pasillo adelante. Jack se le unió, lanzando un grito de alegría feroz.

Desde dentro, varias pistolas abrieron fuego, barriendo el pasillo. Las balas silbaron, cruzándose, haciendo trizas el estuco de las paredes o estrellándose, en el suelo.

—¡A la puerta esa! —gritó Hunter, pegándose a la pared y lanzando un gemido de dolor al chocar su espalda con el muro—. ¡Hay que echarla abajo!

Jack se lanzó como un ariete contra ella, más gigante que nunca, su enorme cuerpo estirado en el impulso, para luego encogerse al chocar contra la puerta, que saltó arrancada de cuajo, cayendo hacia adentro.

—¡Fuego! —gritó Sherman, con voz desgarrada por el pánico—. ¡Acribilladlos!

Hunter y Jack penetraron en aquella estancia, muy grande, llena

de muebles derribados, tras los que se parapetaban cuatro hombres, pistola en mano.

La lucha no podía ser más encarnizada, dado que los «gangsters» no tenían escape posible, a no ser que exterminasen a Hunter y Jack. Y éstos no podían, ni querían, volverse atrás en aquella suicida redada.

—¡Ríndete, Sherman! —aulló Hunter, fiel a su misión de agente de la autoridad—. ¡Estás a tiempo!

Una rociada de balas le contestó. Se encontraban tras un sofá, que recibía los proyectiles en el respaldo, embotándose allí. Pero había que actuar...

Jack se lanzó al asalto, comprendiendo esto. Saltó por encima del mueble, pistola en mano. Y cayó al suelo, lanzando un grito de dolor, para incorporarse seguidamente, transfigurado por la rabia su rostro. De su pecho brotaba la sangre, abierta como tenía la trinchera.

—¡A él, que está herido! —aulló Sherman, con voz de triunfo—. ¡Son nuestros!

Hunter saltó también de detrás del sofá, disparando su «*Parabellum*» sobre los cuatro hombres. Sonaron gritos de dolor, maldiciones. Jack arrojaba muebles sobre los «gangsters» con fuerza de titán, avanzando paso a paso. Se inclinó de nuevo, rugiendo de dolor. Otra bala había entrado en su cuerpo.

Los cuatro «gangsters» se replegaron tras un armario. Uno de ellos se arrastraba sobre el suelo, con la mirada agónica, y Hunter, lívido de dolor, se colocó tras Jack, protegiéndole mientras avanzaba. La sangre brotaba de la cintura del joven, uniéndose a la que le bajaba del pecho.

Reducidas las distancias entre los adversarios, la lucha a balazos se hizo espantosa. No era posible intentar resguardarse ya. Otro «gangster», Gene, recibió un balazo en la frente y cayó al suelo, rodando aparatosamente. Sherman tenía una pistola en cada mano y disparaba ciegamente, enloquecido por el pánico y la rabia.

Hunter iba a dar la vuelta al armario, mientras Jack lo hacía por el otro lado, completando el cerco, cuando cayó de bruces, traspasada una pierna por un balazo. Todo parecía indicar que allí nadie iba a quedar con vida.

Se sostenía Jack en pie por un milagro de su colosal vitalidad.

Por la rabia y el feroz temple de sus nervios. Hunter se puso de rodillas, cubierta la cara de sangre, y empleó su pistola ametralladora, recién recargada. Buscó, entre una ola de sangre que oscurecía su mirada, a Sherman. Y lanzó el chorro de balas del cargador sobre él y el otro «gangster» que quedaban aptos para la lucha. Jack ya estaba encima de ellos, por otra parte, con la pata de una mesa, y descargó espantosos golpes de maza sobre ellos. Fue como una máquina de matar a la que no se podía detener ya. Hunter le gritó, con aullidos de dolor, que lo dejase, que ya no hacía falta. Pero no le oyó su camarada, que encontraba ahora el medio, tan esperado, de vengarse y desahogar todo su odio sobre Sherman.

Cuando cayó Jack al suelo, desvanecido por el esfuerzo, por la hemorragia de sus dos heridas, los cadáveres de los cuatro «gangsters» eran como una masa de carne, huesos rotos y un lago de sangre en el que se bañaban.

Pasó gran rato cuando Hunter abrió los ojos. Vió a Jack tendido, que intentaba levantarse también, fracasando en sus propósitos. Se arrastró hacia él, gimiendo, sollozando de dolor.

—Estamos listos, camarada —dijo, con voz apenada—. Nos vamos... si nadie nos auxilia. Siento que viniera... conmigo. ¡Pobre Marion! Si... lo cuenta usted, ayúdela. Sea siempre como ahora, Jack. ¡Magnífico!

—Nos iremos de aquí... enseguida. Deje que... recobre fuerzas —musitó Jack, sonriendo débilmente—. Tengo una bala en el pecho y otra en la pierna ésta. Pero espere un poco... ¿Pierde mucha sangre?

—No sé si me quedará algo,... No es mala muerte... ¡Pobre Marion!

Jack se incorporó, vacilante como un borracho. Se inclinó y, haciendo un esfuerzo terrible, cogió a Hunter por debajo de los brazos, levantándolo.

—Vámonos... vámonos. Si estamos así, morimos. Vamos, Joe, amigo... Agárrese a mí. Como dos compinches borrachos, de juerga... No es mala muerte, no, después de haber sido uno un... canalla.

Cayeron, volvieron a levantarse, dejando un reguero de sangre, la de ambos, mezclada generosamente. Hunter arrastraba las

piernas. Jack arrastraba la suya, y cuando se apoyaba en ella, bramaba de dolor. Toda la parte delantera de su cuerpo estaba empapada en sangre, como lo estaba Hunter, espantoso, con el rostro rojo, escarlata.

Bajaron rodando la escalera y allí perdieron el sentido nuevamente. Jack lo recobró pronto y se echó encima el cuerpo de Hunter, inanimado. No podía con él, y entonces, lo colocó en tierra y le fue empujando, caminando él de rodillas, mientras lloraba por el amigo a quien creía muerto.

En la calle, Jack sacó la pistola del bolsillo y disparó al aire varias veces, intentando hacer que acudiese gente. Hunter abrió los ojos y le miró con infinita ternura.

—Nos vamos, Jack, camarada... ¡Pobre Marion!

Jack ahogó un rugido de dolor y cogió otra vez a Hunter, que protestaba débilmente. Cayó de rodillas, y volvió a levantarse. Entonces, Hunter se incorporó y quiso ayudar a levantar a su amigo. Como dos borrachos que se prodigasen ternezas, incapaces de andar un paso.

Anohecía, iban abrazados, cayendo, levantándose, apoyándose en las paredes de las casas, en un milagro de resistencia. Atrás quedaba un reguero de sangre...

Un coche se detuvo y bajó de él, asombrado, un hombre. Lanzó un grito de espanto y, a costa de ímprobos esfuerzos, los subió al vehículo, partiendo a toda velocidad hacia el más cercano puesto de socorro. Jack y Hunter aún vivían...

Marion pasó cuatro días como enloquecida. En una misma alcoba del New York Hospital estaban Jack y Hunter, con sus vidas casi extinguidas. Solamente un soplo de vitalidad aleteaba en sus corazones. Y la muchacha, yendo de una cama a otra, espiaba los rostros amados, que tenían la palidez de la cera, precursora de la muerte. Cuando estaba al lado Jack, volvía al de Hunter, porque creía haber notado que el pecho de Joe ya no se movía... Dos enfermeras les tomaban el pulso continuamente, mientras otras les hacían transfusiones de sangre y les inyectaban suero, vigorizantes.

Ambos, como puestos de acuerdo, un día comenzaron a dar muestras de no querer abandonar la vida. Sonrieron a Marion, y Jack también lo hizo a una enfermera, linda muchacha, que se emocionó mucho cuando él estaba más muerto que vivo. Y cuando

se fue poniendo mejor, hasta le besó, en un arranque de alegría juvenil. ¡Era tan hermoso lo que había hecho aquel hombre formidable! Y era tan simpático... tan fuerte y hermoso... Jack la encontró muy hermosa, muy cariñosa, y la preguntó si sería capaz de ser durante toda la vida así con él.

—¡Sí! —contestó ella, con inusitada firmeza—. ¡Y mucho más que ahora!

Marion y Joe rieron cuando Jack y Rose comenzaron a hablar a hurtadillas, como dos novios.

Los cuatro habían encontrado su camino, tras las pasadas angustias. Dos parejas que comenzaban a ser felices salieron, quince días después, del hospital, buscando un hogar, allá en Brooklyn, junto al campo...

FIN



EDDIE THORNY

El estilista de la novela dinámica, ha enviado para su publicación un original titulado:

MISION SUICIDA

En el F. B. I. se recibió el fatal aviso y los más experimentados agentes especiales recibieron orden de prepararse a morir. Era una misión de la que posiblemente ninguno regresaría vivo, pero ninguno de ellos retrocedió ni se acobardó ¡Temblaron los culpables al saber que!...

MISION SUICIDA

SE PUBLICARA PROXIMAMENTE EN ESTA COLECCION

JOVENES:

COLECCIONAD

Extraordinario de Aventuras del F. B. I.

JEQUE BLANCO

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y OTRAS PUBLICACIONES QUE ESTAN
A PUNTO DE APARECER

¡EDITORIAL ROLLAN ES LA EDITORIAL DE
LOS EXITOS!

